EJERCICIOS
DEVOTOS
PARA ANTES Y DESPUES
DE LA
COMUNION:

OBRA QUE ESCRIBIÓ EN FRANCÉS

EL RMO. P. GRIFEL,
De la Compañia de Jesus,

Y TRADUJO AL ESPAÑOL
EL DR. D. MARTIN PANZANO.

NUEVA EDICION
vista y corregida últimamente.

MEXICO.
IMPRENTA DE GALVAN A CARGO DE MARIANO AREVALO.

1830.

PREFACIO.

Entre los diferentes métodos, que se pueden seguir para santificarse con el uso frecuente de la Comunion, se propone uno en este libro, que practicó un santo español de estos últimos siglos (*), cuando vivia en la córte en medio de las grandezas humanas. Comulgaba de ocho á ocho dias, y empleaba los cuatro que precedian á la comunion, en disponerse para ella, y los tres que se seguian, los ocupaba en pensamientos y afectos de agradecimiento, como los pide y requiere este Augusto Sacramento: ponderaba tambien los frutos, y consuelos espirituales que engendra en las almas cristianas y devotas; pero para tan santos ejercicios, destinaba cada dia un rato á la meditacion de un misterio tan admirable, tan santo, y de tan grande importancia. Con deseo de ú-

(*) San Francisco de Borja.

troducir la idea de una devocion tan útil, juzgué á propósito delinear unos ejercicios para la comunion, en que el devoto hallase reflexiones, y oraciones provechosas, y conducentes para alumbrar el entendimiento, y mover el corazon de los que desean participar de tan divino manjar.

Estas reflexiones, y oraciones van divididas por el órden de los dias de la semana; de manera, que los tres dias primeros contienen lo que corresponde á la preparacion de la comunion: el cuarto no tiene mas objeto, que el de la misma comunion; y los tres últimos se destinan y emplean en la meditacion de los efectos de tan Augusto Sacramento.

No se intenta proponer este método como un ejercicio necesario, é indispensable para los que comulgan; sí solo como un medio útil, y saludable para comulgar con fruto. Puede servir al que comulga de ocho en ocho dias, no menos que al que comulga con mas frecuencia, y aun á los que comulgan todos los dias; pues unos y otros hallarán reflexiones y oraciones que poder variar, y

distribuir en cada uno de los dias de la semana. Se espera que la lectura de este libro contribuirá á inspirar en los fieles el deseo de comulgar frecuente y dignamente. Quiera Dios que haga en sus corazones una impresion tan viva, que su espíritu se purifique mas y mas todos los dias, y se limpie y libre de aquellas tibiézas é imperfecciones, que ensucian la fuente de las gracias que Jesucristo nos dejó dispuesta en el adorable Sacramento de su Cuerpo y Sangre.

Hasta aqui el autor.

NOTA.

Nada queda que prevenir al autor en su prefacio sobre el objeto principal de esta obra, verdaderamente grande; pero viendo que lo que se escribió para todas las gentes de todas las naciones católicas, tiene algun respeto y circunstancia mas particular para la nuestra, no será estraño separarnos de los demas, y señalarnos en la práctica de tan santos ejercicios; y aun reflexionando sobre esta particular circunstancia, pa-

rece debe dirigirse este método á aquellos que por su clase, autoridad, ó dignidad, están cercados de las grandezas del mundo; pues si San Francisco de Borja rodeado de las honras del palacio, halló lugar para ejercitarse tan santamente, ¿cómo podrán escusarse, ni yo podré dejar de advertir á los mas altamente ocupados y distinguidos en el mundo, y á los que son de tan alta gerarquia como este santo, que la mas cumplida satisfaccion consiste en la pureza y tranquilidad de una conciencia ajustada, y que nada puede facilitárnosla mas que el instante precioso de aquel recogimiento interior, con que despues de haber dado al mundo lo que es suyo, no se le niegue á Dios lo que se le debe? De esta manera las honras, empleos y distinciones merecen la justa veneracion de los hombres; y de otra suerte no son sino vanas apariencias, dignas del verdadero desprecio con que las miran los que piensan con solidez, y no forman idea superficial y pasagera de las cosas.

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA

LA COMUNION.

DIA PRIMERO.

REFLEXIONES SOBRE LA GRANDEZA DE DIOS, QUE SE NOS DA EN LA COMUNION.

Tomad y comed: este es mi cuerpo. Matth. cap. 26.

I. Estas palabras no se dijeron para los apóstoles solamente: dirigianse tambien á los fieles de todas las naciones y de todos los siglos: enderezábanse á mí mismo: sí, á mí mismo es, á mí á quien me dice Jesucristo en este dia: *Tomad y comed: este es mi cuerpo.*

Convídame á tomar lugar en su mesa con los hijos de su reino: ¿dejaria yo de asistir á un convite tan espresivo y tan dulce? queria yo por ventura imitar la flojedad de aquellos indignos convidados, que habiendo sido llamados al festin del padre de familias, buscaron pretestos vanos para no acudir? y qué por esto obligaron al dueño, por no quedar solo y abandonado, á recibir en su mesa una muchedumbre de *pobres, ciegos, enfermos y mendigos?* Y qué negocio habria de tanta consideracion, que fuera bastante para privarme de una dicha tan grande? Es un Dios el que me llama: ¿reusaré pues ir á él por estarme conversando con los hombres? El me llama por dárseme solo á mí, por alimentarme de su carne y de su sangre, por aumentar y asegurar en mi alma la gracia santifi-

cante, para sostener mi debilidad, para defenderme contra las tentaciones que me cercan, para consolarme en mis aflicciones, para santificarme y transformarme en él, y hacerme semejante á él.

¿Y donde iré yo, Señor, para hallar tan grandes bienes? quién podrá darmelos? quién podrá procurármelos si yo me aparto de vos? atreveriase el mundo á ofrecérmelos? Vos sois, Señor, el único dispensador de ellos: no se hallan sino en vos y con vos. ¿Cuál seria pues la grandeza de mi pérdida si llegára yo, negligente, á dejaros y abandonaros? si el gusto de los vanos entretenimientos del mundo arrebatára y agotára de mi corazon esta hambre y sed ardiente que debo tener de poseeros? ¡O mi Dios, que sois la vida y luz de mi alma! ¿Adónde seria mi acogimiento en la tentacion, mi

recurso en la necesidad? quién me defenderia? quién me sostendria? quién me consolaria? quién podria curarme las lastimosas y penetrantes llagas que tantas veces he recibido por el pecado? quién contendria aquellos movimientos desenfrenados que siento alguna vez nacer en mi corazon? quién reprimiria estas acciones é inclinaciones viciosas, que no puedo vencer sino combatiendo con vos?

Yo os recibiré pues, Señor, é imitaré el celo y la presteza de aquellos *pobres* que acudieron sin escusa ni dilacion al convite del padre de familias: acordaréme con confianza, que su necesidad y miseria no los escluyeron de su mesa, y que llenaron el vacío que dejó el desden orgulloso de aquellos hombres ciegos por la codicia y embriagados con los intereses del mundo. Pero ¡ó desgraciado de mí,

si soy aun mas pobre en vuestra presencia, mas desnudo de los bienes de la gracia, mas ciego, mas débil y mas frágil que aquellos infelices que se veian perseguidos y privados de bienes de fortuna y llenos de achaques por su naturaleza!

II. *Tomad y comed: este es mi cuerpo.* Yo me represento aquella noche de que habla San Pablo, en que Jesucristo se iba acercando á su sacrificio: yò le veo en medio de sus discípulos. Toma el pan *y levanta los ojos al cielo.* ¡Cuántos misterios hay ya en este levantar de ojos de Jesucristo! Levanta los ojos ácia el cielo: 1.° Para advertir á los hombres que va á darles un pan, no terrestre y corruptible, sino un *pan de vida y bajado del cielo:* un pan milagroso; *el pan de Angeles:* un maná oculto, que no deben recibir sino aquellos *cuya*

conversacion es en los cielos; esto es, aquellos que trabajan por destruir en sí mismos el hombre terreno, y formar en ellos aquel hombre nuevo, que San Pablo llama tambien *un hombre celestial.* 2.° Para enseñarles que este pan que ha bajado del cielo, está destinado para llevarnos allá, y que ya debe ser en nosotros el principio de una dichosa inmortalidad.

Sigamos este mirar de Jesucristo: levantemos con él nuestros espíritus y nuestros corazones ácia el cielo: de allí es de donde este pan sagrado trae su origen: él no ofrece á nuestros ojos sino apariencias terrestres; pero la fé nos descubre, que bajo estos oscuros velos encierra todos los dones del cielo y todos los tesoros de la divinidad; y aun encierra tambien la misma divinidad, pues por el milagro de la transubstanciacion,

las sustancias de pan y vino son realmente convertidas en cuerpo y en sangre de Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Aqui desaparecen todas las figuras, desvanécense todas las sombras y se descubre mas la verdad y realidad del Evangelio. *El árbol de la vida*, de que fue privado el hombre pecador en castigo de su desobediencia, ha sido restituido al hombre justificado por la gracia y lavado en la sangre de Jesucristo. Mas ¿qué digo yo? El hombre habia sido privado de un árbol, cuyos frutos no servian sino á dilatar los dias del cuerpo; recíbelos ahora mas preciosos y que le conservan la vida del espíritu, aquella vida santa y divina que no terminará sino por una eternidad de dicha y de gloria.

El maná que Dios envió á su pueblo, se suple aqui por un don

mucho mas escelente y mas maravilloso. El era obra de Dios, y podia mirarse como una señal brillante de su poder: era formado y dispuesto por ministerio de los Angeles, y la escritura le da el nombre de *pan del cielo*, y el de *pan de Angeles*; pero el verdadero pan del cielo es aquel que nosotros recibimos en la comunion, pues este es un pan que encierra en sí al mismo Señor de los cielos. El verdadero *pan de los Angeles* es aquel que los ángeles adoran, y que nos hace semejantes á ellos, y que nos eleva en algun modo sobre ellos, puesto que ellos no tienen la ventaja de recibir como nosotros á un Dios Todopoderoso, que es el objeto eterno de su adoracion y de sus alabanzas. Yo recibiré pues en mi alma á este soberano Señor, que con una sola palabra ha criado el cielo y la tierra, que ha

hecho el mundo y que puede aniquilarlo: aquel Dios que me ha criado y que me conserva, y ante quien yo no soy sino un vil monton de ceniza y de podre. ¡O qué gloria, Dios mio, para una criatura, para una carne frágil y pecadora, la de verse tan íntimamente unida á vuestra divinidad!

Para comprender toda la estension de mi felicidad, seria menester medir el espacio inmenso que hay entre vuestra grandeza, y nuestra miseria; la nada, y el sér; el Criador y la criatura. Mas porque yo no podia levantarme hasta vos, vos habeis querido abatiros y bajaros hasta mí. ¡O rey de gloria! *¿quién hay semejante á vos?* cómo puede ser que un hombre débil y mortal se una íntimamente con vos? ¿quién no admirará vuestro poder y vuestra bondad? Vos desplegais toda la

fuerza de vuestro brazo, por juntar las cosas mas incompatibles en la apariencia, y por avecinar las cosas mas apartadas y mas distantes.

III. *Tomad y comed: éste es mi Cuerpo.* No es este solo un simple convite; es una órden, y un precepto: *Si no comeis la carne del Hijo del hombre*, decia tambien el Salvador, *no viviréis en vosotros;* pues estaréis, no solamente en un estado de enfermedad y de debilidad, sino aun en estado de muerte. Hay, pues, una obligacion verdadera de comulgar, y cualquiera que quisiera dispensarse de ella absolutamente, no viviria mas esta vida preciosa de la gracia, que nos hace dignos de vivir eternamente en el cielo. Es verdad que la Iglesia ha determinado que una sola vez á lo menos en el año tengamos esta obligacion, que ha

encontrado general é indeterminada en el evangelio; pero un cristiano fervoroso, un cristiano á quien Dios ha hecho la gracia de conocerle mas particularmente, y la de juzgar mas vivamente las ventajas de la comunion frecuente ¿puede contentarse obedeciendo precisamente al precepto de la Iglesia? *¿es esto tener hambre y sed de justicia?* ¿es estar penetrado de un deseo sincero de trabajar en su perfeccion, el limitar su celo á una comunion de precepto, sin manifestarla jamás á Jesucristo por comuniones de eleccion y comuniones que indiquen, no solamente que creen desagradan á su Dios por la desobediencia; sino tambien que buscan cómo agradarle por aquellos tiernos deseos y ansia de recibirle, que la verdadera piedad no deja de inspirar siempre á las almas fieles?

IV. *Tomad y comed: este es mi Cuerpo.*

Así se cumple la promesa que había hecho Jesucristo á los judios, y que se refiere en el cap. 6 de San Juan. Habíales dicho: *El pan que yo daré, es mi carne para la vida del hombre; porque mi carne es una verdadera comida, y mi sangre es una verdadera bebida. Aquel que come mi carne y que bebe mi sangre vive en mí y yo en él.* Y dice inmediatamente á sus apóstoles: *Tomad y comed: este es mi cuerpo. Tomad y bebed: esta es mi sangre.* Ve allí pues este pan de vida, este pan bajado del cielo que él mismo había prometido y anunciado. Ve allí esta carne, que debia ser nuestro sustento. Los términos del cumplimiento no son menos claros, ni menos concisos que lo habian sido los de la promesa. Era menester resistir á toda la fuer-

za del lenguaje humano, y cerrar los ojos á la misma evidencia, para desviarse del sentido y espresion que presentan al espíritu la realidad mas perfecta. Los judios no las entendieron en un sentido figurado. Ellos mismos las tomaron luego en el sentido literal, y así se escandalizaron de ello. *¿Cómo puede ser*, dijeron, *que nos dé su carne á comer?* Jesucristo, aunque cuidadoso siempre por su bondad infinita, de quitar á los fieles toda ocasion de escándalo, solo les dijo: Vos os escandalizais de mis palabras, porque no las tomais en el verdadero sentido; y mas fuertemente insiste sobre la realidad de su carne y de su sangre en el misterio que les anuncia; y despues de haberles confirmado con términos los menos equívocos el sentido que ellos tenian en el corazon en cuanto á esta realidad,

les propuso el milagro de la futura Ascension, como una prueba evidente de la estension de su poder; pero á pesar de las promesas positivas de un Dios, de quien acababan de esperimentar todo su poder en el milagro de la multiplicacion de los panes que habia hecho á sus ojos, muchos lo abandonaron, siendo ya desde entonces los precursores de los hereges modernos que se han separado de Jesucristo, por haber querido someter á las débiles luces de la razon los oráculos divinos de la misma verdad. Pero Pedro, animado de una fe viva, esclamó presto: *Señor, ¿á quién iremos nosotros? Vos teneis palabras de vida eterna.*

La misma division y variedad de pareceres se ve todavia el dia de hoy respecto de este augusto misterio; sectas numerosas de

hereges, que dicen como los judíos que abandonaron al Salvador: *¿Cómo puede ser que nos dé á comer su carne?*

Los verdaderos hijos de la Iglesia, los fieles discípulos de Jesucristo, dicen al contrario, y como San Pedro: *Señor, ¿á quién iremos nosotros? Vos teneis palabras de vida eterna.* ¿De parte de quién estará la verdad ó el error? ¿quién es el que se engaña? ¿quién es el que se desvia, el que consiente en someter su razon á la revelacion divina, ó el que usurpa atrevidamente el derecho de razonar despues de esta revelacion? el que no permite á su razon, que lo conduzca á la fe, y que lo detenga al llegar á ella; ó el que quiere ir mas allá de la fe, atreviéndose á razonar sobre ella y aun contra ella? *¿Cómo puede ser*, decian los judios, *que nos dé su car-*

ne á comer? ¡Cuestion temeraria. esclama San Cirilo, y que es muy injuriosa á la autoridad suprema y á la sabiduria infinita de un Dios Todopoderoso! ¡Cuestion que puede mirarse como una verdadera blasfemia, que debe escitar el horror é indignacion de los fieles.

Los que hablan como los judios, creen tener mas ilustrada la razon, porque no hacen reflexion, que la razon no está jamás mas firme, ni mas ilustrada que cuando sabe conocer sus límites, que no es sino tinieblas y estravios; y que es el mayor esceso y ceguedad querer conocer con claridad lo que está evidentemente fuera de la estension de nuestra vista. ¿Y qué cosa hay mas elevada sobre nosotros, que los misterios del poder de Dios? ¿quién ha sabido jamás, y quién podria lisongearse de saber hasta donde

el mismo poder puede estender-
se ¿escucharemos la voz de nues-
tros sentidos mas que la del que
nos los ha dado, y que ha arre-
glado el uso y ejercicio de ellos?
Pues este mismo nos asegura, que
es este un misterio en que los
sentidos nos engañan. Cuando se
trata de conocer y de profundi-
zar los misterios de Dios, lo im-
posible y lo posible no son ya de
la jurisdiccion humana: su sola pa-
labra debe ser la regla de nues-
tros juicios. ¿Podemos nosotros sa-
ber mejor que él mismo, qué co-
sa es el lugar ó estension, y á
qué estado puede ser reducida la
sustancia? ¿quién es el verdade-
ro conservador de aquellas cuali-
dades sensibles, que nos avisan de
la presencia del cuerpo, sino aquel
que con sola una palabra las ha
sacado de la nada? ¿qué entendi-
miento seria capaz de dudar del

testimonio de un Dios, criador de todas las cosas? ¡Hombres miserables! reconoced aqui los límites de vuestras luces: escuchad la voz de Dios, y someteos á ella.

Sí Señor, yo me sujeto á la infalible autoridad de vuestra palabra: no es menester otra nueva prueba para convencerme: mis sentidos son engañosos: mi razon muchas veces es ciega, y casi siempre incierta; pero vuestra palabra jamás engaña, porque está fundada sobre la vasta estension de vuestras luces; ¿á quién iré yo, Señor, á quién creeré, si reuso el creeros á vos? Desde que sé que vos sois el Cristo, hijo de Dios vivo ¿puedo dudar un momento la verdad de vuestra palabra? escucharia yo á maestros ciegos, cuando soy instruido por la misma verdad? No, Señor: yo lloraré antes la ceguedad de ellos; yo

procuraré alumbrarlos y encaminarlos al seno de esta Iglesia santa, que han abandonado. Dignaos, Señor, de destilar sobre ellos la viva luz de vuestra gracia, para que atraidos é instruidos por vos mismo, se resuelvan, en fin, á seguros como vuestros apóstoles: *Señor ¿á quién iriamos nosotros? Vos teneis palabras de vida eterna:* vuestra autoridad prevalece sobre nuestras desconfianzas: no razonamos ya mas, sometémonos: no intentamos ya el destruir, ó corromper el sentido propio y natural de vuestros oráculos: os creemos, os adoramos, y no dudamos mas; pues que vos lo habeis dicho tantas veces, y de tantas maneras diferentes, que somos verdaderamente alimentados de vuestra carne y de vuestra sangre, por la participacion de vuestros sagrados misterios. ¿Negariamos

á un Dios tan grande la ventaja de poder hacer mas de lo que nosotros podemos comprender?

V. *Este es mi cuerpo.* Es, pues, un Dios, á quien yo recibiré en la comunion; pero un Dios oculto, un Dios invisible, un Dios que no puede ser conocido ni distinguido, sino por los ojos de la fe. Este Señor se habia ya comunicado á los hombres desde el principio del mundo; pero siempre con un esplendor perceptible. Adan y Eva oyeron en el Paraiso terrestre una voz espantosa, y amenazadora que les anunciaba su presencia: los primeros justos tuvieron la dicha de comunicar con él: cuando llamó á Moyses, le hizo ver una llama milagrosa que abrasaba la zarza sin consumirla. Manifestose en el desierto con todas las insignias de su magestad y poder: una nube densa, una monta-

encendida de rayos, y relámpagos, el ruido de los truenos y de las trompetas, anunciaban al pueblo la presencia espantosa y temible del *Dios de los ejércitos*: sus profetas lo vieron sentado sobre su trono de gloria, rodeado de ángeles que le adoraban con un humilde silencio, y que se cubrian con sus alas, para no cegar con el lucimiento de la magestad divina. En el sacramento esta misma magestad parece enteramente encubierta y oscurecida. No hay cosa que la anuncie, nada que la descubra. Oiré solo al ministro de Jesucristo, que me dirá: *Ve aqui el cordero de Dios: ve aqui el que ha borrado los pecados de los hombres;* pero yo no veré ninguno de estos prodigios, que su magestad obraba alguna vez para manifestar su poder. ¿Seré yo por esto menos dichoso, que

los que los han visto? No, sin duda: cuanto mas oculto está, tanto mas mérito tendré yo en reconocerle: cuanto mas escondido está, tanto mas me hace sentir el amor que me tiene: yo me atreveré á decir, que cuanto mas grande es, tanto está mas oculto.

Aun es mas maravilloso lo que me descubre la fe en este misterio, que todos los prodigios de los primeros tiempos: un Dios oculto, y anonadado me hace ver un prodigio mucho mas grande, que el de un Dios fulminante; pues encubre su magestad, y su grandeza con milagros mas singulares que los que su magestad ha hecho para descubrirse á los hombres. Si yo lo admiro, cuando pronunciando algunas palabras, hace salir el mundo de la nada; ¿cómo no lo admiraré, cuando muda en un momento las sustancias

mismas que ha criado, pues las quita (por dárseme á mí) su estension natural? ¿Cómo no me he de llenar de admiracion cuando él reproduce sin cesar su cuerpo y sangre, y cuando yo veo ese cuerpo adorable, siempre uno, y siempre multiplicado; todos los dias el mismo, y siempre separado; siempre renaciendo, y destruyéndose siempre? El Señor (decia el Profeta), por un efecto incomprensible de su misericordia y de su bondad, ha renovado todas las maravillas que han salido de sus manos, dando á aquellos que le temen una comida celestial. Este don inefable no es una simple renovacion de sus maravillas, sino que es la principal de ellas; y no solo representa y recuerda las demas, sino que las escede á todas.

¿Y qué cosa puede verse mas

prodigiosa y admirable, que esta union misteriosa, que se hace por la comunion entre Dios y el hombre? ¿Recibiré yo, recibiré en mí aquel mismo Dios, que hablaba en otro tiempo á los patriarcas, y que se dignaba darles solo señales transeuntes, aunque sensibles, de su grandeza y de su poder?

Pero ¡ah Señor! ¡con que respeto recibian aquellos santos patriarcas las insinuaciones, ó pruebas tan preciosas de la divina bondad! Trémulos y postrados delante de la magestad del Altísimo, se humillaban, y se postraban en su presencia. *¿Atreveréme á hablar á mi Dios*, decia Abrahan, *yo que no soy sino ceniza y polvo?* El no se atrevia á hablaros, Señor, ¿y me atreveré yo á buscaros? yo que no solamente soy ceniza y polvo, sino que soy una ce-

niza inficionada por el pecado, una ceniza impura y vana, y que ha tenido mil veces la osadia de levantarse contra el mismo Dios, que la ha formado ¿os recibiré yo Señor, que no merezco el ser honrado con una sola mirada de vuestros ojos?

VI. *Este es mi cuerpo.* ¡Ah mi Dios! si yo no debo atreverme á llegar sin mucho respeto y temor, á ver y adorar aquel sagrado leño de vuestra cruz, porque fue teñido con la sangre de mi Señor Jesucristo; ¿cómo me atreveré, sin muchos afectos de veneracion y de respeto á recibir aquel mismo cuerpo que estuvo clavado en él? Millares de fieles han emprendido largos y penosos viages á aquellos lugares, que fueron consagrados en otro tiempo con vuestra presencia: corrian con priesa por ver el establo en que habiais na-

cido, el sepulcro en que fuisteis enterrado, el monte en que fuisteis crucificado; y la sola vista de estos lugares sagrados engendraba en sus corazones los sentimientos mas vivos de piedad, agradecimiento y amor. Besaban la tierra, que habia sido santificada por su Dios y hombre: regábanla con sus lágrimas: teniánse por dichosos de haberla visto. Aqui (decian) nació el hombre de Dios en un establo, y fue puesto en un pesebre. Pero con todo eso (decian tambien) su nacimiento fue celebrado por los Angeles, y recibió en el pesebre los homenages y rendimientos de los reyes Magos. Si aqui, confundido entre la multitud de gente del pueblo, recibió el bautismo de las manos de su precusor, una voz milagrosa gritaba y publicaba á los hombres, que era el Hijo del

Altísimo; y si aqui navegaba con sus discípulos en una frágil barca, con una palabra tan sola apaciguaba las tempestades, mandaba á los vientos, y á los mares, y era inmediatamente obedecido; veíase cercado de pobres y de enfermos; pero los podia curar, y los curaba en efecto de todos sus accidentes. Si hablaba con los pecadores, los hacia santos; si con los sábios de la ley, confundia su falsa sabiduria. Si aqui ayunó cuarenta dias, partiéronse las peñas y rasgóse el velo del templo; y al acordarse de estas maravillas, adoraban con respeto los lugares sagrados que les representaban estos misterios y prodigios. Traian á su memoria hasta el tiempo, las acciones, y los milagros de Jesucristo. Pero ¡ah! dice San Crisostomo, no es necesario atravesar los mares para hallar algunas co-

sus mas grandes, y mas respetables, que las que estos fieles iban á buscar tan lejos de su pátria. *La salud está cerca de nosotros.* Entrad en el templo del Señor; acercaos al altar, presentaos á la mesa, y recibireis en ella al mismo Dios, cuyas adorables huellas se imprimian en algun tiempo, causando los afectos mas tiernos, y respetuosos en las almas de nuestros Padres. Vos recibireis aquel mismo cuerpo, que el Sol no pudo ver clavado en la cruz, sin cubrirse de tinieblas: aquel mismo cuerpo, cuyos ultimos suspiros rasgaron el velo del templo, y quebrantando las peñas, hizo temblar la tierra: aquel cuerpo, que salió del sepulcro triunfando de la muerte y del infierno; que se subió por su propia virtud á lo mas encumbrado de los cielos, en donde está sentado á la diestra de

Dios vivo: aquel cuerpo, que vereis en el dia del juicio *llevado sobre una nube, con grande poder y magestad;* que hará mover la bóveda del firmamento; que hará caer delante de sí los astros, y las estrellas, y que con sola una mirada de sus ojos, hará desaparecer el cielo y la tierra. ¿Quereis todavia comprender, decia S. Crisostomo, toda la grandeza, y toda la dignidad de este Sacramento? No os detengais, pues, en compararle con lo mas augusto, y mas respetable de la tierra. No hallareis en esta sino frágiles grandezas, y grandezas pasageras, y falsas, que nada tienen de realidad, y que las mas veces no subsisten sino en la imaginacion de los hombres. Pero levantad vuestro espíritu á lo mas alto de los cielos. Aqui vereis al Dios hombre sentado sobre el trono del

Eterno Padre, millones de Angeles que le adoran, una multitud innumerable de Santos, *que echan sus coronas á sus pies*, y que publicán sus alabanzas. Alli oireis aquel cántico eterno del Apocalipsi: *Santo, Santo, Santo el Señor Dios todo poderoso, que es el que era, y que debe venir: gloria y honra á aquel que vive por todos los siglos de los siglos, al Cordero inmolado por la salud de todo el mundo.* Todo el cielo está lleno de su gloria: todo está empleado en su obsequio: los unos le adoran con sumo silencio; los otros celebran su misericordia y bondad con cánticos de alegria: otros le *presentan copas de oro, llenas de perfumes, que son los ruegos de los Santos.* Todos son dichosos viéndole y poseyéndole fuera de sí de gozo, y admirados de un espectáculo tan brillante. ¿Creeis vos, pues, que mirando á la tierra

podais hallar en ella lo mas respetable y adorable del cielo? Sí: tambien alli lo hallareis, vos recibireis alli este mismo cuerpo, que habeis visto levantado á lo mas alto de los Cielos. No se os manifestará con todo el lucimiento de su magestad y de su gloria; pero aunque esté oculto, y como anonadado, no por eso deja de ser aquel Dios, á quien se le ha dado todo poder en el cielo y sobre la tierra; aquel mismo Dios que es la felicidad eterna de los santos, *que es sin principio, que era ante todos los siglos, y que debe venir* al fin del mundo para juzgar á los hombres rescatados con su misma sangre.

¡O Rey eterno, Rey inmortal! ¿no me humillaré yo delante de vos? no me anonadaré yo en vuestra presencia? Estos velos, estas sombras que os cubren ¿serán bas-

tantes para disminuir aquel profundo respeto que yo debo á mi Dios, á mi Señor y á mi Maestro? el humilde estado á que habeis querido reduciros, ¿me hará olvidar que vos sois el *Dios fuerte*, *el Dios poderoso*, *el Dios de los ejércitos*, y el soberano dueño del universo? No Señor: bajo esas especies que os ocultan á mis ojos, la fe me descubre toda la grandeza, todo el poder y toda la magestad del Altísimo.

¡O Dios oculto! ¡ó Verbo anonadado! yo os adoro: yo pongo á vuestros pies todos los bienes que he recibido de vos, para haceros de ellos un humilde sacrificio. ¿Que no pueda, Dios mio, haceros homenages tan perfectos, como los que recibís de las almas bienaventuradas, y que os contemplan sin velo y sin sombra? ¡O Dios mio! yo os ofrezco mi corazon; pero

¡ah! Señor, que no es digno de recibiros quien no es sino un vaso de barro, que ha estado mil veces manchado con *las manchas del pecado!* Pero cuando llegue á estar purificado por las efusiones saludables de vuestra gracia, y por una viva y sincera penitencia, él se hará semejante á *aquellos vasos de oro, llenos de perfumes esquisitos:* símbolo de las oraciones vivas y fervorosas que os dirigen continuamente vuestros fieles siervos, y cuyo vapor agradable se eleva hasta vuestro trono *en olor de suavidad.*

¡O prodigio del poder y de la bondad de Dios! la tierra se hace imagen del cielo! ¿qué digo? Se hace un *cielo nuevo*, en donde el Señor habita; en donde se comunica á los hombres; en donde se da realmente á ellos; en donde los alimenta de su propia sustan-

cia; en donde ellos tienen la dicha de poseerle, de unirse á él, de incorporarse con él! ¡Cuánto, pues, tenemos que envidiar, Señor, á aquellas almas dichosas que reinan con vos en ese lugar de delicias, pues no estamos nosotros en estado de decir como ellas: *Dios es con nosotros*, y ellas tienen la dicha de ver claramente y sin velo al Dios que nosotros no vemos, sino entre sombras y espesas tinieblas, y la de conservar una pureza estable y sin mancha, mientras que nosotros no podemos recibirle en este mundo, sino dentro de un corazon sujeto á mil fragilidades! Ellas poseen sin interrupcion este Dios que nosotros no poseemos sino con intervalos: ellas gustan (poseyéndole) de delicias inefables, de delicias que son desconocidas en este *valle de lágrimas*. Acá bajo es recibido de almas su-

jetas en alguna manera á la servidumbre de los sentidos: de almas muy sensibles á los bienes y males de la vida presente, muy alucinadas con la figura engañosa y pasagera de este mundo, muy sujetas á este *cuerpo de pecado y de muerte*, que las entorpece y les impide percibir y conocer todas las ventajas de vuestra presencia.

Nosotros no podemos unirnos á vos en este mundo, ó mi Dios, sino por la union del mérito de la fe, y por la participacion de la Eucaristia. Los santos gozan en el cielo de esta union de recompensa, que está libre de mudanzas, de tinieblas y de obscuridad, y que los une para siempre al centro de la felicidad.

VII. ¡Qué funesta es, ó mi Dios, en los hombres la impresion de la costumbre! Si no hubiera mas que un solo templo en el mundo,

donde pudiera solo administrarse la comunion, un solo sacerdote para administrarla, un solo hombre á quien solo se le permitiese el recibirla, ¡con qué respeto, con qué fervor y humildad, y con qué santo temor no se dispondria á una accion tan grande y tan santa! Y solo porque vos os dais á todos, porque vos os dais en todos los lugares del mundo, porque vos permitís muchas veces la participacion de este grande misterio, ¿será bien que nosotros nos lleguemos á él con menos respeto y admiracion? es posible, mi Dios, que vuestra inefable bondad no merezca, ó escite en nosotros sino débiles respetos, que casi se arriman á tibieza é indiferencia? imitaria yo á aquellos israelitas, que fueron arrebatados de admiracion y alegria la primera vez que vieron caer el maná del cielo; pero

que despues de haberse acostumbrado á este don milagroso, no lo miraron mas, y llegaron hasta disgustarse de él? no es siempre el mismo Dios el que yo recibo en la comunion? no obra todos los dias los mismos prodigios por dárseme á mí? no es siempre tan grande y tan digno de mis humildes rendimientos? La primera vez que tuve la dicha de recibirle, ¡ay de mí! yo estaba penetrado y enternecido: estaba mas penetrado que ahora de la grandeza y de la dignidad de este misterio: estaba transportado como los judios á la primera vista del maná. ¿Por qué se han disipado estos afectos en mi corazon? Cada una de estas comuniones debiera haberlos aumentado. ¿El uso de un sacramento tan propio para despertar mi fe y animar nuevamente mi reconocimiento, no servirá sino para

abatirme en una funesta flojedad, en un estado de negligencia, de frialdad y de entorpecimiento? No lo permitais, Señor: haced que cada una de mis comuniones sea como un nuevo rayo de luz, que alumbre mi espíritu, que penetre mi corazon, que renueve mi piedad. Considerad, dice San Crisóstomo, á qué mesa sois llamado. Vos vais á recibir ese cuerpo, que los Angeles miran con temor, que adoran con raptos de gozo y admiracion, y á quien ni la eternidad ni la duracion de los siglos disminuirá jamás.

VIII. Habiendo David resuelto edificar un templo al Señor, para colocar en él la arca del testamento y el altar en que debian ofrecérsele los perfumes y sacrificios, decia á los que veia admirados de su solicitud, y de las fatigas en la construccion de este

edificio: *El empeño ó asunto es grandes, pues no es para un hombre para quien se exige esta morada: es un Dios para quien se edifica.*

Este mismo Dios es quien va á entrar en mi pecho: yo me haré por la comunion un templo augusto, que será consagrado por su presencia y ocupado de su magestad. ¿Qué debo yo hacer para prepararle en mi corazon una morada digna de él? El mismo se ha dignado preparar el místico banquete, donde yo seré alimentado de su cuerpo y de su sangre: él lo preparó desde el principio del mundo. Apenas el primer hombre hubo cometido aquel funesto pecado que ha infestado á su desdichada posteridad, cuando fueron determinadas en el consistorio de la Sabiduria eterna la Encarnacion del Hijo de Dios, y la institucion de todos los sacra-

mentos de la ley nueva, que debian ser los remedios del pecado. El lo preparó ya desde que hizo caer el maná del cielo para que fuese su figura. El lo preparó desde que en la víspera de su muerte dió á sus discípulos la potestad de convertir la sustancia de pan y vino en la de su Cuerpo y Sangre, y de transferir esta potestad admirable, este poder divino, á todos los sacerdotes de su Iglesia.

El mismo lo preparó desde que instituyó el sagrado caracter del sacerdocio y del eterno Pontífice de la nueva alianza, y desde que quiso que su sacerdocio fuese figurado por el de Melchisedec. El mismo se representa bajo la figura de un hombre que *dispone un gran festin ó convite.* Si un Dios, pues, se dispone asi para venir á mí, ¿con qué solicitud no debo yo disponerme para llegar á él?

Venid á mí todos vosotros que estais oprimidos y debilitados, y os aliviaré: ¿pero quién soy yo, Señor, para atreverme á llegar á vos? Toda la estension de los cielos no pudo conteneros, y sin embargo decís: *Venid todos á mí.* Los Angeles y Arcángeles os reverencian: los santos y los justos tiemblan delante de vos; y no obstante, del seno de esta gloria inaccesible que os cerca, me llamais á la comunion de vuestro Cuerpo y de vuestra Sangre; á este banquete sagrado, donde no nos dais otro manjar que á vos mismo! Paréceme que oigo aquel grito que despierta las diez vírgenes de la parábola: *Hé aquí el esposo que llega: salid á recibirle.* Yo me prepararé, pues, para recibiros, ¡ó mi Dios! por medio de una fe viva, de un temor respetuoso, y de una sincera humildad.

IX. La fe debe ser el principio y fundamento de mi disposicion: ella es el manantial de las demas disposiciones que debo procurar para llegar á este sagrado misterio. Sin fe todos los afectos se agotan, todas las reflexiones son débiles y flacas, todas las resoluciones se hacen estériles y pasageras: ella sola es bastante para vencer la impresion esterior de nuestros sentidos, que no descubren sino viles especies en un sacramento en que la fe nos hace ver un Dios: ella sola puede enseñarnos á cerrar los ojos sobre lo que vemos. En vano querrian mis ojos hacer dudosa mi fe: mi entendimiento iluminado por la gracia, disipa su ilusion: ella destruye totalmente su débil conocimiento. Yo creo, sí Señor, creo que recibiré verdaderamente por esta comunion vuestro Cuerpo,

vuestra Sangre, vuestra Alma, vuestra Divinidad. Vos me aseguraís ¡ó verdad eterna! que vos estais con una presencia real bajo especies sensibles, que no ofrecen á mis ojos sino la imágen y la figura de un pan material que engañan todos mis sentidos, y que me hacen ver un pan que no subsiste. Yo lo creo, porque vos lo habeis dicho, y porque yo me atengo y creo mas principalmente á vuestra divina palabra, que á la infiel relacion de mis sentidos, al engañoso ejercicio ó prueba de mis potencias.

Yo lo creo, y creyéndolo os hago, Señor, un sacrificio de esta razon ó verdad humana, que aunque ciega é incierta, no es por eso menos vana ni menos orgullosa. Yo lo creo, porque sé que nos llamais á la salvacion, y no pedís para ella el examen de cues-

tiones dificiles en su inteligencia, sino la simplísima confesion de la fe. No imitaré la indiscreta curiosidad de Moisés, cuando os le aparecisteis en la zarza ardiendo: pasmado de prodigio tan grande quiso inmediatamente examinarlo y conocerlo. Yo me adelantaré, decia Moisés, y veré de mas cerca las maravillas que me pasman y admiran; pero tambien vos inmediatamente le hicisteis oir una voz terrible y amenazadora que le dijo: *No os lleguéis, ni intenteis sondear un misterio que el Todopoderoso ha querido ocultaros.* Esta voz ó palabra le hizo entrar en sí mismo, y no examinó mas: se contentó con adoraros y con cubrirse el rostro con sus manos, por no dejar escapar á su curiosidad una ojeada solo que pudiera disgustaros. Yo me aprovecharé de su ejemplo: vos me decís

como á él: *No os llagueis*, no razoneis sobre lo que os es incomprensible, ó mas allá de vuestra comprension: no querais profundizar sobre lo que escede á vuestra inteligencia. Yo os obedeceré, Señor: me contentaré con adoraros en el silencio de mi entendimiento y de mis sentidos.

Yo creo á mi Dios: mi fe rasga esos velos: destierra las sombras que os ocultan á mis ojos. Yo no intento como aquel discípulo incrédulo, el ver y tocar las llagas sagradas de vuestro Cuerpo; pues aunque hubiese puesto mis manos en las señales profundas de esas llagas, no hablaria con mas seguridad que hablo ya hoy. *Sí Señor, sí, pues vos sois verdaderamente mi Señor y mi Dios.* No os pido ningun nuevo prodigio para asegurarme de vuestra presencia. Yo quiero conservar

todo el mérito de mi fe; quiero gozar de la dicha de los que creen sin haber visto. Cuando vos me hablaseis como á Moisés, ¿la voz que yo oiria seria mas clara y mas infalible, que la que leo en el evangelio? Yo creo, Señor; mas os pido aumenteis mi fe, y suplais lo que me falta: ella es firme y sincera; hacedla vos viva y penetrante: ella sujeta mi entendimiento; haced que penetre hasta mi corazon.

Dadme *aquellos ojos del corazon alumbrados por la fe*, de que habla San Pablo: *aquella fe de Dios*, de que hablais vos mismo, y que solo se llama asi en cuanto viene de vos, y que nos levanta hasta vos: aquella fe que corresponde á la inmensidad de vuestro sér, porque éste es sin límites: aquella fe, que hace sobre el alma fiel una impresion tan fuerte, que la prue-

ba ó testimonio de los sentidos no pudiera añadir á esa verdad mas certidumbre: aquella fe, cuyo respeto llega hasta apoderarse de los sentidos, y que por muy lejos que se considere de la presencia de su Dios, siente un rayo de magestad que la hiere, que la inquieta, que la suspende, y que la hace decir como á San Pedro: *Retiraos de mí, Señor, porque yo no soy sino un hombre y un hombre pecador:* aquella fe, que tiene necesidad de la luz de vuestra gracia y de la confianza que esta inspira, para asegurarse de nuevo: aquella reverente fe que os teme: aquella fe respetuosa que os adora: aquella fe ardiente que nos une con vos: aquella fe generosa que nos sacrifica con vos. ¡Oh! si yo estuviera lleno de ella, ¿cuál seria mi admiracion y mi respeto al llegarme á vuestra sagrada

mesa? Un santo y religioso temor se apoderaria de mi alma, y este temor me penetraria hasta las medulas; todos los pensamientos terrenos se alejarian de mi espíritu: todos los deseos del mundo y de la carne serian desterrados de mi corazon: estaria absorto y como anonadado en este pensamiento: *Yo voy á recibir á mi Dios!* ¿Recibirélo con aquella fe débil y flaca, que no consiste sino en una sumision de uso ó costumbre, y de pura deferencia á los preceptos establecidos? con aquella fe superficial que se queda, digámoslo asi, en la corteza ó esterior solo de muchos divinos misterios, sin llegar á los tesoros de las gracias y salud que están encerrados en ellos? aquella fe pasagera y ligera, que se desmiente en su misma conducta ó direccion? aquella fe grosera y supersticiosa, que

produce ó engendra veneracion y rendimientos esteriores puramente? aquella fe practicada solo por uso ó por costumbre, y que hace hablar siempre de una manera, sin producir en el corazon los mismos afectos? aquella fe, en fin, ociosa, vulgar ú ordinaria, que nada tiene de grande, nada de vida, nada de alma, y nada que sea digno del Dios que se nos da en la comunion?

¡Ah Señor! cuando vos vengais á juzgar el mundo, y que os manifesteis en los aires sobre una nube de fuego resplandeciente, los hombres *se secarán de temor y espanto;* irán á esconderse en lo mas profundo de la tierra y dirán á las montañas, que se precipiten sobre sus cabezas. . .

¿Pero estos hombres no os ven, no os reciben en la santa comunion? Y porque la nube que os

cubre allí, no hace sentir el ruido de vuestro trueno; porque no despide rayos ni centellas, ¿os han de mirar sin temor, y aun casi reusar el adoraros? Hombres flacos y miserables, viles esclavos de vuestros sentidos, *hombres de poca fe*, que olvidan vuestra grandeza y vuestra gloria; y porque no se les descubre un Dios oculto, para ellos es un Dios desconocido, á quien no temen ni respetan, sino cuando le ven terrible y amenazador! Su poder y potestad nada es para ellos, si no se manifiesta brillante: y les parece que pierde su grandeza, cuando se digna ocultarla en esta mesa.

Una fe viva nos descubre otros sentimientos: descúbrenos toda la magestad de un Dios oculto, y hácenos sentir todo el peso de su presencia. Aumentad, pues, Señor, la fuerza y viveza de mi fe: su luz

me basta: si ella me alumbra, ya no tendré necesidad para reconoceros de ver ó descubrir los rayos, y las luces que salen de vuestro trono.

No necesito de mas maestro que mi fe para aprender todos los afectos que pueden hacerme digno de recibiros. Pero qué digo? ¡Ah Señor! ¿cómo es posible que yo llegue á ser jamás digno de vos y de un honor tan grande? ¿qué, por ventura he olvidado yo quien sois vos, y quien soy yo? No Señor: ya la fe me ilumina en este mismo instante: me humilla, me hace sentir vivamente toda la desproporcion que se halla entre vos, y una vil criatura. ¿Y quién soy yo, ¡ó Dios de gloria y de magestad! para que os digneis de venir, y de alimentarme con vuestra carne? ¡Señor!!! ¿vos á mí? vos, que sois tan grande, tan poderoso, tan

admirable, á mí que soy la hechura de vuestras manos? vos, que sois mi Criador, á mí que solo soy vuestra criatura? vos, que sois mi Redentor y mi Salvador, á mí que tengo sin cesar necesidad de los efectos de vuestra redencion? vos que sereis mi juez, á mí que me sujetaré á vuestro juicio? vos que sois inmortal, á mí que estoy destinado á la muerte desde el momento ó instante primero en que nací? vos que sois la santidad, la sabiduría por esencia, á mí que no tengo sino luces tan falsas, virtudes tan débiles y tan imperfectas? vos, que subsistís eternamente, á mí que los dias me son limitados por vuestro poder, y medidos por vuestra voluntad? ¡Que no pueda, ó mi Dios, humillarme tan profundamente delante de vos, como yo os veo á vos humillado por mí! ¡A qué gra-

do de abatimiento no os habeis vos bajado por mí! á qué ultrages y tratamientos indignos no os esponeis por ser mi sustento! ¿Y con qué sentimientos de ternura podré yo compensarlo? estoy yo en estado de aumentar, por ventura, vuestra gloria? Aunque todos los hombres juntos os hicieran los mas humildes y continuados, los mas puros y mas perfectos rendimientos; aunque no cesáran de adoraros, ¿seriais por ventura mas grande? ¡O mi Dios! imprimid en mi alma una idea tan viva de vuestra soberana grandeza, y de mi estrema miseria y bajeza: que yo no olvide jamás el favor inestimable é incomprensible, que haceis á los hombres, cuando les decís: *Tomad y comed: este es mi Cuerpo.*

REFLEXION

AL DIA PRIMERO.

Jesús nuestro soberano Pastor da su Cuerpo por comida á sus ovejas para que la coman, como observa San Agustin [a], no en el solo sacramento, como hacen muchos malos cristianos; sino en la participacion del espíritu, y para que moren en él, como miembros unidos á su cuerpo, y el alma se alimente continuamente para la vida eterna. ¿Qué pastor ama tan estremadamente á sus ovejas, que haya querido hacerse pedazos por alimentarlas? Aun las madres mismas, esclama como fuera de sí San Crisóstomo, por mas que tiernamente amen á sus hijos, los dan á otras madres pa-

(a) Tract. 27 in 1.

ra criallos; pero no asi Jesus, pues por unirse mas estrechamente á sus hijos, quiere alimentarlos de su misma sustancia [*a*]. Por lo que concluye San Agustin: El que quisiere vivir para la vida eterna, viva con aquel que es la misma vida: llégucse á él, crea, incorpórese con él, para que asi quede perfectamente vivificado: no sea miembro separado, ni lo sea podrido, que merezca ser cortado: sea al contrario un miembro limpio y sano, para que asi pueda trabajar en esta vida, y despues descansar en la gloria [*b*].

(*a*). Homil. 85 in Matth.
(*b*). In Evang. 1.

SEGUNDO DIA.

REFLEXION SOBRE LA CARIDAD DE DIOS, QUE SE NOS DA EN LA COMUNION.

De esta suerte es como Dios ha amado al mundo. S. Juan cap. 3.

I. Un Dios humillado y abatido, y un Dios oculto bajo de velos y apariencias terrestres, para darse á los hombres y para servirles de sustento, es lo que puede y debe mirarse como último esfuerzo, fineza del cariño y aun como milagro del amor: como el compendio de todas las invenciones, y mayor de todos los sacrificios que pudo idear el amor mas tierno.

Este amor suyo parecia estaba ya agotado por lo que habia obrado por nuestra salud. Habiase hecho ya hombre; ¡qué cosa mas

admirable! *Teniendo el sér y naturaleza de Dios, habia tomado la forma de esclavo.* Siendo infinitamente dichoso en el cielo, habia venido á sufrir y morir sobre la tierra. ¿Qué mas podia hacer? qué podia añadir á pruebas y demostraciones tan particulares y brillantes de su divina caridad? ¡O divino amor! que aun con tan grande esceso de amor, no queda satisfecho: y así traza, imagina, piensa nuevos modos y recursos. *Sabiendo Jesus que habia llegado la hora en que debia dejar el mundo para ir á su Padre, despues de haber amado á los suyos, que estaban sobre la tierra, los amó hasta el fin:* esto es, hasta el colmo y perfeccion del amor: hasta el último término ó mayor esceso, á que él puede llegar; pues á mas de haber amado á los hombres hasta hacerse semejante á ellos, quiso

tambien alimentarlos de su Carne y de su Sangre, por hacerlos semejantes á él.

II. Haciéndose hombre, habia ocultado su divinidad: en este sacramento encubre á nuestros ojos aun su misma humanidad: desaparece y queda entre tinieblas impenetrables á nuestros sentidos, para asegurar el mérito de nuestra fe. Hácese mas pequeño por proporcionarse á nosotros. Siendo hombre hacia milagros para manifestar su gloria, y aquí los hace por ocultarla ó sepultarla; pues no se manifiesta sino bajo la forma y apariencia de una comida ó sustento simple y comun, para comunicarse asi á todos igualmente. Perpetúa en la Iglesia el poder consagrar esta comida, y el hacerla divina: establece en ella un sacerdote eterno que es imágen suya, para ostender de edad

en edad, y de generacion en generacion los efectos de su misericordia, y para quedar con nosotros hasta el fin de los siglos. Hombres mortales dejan este poder á sus sucesores, y aunque estos hombres mueren, el sacerdocio de la ley nueva subsiste siempre, y las efusiones saludables de la sangre, de la gracia y del amor de Jesucristo no se agotan jamás. Este sacramento, pues, es la prueba mayor de su divino amor; no puede haber sido producido ni imaginado por otro, que por el mismo amor.

III. El amor de Jesucristo para con los hombres, que se muestra mas claramente en este augusto misterio, aparece en él con cualidades las mas propias para atraernos á él, pues primeramente es un amor desinteresado: 2.° un amor eterno: 3.° un amor que

nos previene: 4.° un amor ardiente: 5.° un amor tierno: 6.° un amor sufrido; y 7.° un amor generoso, liberal y magnífico.

IV. *Amor desinteresado.* ¿Por ventura tiene necesidad de los hombres? no es eternamente dichoso sin habernos menester para ello? qué somos nosotros en su presencia? de qué manera podrá nuestro amor aumentar su gloria? no subsiste por sí, y sin dependencia de nosotros? no es subsistencia propia y esencial? y cuando nosotros no le amásemos, dejaria de ser Dios, y de ser tan grande como es? *¿Qué tengo yo de hacer ó qué necesidad tengo yo, ni de vuestros sacrificios, ni de vuestros holocaustos, ni de vuestros homenages?* decia en otro tiempo á los judios. *Sentado sobre un trono de gloria, coronado de todas las luces de la divinidad ¿qué me importa el tener un*

lugar en vuestro corazon, ó el dejarlo de tener? ¡Ah Señor! Si nuestros sacrificios en nada aumentan vuestra grandeza, [pues esta os es esencial y natural] ¿cómo podrá ella aumentarse, cuando vos mismo os sacrificais? Si vos no sois todavia bastantemente honrado por un culto únicamente destinado á celebrar vuestra gloria ¿cómo lo sereis en un sacramento que la oculta y la obscurece? Si nuestro corazon no puede jamás ser un trono digno de vos, ¿á qué fin tantos milagros y abatimientos para penetrarse ocultamente en él? Y aun suponiendo que quereis daros todo entero por la salud de los hombres, ¿por ventura no lo hicisteis ya una vez? no fue perfecta y concluida la obra de nuestra redencion? no quebrasteis sus cadenas? no fueron ya curados y reconciliados los hombres? no su-

bisteis á los cielos para recibir allí la recompensa de vuestros trabajos y de vuestro sufrimiento? ¿quién, pues, puede obligaros á venir á habitar esta *tierra de maldicion*, sino es un amor tan admirable por su desinteres, como por sus efectos? Yo os veo sentado á la diestra del Altísimo, adorado de los Angeles y de los Santos, reinando en el cielo, y gobernando en él la tierra. ¿Quién puede volver á llamaros ó á traeros á este *lugar de destierro*, á este *valle de lágrimas*, donde no hallareis sino pecadores que os ofenden; ingratos que os olvidan; rebeldes que os hacen guerra; y ciegos que os desconocen? no es bastante para esta tierra de maldicion, el haber estado una vez regada con vuestra sangre? no habeis redimido el mundo? no es tiempo, pues, de que vengais á

juzgarle con todo el aparato de vuestro poder y magestad? Vos venisteis á él como esclavo; venid á mostraros en él con la calidad de Señor soberano. Vos procurasteis atraerlo á vos con prodigios de vuestra bondad; venid, pues, á intimidarlo con los rayos de vuestra justicia. Vos habeis sido su Redentor y Salvador; venid á ser ahora su Juez. Pero no: todavia quereis santificarlo, alimentándolo con vuestra propia carne: quereis estar con nosotros hasta el fin de los siglos: retardais todavia este término, por dar con la duracion esta admirable y nueva prueba de vuestro amor: dilatais el dia de vuestra gloria, por dilatar los de vuestra humildad. Pero Señor, ¿por qué haceis tan grande sacrificio? y á quién, Señor, os dais vos? Ordinariamente, á las mas veces, á hombres que

no conocen el precio de vuestros beneficios: á hombres resueltos á no pagar sino con desprecios los mas sublimes beneficios, con repulsas á vuestras ansias y vuestras gracias, y con olvidos y ultrages á vuestro amor: á ingratos que os poseen y que os olvidan: que vos llamais y que no os responden: á quienes, aunque vos os entregueis, no dejan por eso de entregarse ellos al mundo: á pecadores, que apenas pueden vivir sin disgustaros: á cobardes servidores, que no saben amaros constantemente, y que os ofenden sin cesar, ó que no saben amaros por inclinacion, y sí ofenderos por habitud.

Tenia razon el Sábio en decir, que vuestro amor para con los hombres, era semejante á un fuego, á quien nada puede apagar: pues esta horrible inundacion de

culpas, en que el mundo está anegado, no ha sido posible disminuyese el ardor y fuerza de vuestro amor.

¡Qué esceso de bondad, Señor, en vos! qué esceso en nosotros de ingratitud! cuánto debiéramos llorar lo mal que obran los que no corresponden á vuestros mas grandes beneficios, sino con indiferencia y aborrecimiento! O bondad divina é inalterable! Vuestra constancia, Señor, en amarnos, perfecciona en alguna manera la pureza de vuestro amor: la gracia merecida dejaria en algun modo de ser gracia; pero la gracia no merecida, y aun mas la gracia ofrecida á ingratos, es una liberalidad pura, y digna de vos.

V. *Amor eterno.* ¿Cuándo comenzó, Señor, este amor vuestro, y cuándo se verá su fin? Pero si no tuvo principio, ¿cómo podrá te-

ner fin? No tuvo principio, porque de toda eternidad previó Dios la creacion del hombre y su caida, como previó lo que Jesucristo habia de hacer algun dia por la salud de los hombres. El amor, pues, que el Señor nos manifiesta en este admirable sacramento, que le une con nosotros, participa en algun modo de la eternidad del mismo Dios. Este amor fue ante todo tiempo, y subsistirá en todo tiempo. Este sacramento durará hasta el fin del mundo; pues la Iglesia no cesará jamás de alimentar sus hijos con la propia carne de su divino esposo.

¡O amor y caridad eterna, mas durable que los hombres, que son su principal y único objeto! Dios nos ha amado desde el principio del mundo, preparando antes de dos siglos el sacramento de su cuerpo y de su sangre, como un tes-

timonio perpetuo y constante de una caridad que no se apaga ni se amortigua jamás. ¡O buen Dios! que ya no nos queda sino el corto término de nuestros dias para manifestaros el reconocimiento que debemos á un amor tan verdadero y tan fino. ¿Seria, pues, mucho emplearlo todo entero en amaros? ¿no debiera aun parecernos bastante corta, para cumplir con esta obligacion, toda la estension de nuestros dias? Mas con todo eso, de nuestra misma vida, que jamás nos parece bastante larga, para amarnos á nosotros mismos, y para seguir el mundo y sus placeres, ¿qué parte tan grande no hemos quitado ya del amor que debemos á nuestro Dios?

Pero, ¡ah Señor! cuán cierto es (decia San Agustin) que os he conocido bastante tarde! ¡ó hermosura eterna y siempre nueva! yo

comencé muy tarde á amaros: vuestro amor para mí era antes del tiempo; y el tiempo no podrá destruirle. El mio ha sido mucho tiempo el juguete del mismo tiempo y de la inconstancia. ¿Y este conocimiento que actualmente está grabado en mi corazon, se borrará acaso muy presto de él? ¿tendré yo aun dias de devocion, y de pecado; dias para vos, y dias para el mundo? ¡Ah Señor! imprimid desde hoy en mi alma afectos que no se borren ni disminuyan jamás: engendrad en ella un amor que repare con su actividad los años que se me han pasado sin amaros, y que por su constancia sea á lo menos una débil imágen de la perseverancia y de la eternidad, ó perpetuidad del vuestro.

VI. *Amor preveniente.* El Verbo divino antes de hacerse hombre,

prometió su venida; y la hizo predecir por sus profetas; pero la dilató. Fue esperada y deseada por espacio de cuatro mil y mas años; y fue el fruto de los votos ó deseos ardientes, y de las incesantes oraciones de todos los justos de la antigua ley. ¡Cuánto tiempo no estuvieron obligados á suspirar por la salvacion y rescate de Israel! ¿Con cuántas lágrimas no le llamaron á su socorro? Toda la escritura está llena de los vivos movimientos de su esperanza, y de sus ruegos. Llegó en fin este divino redentor; pero despues de haber sido esperado y pedido por muchos siglos: aqui él mismo es el que viene á nosotros, el que nos convida, y el que nos llama. Los Patriarcas y profetas le decian: *Venid, Señor, no tardeis*, ni dilateis mas tiempo nuestra dicha y nuestra libertad.

Aquí nos dice él mismo: *Venid á mí.* Ellos decian: *Cielos, inclinaos, y dadnos á nuestro Salvador.* Aquí los cielos se inclinan ellos mismos, y el Dios del cielo se nos presenta, sin esperar que nosotros lo háyamos pedido. Los profetas decian: *¡O cielos! enviadnos vuestro divino rocio: haced bajar al justo como una lluvia saludable, y que la tierra, abriendo su seno, nos haga nacer su salvador.* Aquí el roció celestial previene nuestros ruegos y nuestros deseos: la tierra abre su seno para producir frutos, que se mudan en un momento, y se consagran por la virtud de su divina palabra. El cielo no espera nuestra solicitud. El justo y el salvador de los hombres se nos ofrece, y nos dice: Yo quiero darme á vosotros: *tomad y comed:* recibidme en vuestro corazon: preparaos tan solamente, y haceos dig-

nos de la felicidad que os ofrezco. Ellos le decian: *Señor, penetrad los cielos, descended sobre nosotros, y haced brillar vuestro poder, y las montañas hinchadas, que son figura de las pasiones que nos dominan, serán deshechas y aniquiladas en vuestra presencia.* Aqui nos dice él mismo: Yo he penetrado los cielos por darme á vosotros: yo he recopilado todas las maravillas de mi poder, por unirme enteramente con vosotros, y estoy pronto para hacer esta union por libraros del dominio de las pasiones, que os tiranizan, y por someteros únicamente al de la gracia y de la virtud. Pero cómo, Señor ¿vos venis á mí ¿vos me convidais? ¿vos me preveuis? ¡Ah, Señor! ¿no debiera yo antes buscaros, y levantarme para ir á vos? ¿no debiera yo llamaros con deseos mas fervorosos, con mas vivos suspiros, y mas

frecuentes que los de los patriarcas y profetas? Yo iré, pues á vos, Señor, ya que no esperais á que os llame; pero iré llevado del ímpetu de mi reconocimiento y del amor, y esclamaré: ¡qué no debo yo á un Dios, que me ama hasta el esceso de adelantarse á buscarme! ¡á un Dios que me ofrece lo que yo deberia pedirle: que se presenta á mí mismo, que me convida á tomar y recibir lo que aun no hubiera merecido yo poseer por mis fervorosas oraciones! ¡á un Dios que abre los cielos para alimentarme, sin esperar que yo haya abierto mi corazon para desearlo!

Entrad pues, Señor, en este corazon, que no debe suspirar sino por vos: poseedle todo sin reserva: vuestra infinita bondad esce de á todo mi reconocimiento. Voy á recibir á un Dios...!¿Un don tan

grande podrá ser suficientemente pagado, ó satisfecho por el amor de un hombre?

VII. *Amor solícito.* El Señor no se me ofrece solamente en la Comunion; sino que me precisa, y empeña á recibirle: no se contenta con atraerme: no me dice simplemente: *podeis venir;* sino *venid.* La sabiduría se ha construido un templo, en donde el amor ha preparado un festin ó convite delicioso: grita, hace entender su voz, y dice: *Venid, hijos mios, venid á alimentaros del pan celestial que os he preparado. He deseado vivamente,* decia el Salvador á sus discípulos, *comer esta pascua con vosotros.* Ardientemente suspiraba que llegase aquel momento, en que debia dar á los hombres esta prueba inefable de su amor: no perdia de vista aquel precioso momento: estaba impaciente de no verle lle-

gar: se consolaba anticipadamente de todas las amarguras de su pasion, con la institucion de un sacramento que preparaba como el último esfuerzo de su caridad y de su amor para los hombres, y que debia unirle eternamente con ellos.

No se puede corresponder á pruebas tan evidentes de su bondad, sino llegándose á la mesa santa con un corazon abrasado en deseos de recibir á su Dios, con *un corazon devorado de aquella hambre, y sed de justicia*, que es la prueba inefable de su amor, con aquel gusto que escita la piedad, y que nos hace sentir vivamente todas las ventajas de esta íntima y misteriosa union, que contraemos con él por la comunion. Este pan celestial, dice San Agustin, pide un corazon hambriento, una alma sedienta y enardecida

en deseos de saciarse de él: si el disgusto de la comida ó sustento del cuerpo, es un presagio funesto para la salud; el disgusto de este alimento espiritual de nuestra alma da una idea mas funesta de la virtud. ¿Puede por ventura decirse que ama á Dios, quien no desea poseerle? ¿y qué seré yo, ó mi Dios, si tengo la desdicha de no amaros y si todo lo que habeis hecho por daros á mí, no basta aun para inspirarme algun deseo de unirme con vos? ¿no seré un monstruo de insensibilidad, y de ingratitud ¿no estaré destinado á aquel anatema eterno que pronunció San Pablo, cuando dijo, *Si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea anatematizado?* ¡Ah mi Dios! cuanto motivo tengo de temer que esta palabra me comprenda, y se enderece á mí! Si sondeo mi corazon, hallaré en

él algunas leves vislumbres de este amor divino, de que deberia estar abrasado; y si me interno en sus verdaderos efectos, lo hallaré ageno y agotado de aquellos dichosos arrebatamientos, de aquellos santos deseos que hacen suspirar solamente por vos. Los santos desfallecieron de amor; yo de sequedad y de indiferencia: el ardor y actividad de sus deseos los hacia caer en una especie de éxtasis, y desfallecimiento; yo caigo en este mismo; pero por disgusto, por tédio, por negligencia y por cobardia.

El amor era quien solamente los llevaba á vos; yo soy llevado por uso y por costumbre, por complacencia ó por habitud. El alma de los santos se dejaba conducir tranquilamente de los impulsos de la gracia que la llevaba á vos; cedia sin repugnancia á las divinas

impresiones: elevábase y se arrebataba ácia su Dios con un ardor, que no tenia necesidad de disponerle con largas reflexiones bastando decirle, que iba á unirse con vos: la mia, siempre carnal y terrena, se ve obligada á hacer mil esfuerzos y reflexiones para responder á vuestra voz, y para seguir el atractivo de vuestra gracia. Vos la convidais y la precisais á unirse con vos, y no siente su felicidad ni gusta de ella: inmóvil por sí misma é indiferente para vos, es menester hacerla salir contra su voluntad de un descanso que lisongea su flojedad. No basta, Señor, que vos la atraigais: es menester que la arrastreis: alguna vez lleva consigo hasta las aras de vuestro altar el peso de una conciencia inquieta é irresoluta: duda, consulta su obligacion con sus pasiones, retroce-

de: difiere, quiere ser precisada, solicitada, eshortada y rogada: y si los dias consagrados á la memoria de vuestros augustos misterios, no vinieran á sacarla de su indolencia y á despertarla de su adormecimiento, dudaria dar un paso, por poco que le costase; y una accion que la sujetase y contuviese en su obligacion, seria una preparacion siempre penosa á su cobardia y á su tibieza. ¡O gran Dios! ¿dónde está, pues, mi amor? ¿dónde está mi piedad y mi religion? ¡Ah! si yo os amára, ó mi Dios, como vos me habeis amado, mi única pena, mi único dolor, y mi única inquietud seria el vivir apartado de vos: mi único bien, mi único recurso, mi único consuelo seria el poseeros y el unirme á vos: la vida misma en este triste lugar de mi destierro me seria pesa-

da sin vos. ¡Ah, Señor! decia S. Agustin, ¿quién me dará el consuelo de veros establecido en mi corazon, para alimentarlo y para llenar el vacio de él, para reinar solo en él, para que sea mi único consuelo y sosiego, para hacerme entender aquella palabra secreta é interior que alivia nuestras penas, que calma nuestros dolores, que borra nuestros sentimientos, que disipa nuestras inquietudes; para derramar alli aquella uncion celestial de vuestra gracia, que nos hace hallar el gusto aun en las asperezas que frecuentemente traen consigo las saludables violencias de la virtud; para saciarme, para embriagarme con aquellas cándidas delicias que se pueden considerar como la imágen, y el preludio de la felicidad de los santos, y cuyo misterio y ventajas no se confian si-

no al amor; para hacerme humilde y dócil á las impresiones de la gracia; para darme la paz, para hacerme gustar cuán *dulce es el Señor;* para hacerme olvidar mis pesares, mis vanos placeres, todos los hombres y todo el universo, dejándome solo con vos gozar en el silencio y en el descanso las dulzuras inefables de vuestra presencia?

Venid pues, Señor, venid á reinar en mi alma, pues ya arde en vivos deseos de poseeros. Vos sois, Señor, el *fuerte armado*: quebrad, echad por tierra todo lo que pueda cerraros la entrada en mi corazon: *apresuraos, y no dilateis*: ya no puedo vivir sin vos: yo soy pobre y desnudo de todo cuando vos no estais conmigo: yo soy rico, yo soy feliz cuando os poseo; y aunque los hombres ciegos y llenos de pasiones suspiren tras los

bienes falsos del mundo, yo por mi parte no quiero ni deseo, ni en el cielo, ni en la tierra, sino á vos: no permitais, pues que mi corazon quede por mas tiempo privado de su único tesoro: venid á establecer allí vuestra mansion y no la dejeis jamás.

VIII. *Amor tierno.* Examinemos aqui las diferentes pruebas que Jesucristo nos dá de su ternura, cuando nos convida á la comunion: 1.° quiere que estemos con él: 2.° quiere unirse á nosotros: 3.° quiere vivir en nuestra memoria: 4.° quiere ser amado de nosotros.

1.° *Quiere estar con nosotros. Ved aquí,* nos dice, *que yo estoy siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* ¿Y qué es lo que puede inspirarle tan gran deseo? por qué funda *sus delicias en estar con los hijos de los hombres?* Si yo-

za en el cielo de una felicidad eterna, de una gloria pura y sin mezcla, ¿qué viene á buscar entre los hombres? ¡Ah! ¿No halla muchas veces, aun entre el pueblo fiel, la misma dureza, los mismos desprecios, el mismo olvido, la ingratitud misma que esperimentó de parte de los judios? ¿qué cosa, pues, puede atraerlo á nosotros? Nuestras enfermedades, nuestras miserias, nuestras flaquezas y nuestros pecados, debieran apartarle de nosotros; pero su amor lo arrebata y trae hasta nosotros. No puede resolverse á separarse de nosotros, y quiere estar siempre presente á los hombres, porque los ama siempre, y porque desea siempre ser amado de ellos. ¡O caridad incomprensible de parte de un Dios! cuán poco es el agradecimiento que hallais en el corazon de un hombre!

y con todo eso me buscais, Señor, y yo huyo: os deleitais habitando en mí, y á mí me parece un tormento aquella hora que paso ó empleo con vos: mi amor agotado en un momento, se halla en pena, cuando es menester volver á buscaros: nada, Señor, os ha detenido para llegar á mí, y todo me sirve de pretesto para alejarme de vos.

2.° *Quiere unirse á nosotros;* y para llegar á esto, oculta bajo de oscuros velos el resplandor de su magestad divina, pues si se hubiera manifestado á nosotros con toda la pompa de su poder, el temor hubiera dejado yerto nuestro corazon: el terror y espanto se hubieran apoderado de nuestras almas; y asi quiere escusarnos estas indispensables perturbaciones; y por unirse á nosotros hace desaparecer todos los rayos

de su gloria, animándonos á que lleguemos á él con los mas tiernos afectos de devocion y de piedad. Nuestra union con él es el origen y principio de ella: union de amor y caridad, y union deliciosa.

El alma fiel se hace la esposa del esposo inmortal: mora en él y él en ella. *Mi bien amado*, dice, *está conmigo y yo con él:* ella se pierde y aun se olvida de sí: mira á su esposo, lo contempla y es dichosa. El esposo le habla al corazon, y éste cuando le responde. Alma cristiana, ¡dice el esposo!, alma criada á mi imágen, y rescatada con mi sangre, ¿os acordais de todo aquello que he hecho y de todo aquello que hago por daros á vos? Renunciad, pues, á los vanos placeres de los sentidos: levantaos sobre el mundo, y haceos siempre mas digna de poseer al que lo ha vencido. La

espósa oye su voz y le dice: Señor, vos estais en mí y os dais todo entero á mí: yo me entrego toda entera á vos: me uno á vos, y no quiero vivir sino para vos. ¡O sacramento de amor! ¡O lazo sagrado, que une al hombre con Dios, y que los liga en algun modo sobre la tierra; para ser aun mas perfectamente unidos en el cielo! ¿Es posible que os recibamos con indiferencia? puede dejar nuestra fe de ser muy débil y tibia, cuando nuestro amor es tan poco y tan débil? ¡Sin duda no hemos comprendido en manera alguna lo que es Dios y lo que es el hombre: lo que es Jesucristo y lo que nosotros somos por él: lo que hace por nosotros y lo que nosotros hacemos por él, cuando recibimos un sacramento que nos une estrechamente con el Dios hombre, sin estar

penetrados de los mas vivos afectos de reconocimiento y de amor!

3.° *Quiere vivir en nuestra memoria. Haced esto*, decia, *en memoria mia.* El conoce nuestra inconstancia y nuestra miseria: sabe que olvidamos fácilmente lo que no vemos. Si tantos cristianos le olvidan, aun despues de todo lo que ha hecho y de todo lo que ha sufrido por la salvacion de los hombres, ¿quién de nosotros se acordaria de él, si no hubiese multiplicado las mayores pruebas de su divina caridad para vivir en nuestra memoria?

Ved aqui mi cuerpo, dice á sus discípulos, *que será entregado por vos: haced esto en memoria mia.* San Pablo esplica esta espresion del Salvador diciendo: *Todas las veces que comiereis la carne del Hijo del hombre y que bebiereis su sangre, anunciareis su muerte;* esto es, os acor-

dareis que murió por vos. Jesucristo dándonos su cuerpo y sangre, no nos eshorta á acordarnos de su gloria, á traer á la memoria sus milagros, aquellos enfermos que curó, aquellos ciegos á quienes restituyó la vista, no de aquellos muertos resucitados, no de aquellos panes multiplicados, ni de aquellas aguas detenidas, y de otras mil señales estraordinarias de su poder; lo que quiere principalmente es, que conservemos siempre una dulce y tierna memoria de su pasion y muerte, porque este misterio que tanto penetra el corazon, es el mas propio de todos para inspirarnos su amor. ¿Y qué cosa mas capaz de hacer sobre nuestro corazon las mas vivas impresiones, que el espectáculo de un Dios crucificado y muriendo por nuestra salvacion? ¿y á qué grado de insensibilidad es-

menester, pues, que llegue nuestra alma, para no penetrarse de él? no parece que todas sus llagas nos dicen: *asi como Dios ha amado al mundo*, asi cada uno debe amarle?

Me acordaré, pues, ¡ó Señor! todas las veces que tenga la suerte de participar de vuestros sagrados misterios, y diré: el Dios que voy á recibir, es un Dios que ha muerto por salvarme. He aqui el cordero que borra los pecados del mundo: preséntaseme aun en el estado de morir: parece estar sin fuerza, sin vida y sin movimiento, para grabar en mi espíritu una idea mas viva de su primer sacrificio: ¿podré, pues, dejarle de amar? ¿podré negarle mi amor? El busca mi corazon porque quiere ganarle: para atraerlo á sí, ha derramado su sangre: para triunfar de él, ha querido

morir sobre una cruz; y para acabarlo de reducir á sí, se me da á mí todos los dias por medio de la comunion.

4.° *Quiere ser amado de nosotros*, y nos dice como á sus discípulos: *No os llamaré mas mis siervos, sino os daré el nombre de amigos.*

¿Y en qué misterio nos da un título tan dulce y glorioso, sino en el que le recibimos, esto es, en el de la comunion? ¿y cómo podré yo ser honrado con tan apreciable nombre, si mi corazon no es enteramente suyo? ¿y esta amistad no supone la union de los corazones, de afectos mútuos, y de una correspondencia recíproca? Vos, Dios mio, dándome á comer vuestra carne, quereis tratarme de amigo; ¿puedo yo pues, reusar ofrecimientos tan preciosos, y de tanto honor? ¿preferiria el ser yo vuestro siervo, vuestro esclavo, y

aun vuestro enemigo, á la preciosa ventaja de gozar de las dulzuras de vuestra amistad? ¿qué dicha mayor, que la de ser amado de vos? ¿y puede pretender ó aspirar á ella el que no os ama? Ser amigo de Dios, ¡qué felicidad para un hombre mortal y perecedero, y para una vil criatura! No obstante, en mí solo consiste el lograr este apreciable título; de modo que desde este mismo punto, si yo lo quiero, puedo llegar á ser amigo de mi criador y de mi Señor. Si lo amo, estoy seguro que soy amado: si correspondo á su bondad, él me concederá toda su ternura: si le doy mi corazon, me colocará en el suyo: el inmenso intervalo ó espacio que nos separa, será lleno y suplido por el amor: si su vehemente y entrañable amor lo hace descender hasta mí, bien puede el mio levantarme hasta él.

IX. *Amor paciente.* ¿A qué atentados, á qué ultrages y á qué irreverencias no se espone este Dios para dársenos en la comunion? ¿qué afrentas no tendrá que sufrir, si cayere entre las manos de los impios y de los hereges, que le harán una guerra abierta? ¿qué profanacion cuando entre en el alma sacrílega de pecadores corrompidos, que le harán una guerra sorda y secreta? Los judios le crucificaron sin conocerle; ¿pero cuántos indignos cristianos le crucifican conociéndole? Mas si el amor verdadero hace que todo se intente, enseña tambien á sufrirlo todo. De ahí viene, Señor, que no os quejais de ser vendido y aun entregado, crucificado y deshonrado por vuestros enemigos, con tal que podais ser la consolacion de vuestros fieles amigos: la caridad ó piedad de los unos contrapesará la profunda

malicia y negra ingratitud de los otros. Vos lo sufrireis todo de los que os entregan, que os maldicen y que os persiguen, por alimentar y fortalecer á los que os sirven y bendicen vuestro santo nombre.

¿Quién no admirará, Señor, una caridad y amor tan paciente? y quién podrá comprender de qué precio son para nosotros los oprobios que padeceis despues de vuestra resurreccion, por estar siempre con nosotros? Esta resurreccion gloriosa os habia enteramente separado de los pecadores, haciendoos entrar en una habitacion inaccesible á su malicia; pero vuestro amor no solamente *mas fuerte que la muerte*, sino mas fuerte que la vida, y la inmortalidad, os precisa á volver todavia á esponeros á sus contradicciones y á sus sacrílegos atentados. ¿Y con qué afectos podré, ó mi Dios, contra-

pesar todo aquello que estais obligado á sufrir por mí? Señor, quién hay que sepa amar como vos? ¿quién es el que quiere consentir en verse despreciado, desconocido, ultrajado y deshonrado por aquel á quien ama? ¿quién es el que sacrifica por sus amigos su honor y su gloria? Ninguno ciertamente. Pero vos, Señor, lo sacrificais todo: vos no esceptuais cosa alguna: nos amais sin reserva ni medida; y lo que mejor hace ver la estension inmensa de vuestra caridad, es el que amais tambien aun á aquellos hombres que corresponden tibia y flojamente al amor sin límites con que los amais.

X. *Amor generoso, liberal y magnífico.* Dios obra milagros por dárseme en la comunion, admirando y confundiendo mi entendimiento con la grandeza, la presteza, el número y la perpetuidad de los

mismos milagros. 1.° *Con la grandeza.* El muda las sustancias, y se halla al mismo tiempo en el cielo y en la tierra, en lugares distantes y diversos: está todo entero en la hostia que recibo, y todo entero en cada parte perceptible de ella. 2.° *Con la prontitud.* Estos milagros se obran en un instante, y por las palabras de un hombre. Este hombre habla, y Dios obedece. Este hombre habla, y viene luego sobre el altar el cuerpo de Jesucristo. 3.° *Con el número.* Los milagros que Jesucristo obró en el espacio de su vida, tuvieron su tiempo y lugar determinado: multiplicó los panes en el Desierto: curó al paralítico en la piscina: resucitó á Lázaro en el sepulcro y al hijo de la viuda en la entrada de la ciudad de Naim. Los milagros que hace en la Eucaristía, se renuevan todos los dias y á toda hora, en to-

dos los reinos y en todas las ciudades del universo. 4.° *Con la perpetuidad.* Pues al modo que aquellas palabras, *creced, y multiplicad*, que dijo Dios al criar el mundo, á las plantas y á los animales, producen aun hoy su efecto: de la misma manera las que prononció en la Cena el Salvador, *este es mi cuerpo, esta es mi sangre*, producen aun los mismos efectos, y los producirán hasta el fin de los siglos. Todos estos milagros, el fin por que se obran y las circunstancias que los acompañan, son otros tantos testimonios del amor que Jesucristo nos tiene. El amor, dice San Gregorio, hace siempre alguna cosa grande, se señala y distingue por efectos singulares. ¿Y qué cosa puede imaginarse mas singular que lo que hace aqui el Salvador de los hombres, poniendo delante de sus ojos continuamente, con

espresiones sublimes y milagros patentes, toda la fuerza y toda la estension de su amor? ¡O Señor! vuestro amor obra una infinidad de prodigios para poder daros y uniros á mí; y yo en vez de hacer algun esfuerzo para disponerme á unirme con vos, pongo todos los dias con mis pecados nuevos embarazos para esta union tan preciosa y apetecible! Las mas constantes é inviolables leyes de la naturaleza, no bastan á conteneros: vuestro amor las deshace en un instante; yo, infeliz esclavo de las leyes y pasatiempos del mundo, no puedo resolverme á hollar los respetos humanos, para llegarme á vos. Las vanas diversiones, los frívolos gustos, una vida ociosa y disipada, la tardanza y el disgusto, efectos ordinarios del ocio y de una continua indolencia, tendrán poder para apartarme de vos?

No creo yo, Señor, ni es posible, que fuera del poder que haceis brillar en este augusto sacramento, haya otra cosa en el mundo que cause mayor admiracion que mi indiferencia y mi flojedad. Añadid, pues, Señor, un nuevo milagro á todos los que ya habeis obrado por mí: mudad con el socorro de vuestra divina gracia mi flojedad en fuerza, mi indiferencia en fervor, y mi debilidad ó desidia en celo y presteza: abrasado sea mi corazon con el fuego de vuestro amor: heridle con dardos que á lo menos ablanden su dureza: hacedlo tierno y sensible; para que suspirando solo por vos, se disponga con todos los afectos de la piedad mas viva y mas fervorosa á unirse perfectamente con vos.

Los milagros que Jesucristo obra en este sacramento no tie-

nen en ninguna manera por objeto el hacer brillar á nuestros ojos su poder y su gloria; antes sirven para ocultárnosla, y para ponerlo en estado de satisfacer su amor, colmándonos de sus favores y de sus gracias; ¿por qué pues, quiere unirse tan íntimamente con nosotros, sino por enriquecernos de sus dones, por abrirnos sus tesoros y derramarlos sobre nosotros con profusion?

Jesucristo lo tiene, y lo posee todo, y es dueño de todo: los bienes del cielo y de la tierra están en su mano, arde en deseos de derramarlos sobre los que ama: y colmándolos de todos estos bienes, se dá á sí mismo para que así se pongan en estado de acudir al fecundo manantial *de toda gracia escelente, y de todo don perfecto.* Este Dios, decia el apóstol San Pablo, que no perdonó á su

propio Hijo, sino que le entregó á la muerte por todos nosotros, ¿no nos ha dado con él todo cuanto nos podia dar? ¿no es poseer todos los bienes juntos, el poseer al que es Señor de todos ellos? ¿no es acudir á tomarlos de la fuente de las gracias, el tener en sí al que es origen y dispensador de todos ellos? ¿qué le falta, pues, al que tiene la dicha de poseerle? qué puede ya desear? qué tendrá que pedir?

Esta comida celestial hace brillar en nosotros la imágen de Jesucristo, dá la hermosura y nobleza á nuestra alma, y la impide, alimentándola, de caer en la flaqueza y miseria. Esta carne es su salud: ella la purifica, la hermosea y la inflama, para hacerla mas pura y resplandeciente que el oro.

Las sugestiones ó engaños del

enemigo de nuestra salvacion, las pasiones, los gustos, las honras del siglo, los pesares y amarguras de la vida, nos condenan á la inquietud. Los que viven en el mundo, y aun mas los que se entregan á él, no dejan jamás de resentir la tribulacion de la carne; pero cuando nos llegamos á la mesa del Señor, y consideramos el manjar celestial y divino que recibimos; cuando nos alimentamos de él, con respeto y con amor, entonces las tribulaciones de este mundo se mudan en delicias, y aquel manjar divino aplaca las inquietudes del espíritu, para hacer lugar á la alegria y dulzura de la paz. Si nuestro corazon está árido ó seco, él lo riega con las aguas saludables de la gracia: si está entre tinieblas, lo alumbra: si está oprimido de dolor, lo dilata: si frio, lo calienta: si carnal, terreno ó cai-

do, lo ayuda, lo levanta y anima. De este Pan eucarístico decia San Ambrosio, que está escrito: *todos los que se aparten de él, perecerán.* Si os alejais, morireis; pero si comeis de él dignamente, vivireis. *Este es el pan de vida*: el que lo come con todas las disposiciones necesarias, no puede morir; porque ¿cómo podrá morir aquel á quien sirve de alimento la misma vida? Llegaos, pues, y saciaos de este pan misterioso: llegaos, y bebed de esta fuente de agua viva: llegaos, y sereis alumbrados, pues es la misma luz: llegaos, y saldreis de la esclavitud, pues donde habita el espíritu de Dios, es donde solamente se halla la libertad. Esta fuente de gracias apaga la sed de nuestras dolencias y pasiones, contiene la hoguera impetuosa de nuestros deseos, y los enfurecidos movimientos de la rebelde concupis-

cencia, que nos desvia de nuestra salvacion, para arrastrarnos ácia los frágiles y perecederos bienes de la tierra: cura nuestras llagas, calma nuestros dolores, santifica nuestras penas y nos dispone para la felicidad del cielo, haciéndonos ya gustar sus primicias sobre la tierra.

Tales son los bienes que el amor de Jesucristo nos ofrece en este misterio de nuestra salvacion: bienes sólidos, bienes inestimables, bienes que nos hacen concebir toda la estension de su caridad liberal y magnífica. ¿Cómo podre yo, Señor, corresponder á ellos? y qué podré volveros por todo lo que he recibido de vos? vos me llamais á un festin, preparado por el amor, de cuyas llamas me siento interiormente penetrado. ¡O amor! ¡O fuego divino que abrasais siempre, y que no os apagais ja-

más! ¡O Dios que sois la misma caridad, inflamadme con aquellos santos ardores que os hacen semejante *á un fuego devorador!* haced que yo quede adormecido y embriagado para no pensar mas sino en vos, para no amar á otro que á vos: esponed mi corazon á todas las pruebas posibles, y dadme al mismo tiempo las fuerzas necesarias para sostenerlo, para que á ejemplo de San Pablo pueda yo decir hasta el último suspiro de mi vida: *¿quién podrá separarme del amor de Jesucristo? ¿será por ventura la afliccion, los disgustos, las persecuciones, el hambre, la desnudez, los peligros, el hierro ó la violencia? En medio de todos estos males siempre quedaré victorioso por medio de aquel que me ha amado; pues estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los Angeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni venideras, ni lo*

que está en lo mas alto de los cielos, en el fondo de los abismos, ni criatura alguna podrá jamás arrancarme el amor de Dios, que Jesucristo bien nuestro me ha inspirado por medio de la comunion.

SEGUNDO DIA

Moralidad práctica.

El primer don sobrenatural que Dios repartió á los hombres, es la fe actual ó habitual, que es la basa y la fuente de todas las virtudes, y el principio de la vida del hombre nuevo; pero esta fuente estará siempre ciega, y siempre seca, si no la anima nuestra caridad que es el principio de la justificacion del pecador; y esta caridad ó amor nuestro, es el que Dios nos pide en recompensa de aquel escesivo amor que nos ha manifestado, dándonos á su Unigénito Hi-

jo: pídenos una verdadera y constante union de nuestro corazon con el de Jesus, y que le amemos como á bien sumo, y á nuestro último fin: una libre sumision de nuestra voluntad, y de todos nuestros afectos á su ley y justicia eterna, que no es otra cosa sino el mismo Dios. Esta es la idea que del divino amor nos da el Espíritu Santo por medio del Apóstol. (a) En esta caridad activa y eficiente consiste la cristiana justicia; mas debe guardarse el cristiano de formarse una falsa idea de esta caridad, concibiéndola como una cualidad muerta y ociosa, cuando es un fuego siempre vivo; y como dice el doctísimo y piisimo cardenal Henriquez: (b) *Es un*

(a) Rom. 8. 14. Qui spiritu Dei aguntur ii sunt filii Dei.

(b) Lib. 3 cap. 55. de Imit. Christ.

fuego siempre en movimiento; pero que puede encenderse mas y mas hasta el infinito; y al contrario, entibiarse tambien tan lentamente, que llegue á apagarse. ¿Por ventura puede estar ocioso el amor de Dios? dijo ya San Gregorio Papa. *Si lo hay,* (continua) *obra cosas grandes; si no las obra, es señal que no lo hay.* (a) Dos son, dice San Leon, los amores que pueden dominar al hombre: el amor de Dios, y el amor de las criaturas; y estos dos amores reglan y constituyen buenas ó malas nuestras acciones. Quien ama á las criaturas sin órden á su último fin, obra por ellas y á ellas endereza cuanto hace; pero al contrario, quien ama sinceramente á Dios no busca sino á Dios, obra por Dios y refiere á él, como á su último fin, por un principio de amor

(a) Homil 30. in Evang.

(sin el que son defectuosas todas nuestras obras) cuanto piensa, cuanto quiere y cuanto obra. (*a*)

Pero debe advertirse aqui con San Agustin, que Dios no nos prohibe el amar á las criaturas; sí solo el amarlas sin referir este amor á su Criador; pues dice el Santo, que refiriéndose este amor á su Criador, ya no es concupiscencia sino caridad (*b*)

Dadme pues, Dios mio, este amor que es puro don vuestro: destilad en mi corazon la suavidad de vuestra celestial dileccion, para que movido de ella, venza infaliblemente los atractivos de todo apego á lo terreno. Dadme vuestro santo amor, para que con un afecto santo obre yo cuanto os dignareis hacerme conocer por

(*a*) Serm. 5. de Jejun. 6.
(*b*) In Enchirid. ad. Laurent. cap. 17.

vuestras celestiales ilustraciones: haced finalmente, que conciba un grande horror á quien intente apagar ó adormecer con frívolas máximas las dulces obligaciones de vuestro primero y principal mandamiento.

TERCERO DIA.

REFLEXIONES SOBRE LA SANTIDAD DE DIOS QUE SE NOS DA EN LA COMUNION.

Sed santos porque yo soy santo. Levit. cap. 19.

I. Dios es el que habla, y dice; *Venid á mí;* pero acordaos que soy un Dios Santo, que aborrece con el último estremo la iniquidad. Yo busco un corazon puro; en él es donde yo quiero habitar: él es mi morada querida y la estacion de

mi descanso. *Disponédmela, pues, bien adornada, y haré en vuestra casa la pascua con mis discípulos*: purificaos de vuestras costumbres viciosas, y reparad los desórdenes de vuestra vida en la amargura de vuestra alma.

II. En la primitiva iglesia, cuando se celebraban los sagrados misterios y cuando estaba todo dispuesto para darse la comunion á los fieles ó al pueblo, levantando un diácono la voz, decia á todos los fieles congregados: *las cosas santas son para los santos:* palabras que parece llamaban á las almas purificadas á la mesa santa, y que se decian para separar ó apartar de ella las impuras. Es como si el diácono hubiera dicho, llegaos almas puras y virtuosas, y alimentaos de la carne de Jesucristo: vosotras mereceis el nombre de santas, pues que teneis la gracia santificante:

las cosas santas son para vosotras. Y al contrario: retiraos todos los que habeis tenido la desgracia de perderla, y que no la habeis aun recobrado por la penitencia, pues las cosas santas no son sino para los santos.

De muy diferente manera piensan los hombres esclavos del pecado: los impios, los adúlteros, los blasfemos, los impenitentes: todos aquellos, en fin, que cometen y viven en la abominacion y la mentira, y que no han lavado sus vestidos en la sangre de la nueva ley. Ved aquí el dia de las bodas del Cordero sin mancha, que solo debe ser acompañado de vírgenes: ved aquí el esposo que llega: guardaos de presentaros delante de él con la lámpara apagada, con un corazon endurecido ó corrompido: evitad con cuidado todo lo que pueda ofender la pureza de sus

ojos, pues lo que no sea cándido y purísimo, no debe presentarse ante ellos.

III. ¡Qué atencion, Señor, no ponian en la ley antigua para no profanar los objetos destinados á recordar á vuestro pueblo la sola idea de vuestra presencia!

Moises hizo una arca de una madera incorruptible, que revistió de un oro muy puro, para encerrar en ella las tablas de la ley. David, inflamado de vuestro espíritu, celebró la gloria de esta arca con cánticos que inspiran los mas puros afectos de religion. Salomon, el mas sábio de los reyes de Israel, empleó siete años para edificar el templo en que debia ser colocada: los mas preciosos metales y todo lo mas raro y esquisito que puede producir la naturaleza, se empleó en aquella grande obra, para hacerla una de las ma-

ravillas del mundo, y la admiracion de los siglos venideros: hízose una fiesta solemne para consagrarla: os ofrecieron mil hostias pacíficas; y la arca llevada como en triunfo, fue colocada con ceremonia y con pompa en el lugar santo que le habia sido preparado.

Nada podia entrar allí que no estuviese limpio de la mas ligera mancha: vuestros Sacerdotes y Levitas estaban obligados á purificarse antes de entrar en lo interior de aquella santa morada: no les era permitido el parecer en vuestro santuario, ni quemar el incienso sobre el altar, ni derramar la sangre de las víctimas sin preceder la limpieza de sus manos. Todo lo que se os ofrecia, Señor, debia estar sin mancha. Vuestro pueblo tuvo órden de purificarse por espacio de dos dias, antes de llegarse á la montaña, á que os dig-

nasteis bajar para dar la ley.

¿Y qué comparacion, Señor, puede haber entre la arca de la Alianza y vuestro cuerpo adorable; entre las tablas de la ley y el supremo legislador; entre aquellos sacrificios imperfectos que no eran sino simples figuras, y la verdadera víctima de propiciacion que es el término y cumplimiento de todos los sacrificios antiguos?

Yo no llegaré como el pueblo de Israel á una montaña encendida, á un fuego perceptible y terrestre, á una nube oscura y tenebrosa, al sonido de una trompeta, y al ruidoso estruendo de una voz; sino que me llegaré á la montaña de Sion, á la ciudad de Dios vivo, á la Jerusalen celestial, á la multitud innumerable de Angeles, á la congregacion de aquellos santos, cuyos nombres están escritos en el cielo; á Dios que es el juez de

todos; á los dichosos espíritus que están en la gloria; á Jesus que es el mediador de la nueva alianza; y á la sangre que fue derramada por nosotros, y que grita ó clama mas alto para la misericordia, que la de Abel para la venganza.

¿Qué no debo yo, pues, hacer para purificarme? ¿Querré por ventura conservar en mí manchas capaces de profanar la sangre adorable de mi Salvador? Desterrad, Señor, de mi corazon objetos profanos, afectos impuros, deseos perversos, costumbres ó hábitos indignos de un fiel discípulo de este Dios Salvador. Es menester ser puro para recibirle: todas las purificaciones mandadas ó prescritas en la antigua ley, eran la figura de las que pide en el dia de hoy: aquellas contenian el precepto de estas, y eran solo su figura; pero no se trata aqui de una purifica-

cion esterior y sensible: es una purificacion espiritual é interior la que Dios pide: quiere purificados mi espíritu y mi corazon: aquellas encerraban el precepto de estas; y lo que estaba mandado por solo figuras ó sombras, muestra sin duda una obligacion mas fuerte y mas espresa cuando pasa á la realidad. Todo aquello que fue mandado para honrar las promesas, debe tener su término y consumacion en llegando su cumplimiento.

IV. Vos me llamais, Señor, á vuestra mesa santa: me convidais, me mandais tomar en ella la celestial comida que me habeis preparado, y me decis: *Venid á mí vosotros todos los que estais fatigados y abatidos, y yo os consolaré. El pan que os voy á dar, es mi carne para la vida del mundo. Tomad y comed, este es mi cuerpo. Si no comeis la carne del*

Hijo del Hombre, y si no bebeis su sangre, no vivireis en vosotros.

Aunque estoy penetrado de estas palabras tan llenas de caridad y amor, la consideracion de mi pecado me amedrenta, y el peso que oprime mi conciencia, me desvia para llegarme al mas santo de todos los misterios: si la dulzura de vuestras palabras me lleva á él, la muchedumbre de mis pecados ó iniquidades me contiene. Vos me mandais llegar á vos con confianza, si quiero tener parte en vuestros dones, y tomar la comida ó sustento de la inmortalidad; ¿pero cómo osaré yo ir á vos con un corazon manchado por el pecado? ¿Cómo os introduciré, ó pondré yo en una alma, cuyas faltas y recaidas os harian mirarla como una odiosa morada? Si me decís, Señor, *tomad y comed*, oigo tambien un apóstol inspirado

de vuestro espíritu, que me dice: *el que come y bebe indignamente, come y bebe su juicio y su condenacion: se hace reo del cuerpo y de la sangre de Jesucristo;* y así, por una parte me presento á un convite lleno de gracia, y por otra oigo pronunciar un anatema formidable: por un lado considero un precepto, y por otro una amenaza: ¿qué haré, yo, pues? ¿Tomaré el partido de faltar al convite para evitar el anatema, ó por no incurrir en él, desobedeceré el precepto? Si no me llego á vos, huyo de la vida; y si me llego indignamente, me doy la muerte.

V. Uno de los mas grandes delitos que se pueden cometer, es sin duda la profanacion del cuerpo y sangre de Jesucristo, por una comunion indigna. Escuchad á San Pablo: *Cualquiera* (dice) *que come el pan y bebe el cáliz del Señor in-*

dignamente, será reo del cuerpo y sangre del Señor. Que el hombre se pruebe, pues, á sí mismo, y que de esta manera coma de este pan y beba de este cáliz, porque cualquiera que lo come y bebe indignamente, come y bebe su condenacion, pues no hace el discernimiento que debe del cuerpo del Señor. Por esta razon hay entre vosotros muchos caidos, muchos enfermos, y muchos que duermen en el sueño de la muerte. ¡O sentencia terrible! ¡palabras espantosas! ¿quién podrá oirlas sin sobresalto? ¡Comer indignamente el cuerpo de Jesucristo! Hé aquí el crímen y el pecado. Cualquiera que tiene esta osadia, se hace *reo del cuerpo y de la sangre del Señor:* hé aquí su enormidad. Obrando asi, *come y bebe su juicio y su condenacion;* hé aquí el castigo. *No hace el discernimiento que debe del cuerpo del Señor:* hé aquí el origen de todo esto.

Si quereis evitar un castigo tan pronto y tan rigoroso, probaos primeramente, *pruébate*. Ve ahí la precaucion que es menester tomar. Cada uno de estos artículos pide una particular reflexion.

1.° *Comer indignamente el cuerpo del Señor*. Este es un pecado enormemente grande por su mismo objeto. Las criaturas son ordinariamente el objeto de los otros pecados: el objeto de este es el mismo Dios. Los demas pecados ofenden á Jesucristo en sus leyes: éste le ofende en su persona. Con los otros pecados se le desagrada: con éste se le ultraja. Con los otros se violan sus preceptos: con éste se crucifica nuevamente su cuerpo adorable. Con los otros pecados se pierde la gracia: con éste se entrega en algun modo al diablo al mismo autor de la gracia. Con los otros pecados se sa-

tisface una pasion: con éste se comete, sin pretesto ni motivo, un atentado y accion la mas horrible.

2.° Cualquiera que tiene el atrevimiento de cometer este delito, se hace *reo del cuerpo y sangre del Señor:* es decir, que imita la sacrílega impiedad de los que la derramaron: que se hace semejante al cruel Herodes, cuando arrebatado de su celoso furor pretendió y solicitó derramarla: semejante á Judas cuando vendió á su Salvador y maestro, cuando lo entregó con un ósculo pérfido, y semejante á los judios cuando le crucificaron. San Agustin dice tambien, que es mayor delito crucificar á Jesucristo reinando en el cielo, que cuando estaba vivo sobre la tierra; y que la profanacion de su carne impasible é inmortal nos hace mil veces mas culpables

que la destruccion de su cuerpo pasible y mortal.

Cualquiera que tiene la audacia de cometer este delito, se hace *reo del cuerpo y de la sangre del Señor*, pues se hace responsable delante de Dios, que de esto le pedirá cuenta muy rigorosa. Este sacrilego atentado sube hasta el mismo Dios. El cuerpo y la sangre del hijo de Dios le son indignamente profanados. Este Dios, celoso del honor de Jesucristo, ¿podrá dejar sin castigo un abuso tan estraño, una traicion tan negra, una abominacion, que puede considerarse como la mayor de las perfidias y abominaciones? No. La misma sangre que se derramó sobre la cruz para la justificacion del pecador, recaerá sobre él para su condenacion eterna. Esta sangre, cuya voz mas fuerte y mas elocuente que la de Abel, debia

hablar por su salud, no hablará sino para su perdicion, y en lugar de un grito de gracia y de misericordia, no hará oir sino un grito terrible de justicia y de venganza.

3.° *Come y bebe su juicio y su condenacion.* No será menester otro tribunal para juzgarle, que la misma Mesa del Señor: él lleva en sí mismo el juez y el acusador; pero un juez enemigo, un juez irritado, porque es un juez ofendido y ultrajado. La sentencia que condena su pecado, está como grabada en su alma, pues alli es donde el delito ha sido cometido, alli es donde será condenado, alli es donde el Señor en persona pronuncia inmediatamente contra el delincuente la misma sentencia que pronunció en caso semejante contra el discípulo que le entregaba; pues cuanto mas augusto y mas santo es

el sacramento que él profana, tanto mas enorme es el crímen que comete, y asi el castigo será mas rigoroso. *Seria mucho mejor para este hombre el no haber nacido.* Sentencia ratificada en el cielo al punto mismo que fue dada sobre la tierra. Este juicio, esta condenacion, se unen, digámoslo así, con la propia sustancia del delincuente: penetra hasta lo interior de su alma, hasta el fondo de su corazon: es como un veneno que se mezcla con la sangre y que inficiona todas las partes del cuerpo. Este hombre herido de la maldicion, si persevera en un estado tan funesto y miserable, no es ya sino una materia ó masa reprobada y corrompida: una masa ó materia de perdicion destinada al fuego eterno del infierno; y aun Dios le hace esperimentar muchas veces en este mundo el preludio

de las venganzas que le estan preparadas en el otro: su cuerpo y alma igualmente destinados y comprendidos en el anatema y en la sentencia de muerte que ha sido pronunciada contra él en el mismo instante de su profanacion, esperimentan en esta vida los mas sensibles efectos de la cólera de Dios.

San Pablo atribuye á las comuniones indignas las muertes, las enfermedades, los accidentes funestos que hacen la vida amarga ó que abrevian el curso de ella. No os imagineis [dice] que el diluvio de males que veis derramados sobre la tierra, que corrompen nuestros dias y que los acaban ó anochecen con muertes repentinas y no previstas: no os imagineis que todos estos acontecimientos fatales y deplorables, deban atribuirse á un concurso for-

tuito de causas y circunstancias puramente naturales: la sangre de Jesucristo, profanada por comuniones indignas, es la que hace fulminar su venganza sobre nosotros: *por esto hay entre vosotros muchos malos ó enfermos, y muchos duermen en el sueño de la muerte;* y estas horribles profanaciones os sepultan en un sueño mas funesto, mas peligroso y mas formidable, que el de la misma muerte: el sueño del pecado, el sueño del letargo, el sueño de la impenitencia. El alma reprobada y abandonada despues de haber caido en un delito tan grande, si fuere no obstante capaz de mantenerse serena y sin remordimiento, ¿qué otro pecado podria ya intimidarla, ó causarla terror? Si una victoria grande, alcanzada de sí mismo con el ejercicio de las virtudes, una violencia generosa, una accion he-

roica, puede formar é introducir en un momento un hábito feliz, que no se quita jamás; ¿un delito tan enorme, no puede tambien hacernos contraer con el vicio un hábito continuo y dificil de borrarse? ¿qué se respetará ya en el mundo, cuando no se ha respetado la sangre de Jesucristo? ¿de qué gracia querrán aprovecharse los que han abusado de un sacramento que las contiene todas? ¿de un sacramento que es la fuente y principio de ellas, y en que se ha tratado tan indignamente á Dios, que es el dispensador de todas...? Cual fue la suerte de Judas, que osó el primero profanar el Cuerpo y sangre de Jesucristo; tal será el fin ó paradero de los que le imiten en su sacrilegio, y que no tengan cuidado de repararlo: morirán, como él, en la impenitencia: la comunion que hicieren

al tiempo de morir, quizá tan mal, y tan indignamente como la de la vida, pondrá el último sello á su reprobacion; y el infierno no tendrá bastantes tormentos y fuego para vengar la sangre de un Dios.

4.º Pero volvamos á la fuente y principio de tan gran mal ó desgracia. Vedle aquí: *él no ha sabido hacer el discernimiento del cuerpo del Señor*: no ha sabido pesar el valor y la dignidad, con la balanza de la fe: no ha estudiado los misterios de la gracia y de la salud, encerrados en este divino manjar: ha querido mezclar el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios; las aguas saludables que manan de las fuentes del Salvador, con las pestíferas aguas de las corrompidas cisternas; el veneno mortal de la cepa de Babilonia, con el néctar

ó bebida celestial, que mantiene y es la delicia de los santos.

5.° *Pruébese, pues, el hombre á sí mismo.* Esta es la precaucion que es menester tomar para evitar el pecado de una indigna comunion y todas las desgracias que le son consiguientes. Esta prueba consiste en conocer sus pecados y renunciarlos, borrándolos por medio de la penitencia.

VI. La única cosa que Dios aborrece verdaderamente es el pecado; y lo aborrece con un aborrecimiento infinito, aborrecimiento constante é invariable. Todo lo que hizo desde el principio del mundo, es una clara prueba de su aborrecimiento contra el pecado. Yo veo por todas partes ocupado su poder en castigarlo ó empleada su misericordia en perdonarlo. Si los Angeles rebeldes se hacen delincuentes á sus ojos por

un pecado de soberbia, pone luego en movimiento toda la máquina de los cielos para sepultarlos á los abismos. Porque el primer hombre le desobedece, le despoja de todos sus privilegios, y es comprendido él y toda su posteridad en la maldicion del Señor. Si el género humano se entrega á los apetitos carnales, se ve anegado enteramente por las aguas del diluvio. Aqui se abre la tierra á los pies de los blasfemos, y se los traga vivos; allá arroja un fuego del cielo que devora los habitantes de cinco ciudades abominables, y las reduce á cenízas. Yo noto en toda la serie de los siglos una justa venganza que se prepara contra el pecado: pero cuando ella no castiga á los hombres sino con penas temporales, es como perdonarlos, y no se conoce bien la ira de Dios; es me-

nester arrebatarse en espíritu hasta el infierno para concebir ó penetrar hasta dónde llega este aborrecimiento perpetuo, implacable y necesario, que Dios Eterno ha concebido contra el pecado.

Pero si se manifiesta tan severamente en lo que ha hecho por castigar el pecado; aun es mas admirable lo que ha querido hacer y ha hecho para borrarlo; pues cuando ve que la naturaleza humana, que salió pura de sus manos, se ha dejado inficionar con la mancha del pecado, prepara el remedio de ella; ¿y qué remedio? La Encarnacion de su Hijo muy amado: el abatimiento infinito de un Dios Redentor; su sufrimiento, su crucifixion y su muerte. ¿Qué remedio? Prodigios admirables, milagros incomprensibles para perpetuar su sacrificio sobre nuestros altares, y para ali-

mentar á los fieles con su carne y con su sangre. ¿Qué remedio? Un comercio íntimo y perpetuo entre Dios y el hombre: una gracia siempre pronta á socorrerle, derramamientos de su sangre siempre pronta á purificarle. ¿Y qué remedio en fin? Todo lo mas maravilloso que el poder de Dios es capaz de producir: todo lo que su bondad puede manifestarnos de mayor eficacia y virtud: un Dios fulminante en el cielo: un Dios, que hace arder el fuego del infierno para castigarlo: un Dios crucificado sobre la tierra para borrarlo: un Dios que se hace nuestro alimento para curarnos de él. Esto, pues, es bastante para hacerme comprender á qué punto llega la ofensa del pecado en los ojos de este Dios á quien voy á ser tan íntimamente unido por la comunion. Para recibirlo digna-

mente, es menester, pues, que yo comience destruyendo el pecado; es menester que lo destierre enteramente de mi corazon. ¡Y dónde colocaría yo, ó mi Dios, vuestra carne adorable, si este corazon quedase todavia ensuciado con el pecado! ¡qué triste y qué impropia habitacion para vos la de una alma ocupada por este cruel enemigo de vuestra santidad! por este enemigo á quien siempre habeis aborrecido, siempre perseguido, siempre detestado! Si reducisteis á polvo el ídolo de Dagón, porque no pudisteis sufrir que quedase en un mismo lugar con el arca de vuestra primera alianza; ¿cómo sufrireis el hallaros íntimamente unido á un pecador tan profano tal vez, como aquel ídolo, y aun mas culpable que los que le adoraban?

Que el pecador se pruebe á sí mis-

mo, dice el Apóstol, antes de comer este manjar celestial; que se cure, que se purifique, que destruya su pecado y que lo borre; pues no puede sino destruyéndolo de su corazon, hacer una morada digna del Señor.

VII. Es menester estar en estado de gracia para comulgar dignamente: es un principio indubitable de fe: la gracia santificante y habitual distingue propiamente los justos de los pecadores: los primeros la conservan, los otros la pierden: ella puede ser comparada á aquella vestidura *nupcial* de que habla el evangelio, sin la cual no es permitido presentarse en la pieza del festin: á aquella lámpara alumbrada que hizo admitir las vírgenes prudentes á las nupcias del esposo. El que no está revestido de esta vestidura es desechado: el que no tiene esta lámpara, por-

que la gracia está estinguida en su corazon, debe ser escluido.

¿Qué seria de mí, Señor, que he tenido la desgracia de perder esta vestidura misteriosa, de dejar apagar aquella lámpara sagrada que habiais confiado á mi vigilancia? Seria escluido siempre de vuestro festin sagrado: seria despreciado: no se me permitiria ponerme delante de este divino esposo; y cuando me presentara á la entrada de su templo me haria oir estas terribles palabras: *Yo no os conozco....¿Cómo os habeis atrevido á presentaros aqui, sin traer la vestidura nupcial?*

El mismo me lo diria, si yo no pusiera el cuidado necesario para recobrar esta vestidura que he perdido, y para hacer revivir la luz de la lámpara misteriosa que ha estado tantas veces apagada, ó casi estinguida por el pecado.

Pero cuando se tiene la fatalidad de perder vuestra gracia, ¡ó mi Dios! puede siempre recobrarse por la penitencia. Vos habeis establecido en vuestra santa Iglesia un sacramento de propiciacion y de indulgencia: un baño sagrado en donde los enfermos son curados, y una fuente de vida donde los muertos resucitan: habeis revestido á vuestros ministros del poder divino de perdonar los pecados: este poder es sin límites. No hay pecado alguno, por inveterado y enorme que sea, que no pueda perdonarle y borrarle. No os habeis reservado á vos la absolucion de delito alguno: todo lo que desataren en la tierra, será desatado en el cielo. Iré pues, humildemente á pedirles la absolucion de mis pecados: les descubriré mis mas ocultas y mas secretas llagas, y las curarán: harán

bajar sobre mí aquella gracia que justifica: yo resucitaré: yo me haré una *nueva criatura de Jesucristo: vos renovareis mi juventud como la del águila;* y mi alma llevada en alguna manera sobre las alas de la conciencia y del amor, se remontará hasta vos mismo.

VIII. ¡Quién no admirará aquí los manantiales prodigiosos de la sabiduría y de la bondad divina! Un Dios Santo quiere unirse á nosotros; pero su santidad infinita, que no permite unirse á nosotros cuando estamos en pecado, conoce toda la fuerza y origen de la inclinacion y miseria que nos arrastra al pecado. Sabe que somos frágiles, y cuál es la debilidad del barro de que nos ha formado, y quiere por lo mismo unirse intimamente con el hombre; pero el hombre casi siempre está infecto con la mancha del pecado:

sus pasos son inciertos y trémulos en el camino de la justificacion de donde se desvia á cada instante: la ley de Dios es un freno que lo contiene, pero la desprecia: es un yugo que le pesa y lo sacude. Esta ley le impone obligaciones, pero se dispensa de cumplirlas: si halla en ella preceptos dificiles de practicar, los olvida y los quebranta, ó acaso los restringe y acomoda al gusto de sus deseos: la oracion lo fatiga y la deja: la virtud lo sujeta y la abandona: sus pasiones lo arrastran y las sigue.

¿Podrá, pues, este Dios Santo resolverse á bajar á este abismo de corrupcion y de miseria? Sí: mas antes de unirse á él tomará él mismo á su cuidado el purificarlo: establecerá un sacramento de reconciliacion, para disponerlo al de la santidad: borrará por su gra-

cia la imágen del pecado que le causa horror, y lavará el pecado con su sangre adorable, para ponerlo en estado de llegarse á él.

IX. Este sacramento de pureza fue principalmente instituido para disponernos á la comunion. Recibiéndole dignamente, el hombre se prueba, pero el Señor pide tambien aquellas pruebas particulares que el Apóstol previó, cuando dijo: *probaos;* pues estos dos sacramentos aunque distintos, están estrechamente unidos: la profanacion del uno influirá en el otro; y el que haya recibido el primero con todas las prevenciones que pide, gozará infaliblemente de todos los tesoros de las gracias que están encerradas en la comunion.

Ahora pues: estas pruebas tan recomendadas y necesarias, son: la primera, una prueba de exámen: segunda, una prueba de acu-

sacion ó confesion: tercera, una prueba de contricion: cuarta, una prueba de resolucion ó propósito. La primera es una prueba de exámen y discernimiento: la segunda, una prueba de sinceridad y de humildad: la tercera, una prueba de dolor y de arrepentimiento: la cuarta, una prueba de fortaleza y perseverancia.

Una prueba de exámen y discernimiento en la averiguacion de los pecados. Es menester conocer sus culpas para acusarse de ellas y para llorarlas; y así me formaré inmediatamente en mi corazon un género de tribunal ó juicio en donde examine severamente todas mis acciones, y haré oficio en él de acusador y de testigo contra mí. Este tribunal es del que habla San Gregorio, *en donde la conciencia acusa al pecador, en que la razon lo condena, en que el temor lo*

liga, y en que el dolor lo atormenta.

¿Pero cómo he de juzgarme á mí mismo, si primero no me conozco? ¿Y cómo podré conocerme, si la luz celestial de la gracia no viene para alumbrarme? ¿Qué hombre se atreveria á lisonjearse de poder observar y conocer esactamente todas sus iniquidades, sin el socorro ó asistencia de la divina gracia? Ciégannos nuestras inclinaciones y nos engañan: nuestras pasiones nos arrastran: todo lo que nos lisonjea, nos parece cierto: todo lo que nos condena nos parece estraño: nuestros errores son nuestra guia: el amor propio es nuestro juez: sus ilusiones nos deslumbran: ellas nos impiden el ver los peligros que están en nosotros mismos: nos hacen percibir ó ver allí virtudes que no hay: hinchan ó abultan nuestro mérito: encubren nuestros defectos: nos

hacen escrupulosos y atentos sobre faltas ligeras: tranquilos é indiferentes sobre defectos enormes.

Ellas nos hacen desconocer la estension de la ley divina: nos cierran los ojos sobre nuestras obligaciones mas manifiestas que la misma ley nos impone: tomamos por consejo lo que es precepto; por obra de supererogacion, las obras mandadas: miramos como un aumento de virtud lo que solo es una parte esencial de nuestra obligacion. ¿Quién podrá, pues, alumbrarme y conducirme en este laberinto espantoso de errores y de ilusion, de incertidumbres y de tinieblas? Vos sois, Señor, á quien nada hay escondido: vos quien penetra hasta lo íntimo del corazon humano, hasta los escondrijos mas impenetrables de nuestras conciencias. Todo está desnudo y descubierto á vuestros ojos:

vos conoceis mi pensamiento antes de formarlo: vos sabeis hasta qué punto me obliga vuestra ley, y en qué la he violado: vos conoceis la estension de vuestros preceptos y la de mis transgresiones. ¡O padre de las luces! ¡O fuente eterna é incorruptible de verdad y de justicia! alumbrad los ojos de mi corazon: no permitais que duerman en el sueño de la muerte. Pero ¡ah! que las tinieblas del pecado me han cercado, y apenas diviso los males que él ha causado en mi alma: mis defectos se han multiplicado por mi negligencia, y por mi culpable presuncion. Vos los habeis visto, dignaos hacérmelos conocer: vos los habeis contado, dignaos descubrirme el número: vos los habeis pesado en la balanza de vuestra justicia, dignaos hacerme conocer su gravedad. Estas son obras de las

tinieblas, porque nacen en ellas mismas, y son ellas las que las producen; pero vos las disipareis con los vivos rayos de vuestra luz, y con sola la esposicion de vuestra ley: esta ley es un espejo que no puede engañarnos, y que es incapaz de encubrir nuestros defectos. Bástame tomar el evangelio y compararlo con mi conducta para ver asi distintamente en qué he pecado contra vos: tomarélo pues, Señor, para guiarme en el exámen, y discernimiento de mis pecados. Esta es la regla, que me propongo seguir, y es la regla que vos mismo seguireis para juzgarme. ¡O Dios mio! qué será de mi vida, cuando yo la compare con esta regla divina! ¡qué amor del mundo! ¡qué tédio! ¡qué descuido en vuestro servicio! ¡qué desvelos por complacer á los hombres, y por conseguir su amistad

ó su estimacion! ¡qué frialdad, qué indiferencia por todo aquello que puede servir á hacerme agradable á vuestros ojos! ¡qué cuidado, qué atencion á las vanas leyes y pasatiempos del mundo, y qué desprecio de las saludables leyes y mandamientos de mi soberano dueño! ¡Qué obstinacion en desechar sus inspiraciones y sus gracias! ¡qué horror para el sufrimiento! ¡qué eficaz en seguir la falsa gloria de la ambicion y del orgullo! ¡qué amor á las delicias y comodidades de la vida! ¡qué vanidad y amor propio en mis pensamientos, en mis deseos y en mis operaciones! ¡Qué desórden en mis apetitos! ¡qué desden por todos los que me desagradan! ¡qué pasion tan ciega y qué injusta preferencia ácia aquellos que menos por el mérito de su persona, que por el capricho de mis gustos han ha-

llado entrada en mi corazon! ¡Cuán apartado vivo de aquella caridad universal que hace amar al prójimo como á sí mismo! ¡qué atencion maligna para renovar y ensalzar sus defectos! ¡qué curiosidad y deseos de conocerlos! ¡qué facilidad en creerlos! ¡qué severidad en juzgarlos! ¡qué indiscrecion en publicarlos! ¡qué dureza con los pobres! ¡qué insensibilidad para con los males agenos! Agrio y mordaz en mis espresiones: entero en mis voluntades, impaciente en mis deseos, arrebatado en mis disgustos y mis caprichos: ¡cuántas veces no he violado las indispensables leyes de la religion, de la prudencia y de la equidad! ¡qué olvido de la obligacion de mi estado! ¡qué pereza y qué flojedad, y aun qué sequedad en todas las acciones de piedad! ¡qué disgusto en la oracion! ¡qué vacío

en el empleo del tiempo! ¡qué defectuoso en el uso que podria haber hecho de mis talentos y de mis riquezas! ¿Y despues de todo esto osaré aspirar al honor de unirme á un Dios que es la misma santidad? ¡Ah Señor! y cuanta verdad es que no soy digno de tan grande felicidad; y aun soy dos veces indigno, pues que he juntado á mi natural indignidad la indisposicion criminal y voluntaria que he contraido con la muchedumbre de mis pecados. La primera subsistirá siempre, pues es indeléble y fundada sobre la nada y sobre la bajeza de mi sér; y aun cuando tuviera la pureza de los Angeles, deberia deciros al llegarme á vos: *Señor, yo no soy digno;* pero mi indignidad voluntaria puede ser destruida, puedo ser borrada, porque únicamente se funda sobre pecados de que

puedo hacer á un ministro vuestro una confesion humilde y sincera, por la que me sujete á su juicio, y de que pueda absolverme por medio de una sentencia que vos estais obligado á confirmar en el cielo, si he merecido doblar vuestra misericordia por mi arrepentimiento y por mi dolor.

2.° *Prueba de sinceridad y de humildad en la confesion.* Me acusaré pues, Señor, de todos mis pecados, no solamente delante de vos, sino aun tambien delante de vuestros ministros que os representan, y les descubriré lo íntimo de mi corazon: les declararé mis faltas en los términos mas humildes, mas claros y precisos: seré en su presencia como aquel israelita sencillo y sin dolo que no conocia ni la ficcion ni el artificio: las culpas mas vergonzosas y mas groseras serán puestas ante sus ojos

con la misma sinceridad que lo serian las mas leves: no usaré de figuras para disimularlas, de ningun velo para encubrirlas, ni de pretesto alguno por justificarlas: no afectaré parecer mas culpable de lo que soy: no exageraré mis defectos con una humildad mal entendida: nada saldrá de los términos de una esacta verdad; y aun quedando dentro de estos límites, hallaré siempre motivo para humillarme. Acusándome de faltas que me parecen veniales, no hablaré de ellas con aquel tono de frialdad ó tibieza que supone no estar uno penetrado de sentimiento, ni aun levemente compungido: pensaré que todo lo que os disgusta, que todo lo que os ofende, que todo lo que consigo trae una formal desobediencia á vuestros preceptos, es un pecado digno de llorarse: un mal peligroso, cuando el pecador se

acostumbra á él: un mal que no llega á ser pecado grave por un punto ó intervalo imperceptible; pero que el cometerlo sin temor y vergüenza, ó acusarse de él sin dolor, es lo mismo que despreciar vuestras leyes y vuestro poder soberano.

3.° *Prueba del arrepentimiento, y dolor de la contricion.* Este es como el alma, y verdadero fundamento de la purificacion interior. Hay circunstancias en las cuales el examen y confesion de los pecados pueden suplirse con los deseos; pero nada hay que supla por el arrepentimiento ni por la detestacion del pecado; y de este sentimiento y detestacion debo yo estar especialmente prevenido, cuando quiero prepararme á la comunion. ¿Cómo, Señor, os he ofendido, os he desobedecido, he despreciado vuestras leyes y vuestras amenazas, y me he rebelado tan-

tas veces contra el Todopoderoso? Perdonadme, pues, mi Dios, y no me juzgueis segun el rigor de vuestra justicia. Si me he hecho por la muchedumbre de mis pecados *un hijo de ira y de tinieblas*, hacedme por vuestra misericordia *un hijo de gracia y de luz*. Recurro á vos, Señor, no me desecheis, no me perdais: bien merecido tengo vuestro enojo; pero espero en vuestra bondad y misericordia: pongo toda mi confianza en el mérito infinito de vuestra sangre adorable, que habeis querido derramar por mí: mis pecados se presentan en tropel á mi espíritu; y penetrado del dolor que me causan, me convierto á vos, para deciros: *Vos, que me habeis formado, tened piedad de mí.* ¡O gran Dios! aqui teneis mi corazon: vos conocereis, mejor que yo mismo, lo que él es y lo que debe ser:

vos estais mejor instruido de mis pecados, que yo mismo que los he cometido: mas enterado de mis obligaciones, que yo que las he violado. Curadme, pues, Señor: perdonadme mis iniquidades: vos sabeis que yo solo soy miseria y enfermedad; pero vos, mi Dios, vos sois el manantial que da la fuerza y la vida; y vuestra misericordia es infinitamente mas grande que nuestra malicia. Dios propicio, *volved sobre mí: libertad mi alma de aquellas ataduras que la tienen cautiva: volveos ácia mí:* pero no me mireis con ojos terribles y amenazadores que hacen temblar al pecador y que lo arrojan de vuestra presencia: volved antes Señor, sobre mí aquellos ojos de piedad y de clemencia que lo atraen y lo animan.

Alejad de mí las ocasiones peligrosas que me habian conduci-

do al pecado: ya conozco que el Señor ha oido mis suspiros, y sollozos: el clamor de mis pecados habia subido hasta su trono; pero no lo escuchó, porque pedia venganza contra mí, y me ha dado tiempo de volverme á él por la penitencia; pero ahora el clamor de mis lágrimas se levanta hasta él, y lo escucha, porque implora por mí su misericordia.

Yo me habia separado de vos por el pecado, ¡ó Dios de la paz, ó centro único de mi dicha y de mi descanso! pero ya me acerco de nuevo á vos por la penitencia. El pecado habia levantado entre vos y yo, *un muro de division;* pero vuestra clemencia y mi contricion se unen para destruirle. Yo he dicho: reconoceré mi falta, y me acusaré de ella en presencia del Señor; y viéndome penetrado de compuncion y dolor, me ha perdonado.

Lavadme, Señor: purificadme segun la multitud de misericordias que hay en vos. Una vez que mi penitencia corresponde á mi pecado, vuestra gran bondad corresponde á mi penitencia. El remedio es proporcionado: ¿qué digo yo? es superior al mal: la abundancia de mis pecados da lugar á la superabundancia de vuestra gracia; y la multitud de vuestras misericordias borra y sobrepuja á la muchedumbre de mis iniquidades. Os ofrezco, Señor, el sacrificio de un corazon contrito y humillado: pongo este corazon en vuestras manos: os lo consagro, os lo entrego. Vos hareis de él un corazon puro, un corazon nuevo, un corazon digno de poseeros.

Lleno y penetrado de estos sentimientos, me transformaré y *volveré á ser una nueva criatura en Jesucristo:* el cielo se abrirá para

derramar sobre mí sus bendiciones y sus gracias: estaré rodeado de los rayos del sol de justicia: la luz de la piedad brillará sobre mi rostro: mis vestidos interiores serán mas blancos que la nieve: oiré la voz del cielo que me dirá: Hijo mio, vuestros pecados son perdonados: yo lo digo: curado estais ya y purificado: id y no pequeis mas.

Entonces me levantaré lleno de consolacion y de alegria, y mis huesos *crugirán de gozo:* cantaré un cántico de alabanzas y de accion de gracias al Dios de mi salvacion, y le diré: *Señor, vos habeis quebrado mis nudos y ligaduras, y os ofreceré un sacrificio de alabanzas.* Yo estaba muerto por el pecado, y vos me habeis vuelto la vida. ¡O alma mia! bendecid al Señor, y todo cuanto hay en mí glorifique su santo nombre: ben-

decidle y no perdais jamás la memoria de sus beneficios: él es quien me perdona todos mis pecados, quien oye mis votos, quien cura mis males, y quien me vuelve como á la águila la primera fuerza de mi juventud. Yo le habia ofendido, y no quiso castigarme: he recurrido á él, y se ha acordado de mí por su misericordia. *Ha arrojado mis pecados á lo mas profundo del mar: los ha echado mas lejos de mí, que lo está el oriente del ocaso.... Ningun padre ha tenido mas compasion de su hijo, que el Señor ha tenido de los que le temen.... ¿Qué le daré yo, pues, por todos los bienes de que me ha colmado? Tomaré el cáliz de la salud.* Despues de haberme alimentado del *pan de lágrimas*, para purificarme, iré á recibir para santificarme aquel *pan de Aser*, que hace las delicias de los reyes; esto es, de los que han

establecido en su corazon el reino de la gracia, y el imperio de la virtud.

¿Pero qué nueva turbacion se levanta en mi corazon? ¿qué inquietud me sorprende y me detiene? Voy inmediatamente á alimentarme de Jesucristo y de su propia sustancia; pero luego que haya entrado en mi alma aquel Señor, que echa de ver hasta los mas mínimos defectos ¿hallará por ventura alguna cosa que pueda ser digna de su santidad? ¿podrá decir como cuando entró en la casa de Zacheo, *la salud sea en esta casa?* ¿mi confesion hâ sido entera y esacta? ¿ha sido universal mi contricion? ¿estoy enteramente lavado y purificado? ¿soy, en una palabra, una nueva criatura? No admite la menor duda, que solo el hombre vivo y resucitado por la gracia, puede recibir este

Pan de vida: ¿lo seré yo á vuestros ojos? ¡ó mi Dios! ¿llevo por ventura el nombre de vivo, y en la realidad soy muerto? ¿entrando el Señor en mi alma, la poseerá en paz? ¿cuando Jesucristo Señor nuestro, descienda á mi alma, no descenderá á la corrupcion? No hay medio entre la inocencia y la culpa. Si no tengo la gracia santificante, merezco ser escluido de la sala ó pieza del festin: si mi lámpara está apagada, vos me desconocereis y deberé ser arrojado de vuestra presencia. *Si no soy un vaso de gloria y de honor*, seré desde luego *un vaso de oprobrio y de ignominia*, indigno de recibir al Santo de los santos; y si no estoy bastantemente puro para entrar en vuestro santuario, es preciso que sea su profanador.

¡Ah Señor! puede ser que esta

alma que me parece purificada, no lo esté bastante para recibiros: puede ser que halleis aun en ella manchas en que yo no me he parado; pero vos os dignareis Señor, de atender á la sinceridad de mi corazon; pues sabeis que quiere estar únicamente con vos, y que detesta generalmente todo cuanto puede disgustaros. Vos escuchais la voz de sus deseos, y le suplireis lo que le falta, pues sabeis que nada quiere omitir para adquirirlo: si descubrís en mí alguno de aquellos enemigos invisibles que yo no conozco, los ahuyentareis y disipareis, Señor, y al momento estableceereis la paz en donde ellos quieran mantener la guerra: si quedan alli algunas miserables reliquias de un fuego escondido y conservado en la ceniza de alguno de aquellos pecados ocultos ó desconocidos, de

que habla el Profeta, vos me los perdonareis y os dignareis borrarlos enteramente por la divina union ó aproximacion de vuestra carne pura y sin mancha.

4.° *Probad el ánimo y perseverancia en las resoluciones.* Esta prueba consiste primeramente en una resolucion pura, firme y sólida de evitar y arrojar el pecado: despues de esto ó en segundo lugar, en una animosa resolucion de satisfacer á la justicia divina con la espiacion del pecado.

1.° Resolucion firme y sólida de evitarlo. *Si un hombre se purifica,* (dice el Sábio) *porque ha tocado un cuerpo muerto y vuelve á tocarlo segunda vez, ¿de qué le sirve su primera purificacion? Curado estais,* decia el Salvador al Paralítico, *guardaos de volver á caer en el pecado, temiendo no os suceda alguna cosa peor.*

Evitaré, pues el pecado, huiré de él, lo temeré mas que á la misma muerte: mirarélo con horror, y con un temor que escederá al espanto: me apartaré de todas las ocasiones en que he esperimentado lo débil de mi virtud, y lo fuerte de mis malas costumbres. Fortificadme, Señor, en aquellas santas resoluciones que vos mismo habeis querido inspirarme. Noten todos desde hoy en la prudente circunspeccion de mis discursos, y en lo ejemplar de mi conducta, que vos sois conmigo. Acabad la obra que vuestra mano ha empezado, dándome la gracia de perseverar en los caminos de la justicia. Si correspondo á ella pondré una firmeza inmóvil á la violencia de mis inclinaciones: un freno de caridad, de discrecion y de prudencia á la ligereza de mi lengua: una cerca de espinas al

cebo funesto del deleite, á los discursos emponzoñados del mundo. y á las sugestiones impuras del espíritu de las tinieblas.

Vos sois inmutable, Señor, y vos solo sois el estable y permanente: nada turba, nada altera la incorruptible pureza de vuestra esencia divina; pero el hombre es el juguete de su misma inconstancia y de su miseria: es parecido á aquellas secas y ligeras hojas que arrebata el viento; á aquellas inconstantes olas que se levantan y se abaten, y á aquellas frágiles y huecas cañas que no tienen consistencia alguna. La desigualdad de sus genios, la variedad de sus caprichos, el tumulto de sus pasiones, lo arrastran perpetuamente con movimientos contrarios é inciertos; de manera que apenas ha tenido la dicha de volverse á vos, cuando ya os

deja inmediatamente por volver al mundo. Apenas ha dado un paso en los caminos de la verdad, cuando ya da uno ú otro torcido, para desviarse de ellos: apenas lo habeis perdonado, cuando se hace nuevamente reo: apenas se ha levantado de su caida, cuando vuelve á caer: apenas se ve libre de la cautividad, cuando vuelve á ligarse con nuevas cadenas de esclavitud. Nada hay fijo, nada hay constante en sus pasos turbados é irregulares. Sostenedme, pues, Señor, dirigidme y fortificad mis pasos. Haced que vuestra mano propicia y misericordiosa que me ha sacado del abismo, me mantenga sin caer otra vez en él: haced tambien que la misma mano prevenga mis recaidas y desvios: que vuestro brazo sea siempre mi apoyo; y que por fuertes y peligrosos que sean

los enemigos de mi salud, pueda yo estar seguro de vencerlos con vos.

2.° *Resolucion animosa de espiar el pecado.* Necesario es que sea castigado aquel que ha tenido la desgracia de cometerlo. Cuando el Señor ejerce sobre nosotros su misericordia no pretende derogar los derechos de su justicia; y asi es preciso que sea vindicada y satisfecha por la espiacion del pecado; ¿Qué haré yo, pues, para satisfacerlo? Ofreceré al Señor un sacrificio de espiacion, sometiéndome humildemente á todas las desgracias que su providencia quiera enviarme; á todos los golpes con que pueda herirme: á todas las contradicciones que me haga esperimentar. Cumpliré con un espíritu de penitencia todas las satisfacciones que me fueren impuestas por el ministro de Jesucris-

to, que ejerce sobre mí el juicio del mismo Dios. Seguiré sus consejos: añadiré á ellos nuevas mortificaciones, y nada omitiré para levantarme de sus pies con una alma enteramente purificada y en estado de presentarse á la mesa del Señor, sin temor de profanarla.

¡O Dios mio! háganme estas pruebas saludables tan digno como puedo serlo para participar con fruto del mas santo de los misterios. Ya me he probado, Señor: probadme vos mismo, y no permitais que yo me llegue al altar, sin estar bastantemente purificado; y asi estoy cierto, que no hallaré mi condenacion y mi pérdida en un sacramento destinado para ser mi salvacion.

TERCERO DIA.

Moralidad práctica.

Quiere Dios que el alma que se llega á esta mesa sagrada para participar la abundancia de sus dones, se asemeje á él en la santidad, y que sea perfecta, como escribió San Mateo (*a*), á semejanza de la perfeccion de su padre celestial. Ahora pues, esta perfeccion, que es de dos maneras, la una pertenece al entendimiento, causada de los dones de la inteligencia, sabiduría y ciencia; dones todos del divino Espíritu: la otra es propia toda de la voluntad, ó sea del corazon; y es causada de la caridad, cuyo pábulo es la diminucion de la concupis-

(*a*) Matth. cap. 5.

cencia (*a*) Con que el alma que quiere disponerse bien para recibir esta saludable comida, que es muy sustanciosa á los perfectos, solo debe procurar el avivar y aumentar en sí esta llama de la caridad, sin la cual dice S. Agustin (*b*) no es verdadera ni justa la penitencia, y aun añade: cada uno de nosotros, caros hermanos mios, examine su conciencia, y si la hallare manchada con alguna culpa mortal, sea solícito en purgarla con oraciones, lágrimas, ayunos y limosnas, despues de lo cual llégguese á la sagrada mesa, y no será desechado de este divino banquete con un funesto anatema.

No es la mayor perfeccion la que Dios requiere de aquellos á

(*a*) S. August. lib. 6. 83. qq. q. 36. Nutrimentum ejus est imminutio cupiditatis: perfectio nulla cupiditas.

(*b*) Id. Serm. 7. 15 Temp.

quienes gusta comunicarse en este sacramento, ni la mayor abundancia de su gracia; sí solo el estar libre de pecado mortal; pero para esto se requiere, 1.° un amor de Dios predominante; y como observa S. Francisco de Sales (*a*) que esceda á todos los otros afectos ó pasiones nuestras, y que nos lleve á Dios como á su único bien, y aunque no requiera en grado sublime la perfeccion, no obstante el amor y la caridad, como enseña Santo Tomás (*b*), es de precepto. 2.° Necesario es tambien que procure continuamente fomentar la llama de este divino amor, y perfeccionarse en él; pues ningun cristiano (dice S. Agustin) por adelantado que esté en la cristiana perfeccion, ó sea en la cari-

(*a*) En el lib. 10 del Amor de Dios, cap. 6.

(*b*) S. Thom. 2. 2. q. 184 art. 3 ad 2.

dad, puede decirse á sí mismo: esto me basta, no me cuido de mas; porque si esto dice, es señal manifiesta que se ha detenido ya por el camino, y aun el que ya vuelve atrás (*a*). Corra pues, el camino de la salud quien quiera recibir con fruto este divino sustento, comida de los aprovechados y perfectos: apetezca cada vez mas la cristiana perfeccion, y acuérdese del aviso del Divino Pastor (*b*).

(*a*) Apud S. Prosper. serm. 134.
(*b*) Lib. de perfect. Just. cap. 8.

CUARTO DIA.

ORACIONES PARA LA MISA QUE SE DICE ANTES DE LA COMUNION,

AL INTROITO.

Pedir á Dios la gracia de comulgar dignamente.

Yo entro, Señor, en vuestro santuario para buscar en él la vida y el sustento de mi alma. ¿Estoy yo bastante puro para presentarme y llegarme á vos? *¡O Dios mio! juzgadme*, y dignaos de hacerme conocer vuestro juicio. No debiera recibiros, Señor, sino *la nacion santa* y los que están penetrados de un deseo sincero de poseeros y agradaros: los hombres injustos y pecadores no son dignos de llegarse á vos. No permitais pues, Señor, que me desvíe con ellos del verdadero y seguro ca-

mano: enseñadme á discernir vuestro cuerpo adorable y á conocer el precio de vuestra sangre, porque mi alma está todavia poseida de inquietud y de tristeza aun delante de vuestro santo altar. Yo he sido llamado á él por el amor y conducido por la esperanza: ilustradme, Señor: haced brillar á mis ojos aquella antorcha de la fe que en nada se distingue de la de la verdad: no consintais que yo os desaire con un rendimiento profano y sacrílego: purificad mi corazon: sostened mi debilidad: enviadme de lo alto aquella sabiduria suprema que hace sentir á la juventud, á la edad mas ciega y mas inconsiderada de nuestra vida, toda la dignidad de vuestros sacramentos, toda la santidad de vuestros preceptos y leyes, y toda la magestad de vuestra presencia. Yo espero en vos, Señor:

vos me habeis inspirado la confianza que me conduce á vuestra santa montaña: si mi iniquidad me suspende, vuestra bondad me alienta: yo recibiré en mí un Dios que no quiere mi perdicion, y que solo quiere mi salud: publicaré sus alabanzas: admiraré los prodigiosos efectos de su divina caridad. ¡O Dios Todopoderoso que dais el pan del cielo á aquellos que viven sobre la tierra, dadme todo el fervor de aquellas almas dichosas que reinan con vos en el cielo!

A LA CONFESION.

Humillarse á la vista de sus pecados.

Yo he pecado, Señor: he violado vuestros mandamientos: todo aquello con que debia hacerme agradable á vuestros ojos, ha servido para hacerme culpable en

vuestra presencia: mis pensamientos, palabras, acciones, todo lo que hay en mí, todo lo que nace de mí, debo enderezarlo á vuestra gloria, pues solo me habeis puesto en el mundo para amaros y obedeceros. No he sido sumiso á la ley de la obediencia, y he sido infiel á la del amor; lo confieso, lo protesto, y lo reconozco para confusion y vergüenza mia. No intentaré justificarme en manera alguna delante de vos: *por culpa mia, sí, por culpa mia* he pecado; y no sabré decirlo ni confesarlo con tanta eficacia como quisiera en obsequio de la verdad, y para humillar mi soberbia y altivez. Vuestras inspiraciones y vuestros ausilios no me han faltado jamás; pero yo las he despreciado ó desechado neciamente: vos me habeis dado un corazon recto: vos habeis impreso en

mi alma un espíritu de religion y de justicia; pero yo he abusado de él: mis faltas han sido frecuentes, multiplicadas, y muy grandes. ¡O mi Dios! ¿me atreveré yo á presentarme al festin de los escogidos para comer en él el Pan de los Angeles? Virgen santísima que fuisteis antes que yo el templo del Verbo hecho carne: santo Precursor, Angel del Desierto que le disponiais el camino: fieles discípulos que le escuchabais con tanta docilidad, y que le recibisteis con tan viva fe en aquella cena misteriosa que estoy dispuesto á celebrar despues de vos: almas dichosas que le poseis en el cielo y gozais sin sombra ni oscuridad todos los tesoros de la divinidad, juntaos á mí, pedidle la gracia para mí: vosotras le hablareis, y él os oirá: su misericordia hablará, y ella misma desarmará su cólera.

¡Que no pueda yo, ó mi Dios, recibiros con un corazon tan puro como el de vuestra Santa Madre, tan penitente como el mas grande de los profetas, tan dócil como el de vuestros discípulos, tan fervoroso como el de aquellos bienaventurados que habeis coronado en el cielo! Sé que mi debilidad no puede llegar á aquel puro y entrañable afecto; pero si no es posible el tenerlo, seame á lo menos permitido el desearlo.

AL KIRIE ELEISON.

Implorar la misericordia de Dios.

Tened piedad de mí, Señor. ¡Ah! *Si vos observais todas mis iniquidades, no podré subsistir en vuestra presencia:* ¿cómo podre, pues, unirme únicamente á vos? El hombre comparado con vos, no es sino una

vil composicion de culpas, errores, achaques y debilidad: ¿cómo me atreveré á acercarme á vos? Si vos no me mirais con ojos de misericordia, seria fulminado y aniquilado por una sola mirada de vuestra justicia; mas los felices dias de la propiciacion y de la indulgencia no se han acabado aun para mí: los dias de cólera y de venganza están *diferidos: puedo aun invocar vuestro santo nombre: puedo llamaros aun mi Salvador y mi* Padre: hállome aqui en un templo donde no veo sino reliquias y señales de vuestra bondad: delante de un altar, donde estais únicamente para derramar en él vuestras gracias: me llegaré, pues, con confianza á ese trono de la misericordia, diciendoos: *Señor: tened piedad de mí.* Este clamor sale de lo íntimo del corazon, y os lo digo con tanta compuncion como David, y

con la misma fe que el ciego de Jericó. Olvidad, pues, mis pecados; disipad mis tinieblas. Este convite misterioso ha sido solo preparado para los hijos de la luz: vuestra bondad me llama á él: vuestra sola misericordia puede hacerme digno de ser en él admitido.

AL GLORIA IN EXCELSIS.

Alabar á Dios y pedirle la paz.

Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz de buena voluntad á los hombres que están sobre la tierra. Este es el cántico que fue cantado por los Angeles en el establo ó portal de Belén. ¿No lo cantaré yo tambien, Señor, viendoos oculto bajo los velos oscuros que os encubren? ¡Qué gloria para el Dios Todopoderoso que está sentado en lo mas alto de los cielos! Qué

paz, qué consolacion *de buena voluntad para los hombres que están sobre la tierra!* Gloria á Dios, cuya justicia es satisfecha por el sacrificio perpetuo de una víctima tan noble: paz y consolacion *de buena voluntad á los hombres que están sobre la tierra*, y que ven á un Dios, que se anonada todos los dias por salvarlos. Yo os alabo, Señor, y os bendigo, os adoro y os amo: os admiro, y quedo admirado, contento, y arrebatado á la vista de tantos milagros de generosidad y de amor. ¿Y no sabre yo aprovecharme de ellos? ¿permitiré que se hagan inútiles por las culpables disposiciones de mi corazon? ¿querré yo perecer y morir no queriéndolo vos, ni queriéndolo asi estos sacrificios que habeis instituido para salvarme? ¿despreciaré tambien aquella paz que me ofreceis? ¿y no me esforzaré pa-

ra adquirir aquella *buena voluntad* que es el origen de ella? Tranquilizad, ¡ó mi Dios! la guerra cruel que se escita tan frecuentemente en mi corazon, y que hace que la carne combata con el espíritu: alejad de mí sobre todo aquella guerra cruel y sediciosa que los pecadores os declaran, combatiendo contra vos.

A LA EPÍSTOLA Y EL EVANGELIO.

Pedir á Dios la gracia de practicar las reglas de acertada conducta que se esplican y contienen en uno y otro.

Pero cuál seria, ¡ó Dios mio! el fruto de mis estériles afectos, si no escuchase esta divina palabra, que me ha sido anunciada por vuestros Profetas, por vuestros Apóstoles y por vuestros Evangelistas!

¡Cuán penetrado debo estar de las amenazas y seguro de las promesas que me hacen en vuestro nombre, y que vos mismo habeis dictado! El evangelio es obra vuestra, pues nada se ve en él que no tenga principio de vuestra sabiduría. Venid, pues, á grabar en mi corazon aquellas celestiales virtudes que llevan consigo todo el peso de vuestra autoridad, y todas las luces de vuestra sabiduría: que aquella antorcha sagrada alumbre y conduzca mis pasos por los senderos y caminos de vuestra justicia. Diré yo sin cesar lo que Moises decia en otra ocasion á los judios: *Ved aquí lo que dice el Señor:* oid aqui lo que él mismo os manda y lo que os prohibe. ¡O santas leyes! ¡ó máximas ciertas y saludables! ¡ah! cuántas veces os he olvidado y abandonado: pero el Dios de la verdad uniéndose á mi

me concederá el don de comprenderos y la fuerza de practicaros.

AL CREDO.

Hacer un acto de fe sobre la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

Yo creo, Señor, no solamente que vos sois un Dios único y existente en tres personas distintas, que no obstante su distincion, no hacen mas que una sola é indivisible sustancia; sino tambien que vos estais aqui realmente presente para daros á mí. Creo que renovais en este sacramento de vuestro cuerpo y de vuestra sangre, los mismos misterios que he leido en vuestro evangelio. Creo el misterio de vuestro nacimiento, viendoos en el altar, como nuevamente nacido y cubierto de mantillas y poco conocido fuera de los

espíritus celestiales y de los humildes. Creo el misterio de vuestra vida, viendoos oculto, olvidado y abandonado: el misterio de vuestra muerte, viendoos todos los dias inmolado sobre este altar, como vos lo fuisteis sobre la cruz: el misterio de vuestra sepultura, viendoos sepultado en el tabernáculo como en el sepulcro: los misterios de vuestra resurreccion, viendo como alimentais á los hombres con vuestra carne gloriosa y libre siempre del imperio de la muerte.

No envidiaré, pues, la dicha de los que os vieron en vuestra vida mortal: no esperimentaré ni los disgustos, ni las impaciencias de aquellos Reyes y Profetas que deseaban veros: mi fe me descubre aqui lo que los Apóstoles vieron, y todo lo que los Reyes y los Profetas desearon ver con tanto ardor ó eficacia.

AL OFERTORIO.

Ofrecerse á Dios y rogarle que nos santifique.

Lo que el sacerdote os ofrece, Señor, es todavia una sustancia terrestre; pero que llegará presto á ser carne de Jesucristo por la virtud de vuestras palabras. ¡O Dios Todopoderoso! yo os ofrezco mi corazon: póngolo en vuestras manos: dignaos de trasformarlo y consagrarlo. Decid solamente una palabra, y será santificado: trazad en él vuestra imágen que ha estado tantas veces borrada ó desfigurada por el pecado: mudad sus inclinaciones viciosas en aquella feliz propension que hace amar la virtud: destruid, aniquilad este hombre de pecado que está en mí, con toda ma-

vor presteza, cuanto dentro de poco mudareis las sustancias, de las cuales no quedará otra cosa que las apariencias perceptibles. Sea yo hecho repentinamente con el socorro de vuestra divina gracia, y con mi fidelidad en corresponder á ella, un hombre celestial, un hombre nuevo, un hombre digno de poseeros sobre la tierra y de reinar eternamente con vos en el cielo.

AL LAVATORIO.

Pedir á Dios la pureza necesaria para comulgar dignamente.

¡O Dios puro y Santo! que dijisteis en otra ocasion á vuestros discípulos: *Si yo no os lavo, no tendreis parte conmigo;* derramad hoy sobre mí las efusiones saludables de vuestra gracia, que lavan y purifican nuestras almas. Yo voy á

presentarme á vuestra mesa sagrada, y tendré parte en este pan de vida que no debe ser recibido sino por los hijos de vuestro reino. Recibiré este maná oculto, que solo ha sido ofrecido á los vencedores del mundo y del pecado. ¿Soy por ventura del número de los que lo han vencido? ¡Ah, Señor! él me ha vencido á mí, y he tenido la desgracia de someterme á su imperio: borrad pues, Señor, hasta las menores señales de aquellas manchas vergonzosas que ha dejado en mi corazon. No sufrais que mi alma perezca con la de los impios; y si no he caminado en la inocencia, purificadme de mis iniquidades.

AL PREFACIO.

Unir sus adoraciones á las que los Angeles y santos hacen á Jesucristo en el cielo.

¿Qué es lo que oigo? Es la voz de vuestro ministro que me dice olvide lo terreno para levantar mi espíritu y mi corazon hasta el cielo. ¿Qué veo yo allí, Dios mio? Angeles que os adoran, almas puras que os contemplan, que os aman, que os admiran y que cifran sus delicias en estar con vos.

¡Ah! ¡cuán propio es este espectáculo para humillarme! ¡Cómo! ¿recibiré aquel Dios que reina en el cielo con tanta gloria? ¡Ah, Señor! yo no soy digno de mezclar ni aun mi voz con la de los cánticos de los santos; pero pues vos me lo habeis permitido ¡ó Dios

mio! rogaré á todos que ayuden mis débiles esfuerzos.

Santo, Santo, Santo Dios de los ejércitos. Todo el cielo resuena de estas alabanzas: todo el universo está lleno de su gloria: él bajará hasta mí, y aun vendrá á unirse conmigo, sin que la estension de su grandeza me prive de los efectos de su bondad.

AL PRINCIPIO DEL CANON.

Pedir por la Iglesia, por el Papa y por el Gobierno.

Mis ruegos, ¡ó mi Dios! no deben ser jamás mas fervorosos, mas estensos, y mas agradables á vuestros ojos, que en el momento en que estoy cerca de recibir al soberano dispensador de todas las gracias. Dios propicio, oid mis votos: bendecid esta Iglesia santa á

la que me habeis unido por la gracia del bautismo, y que me abra hoy sus tesoros, dándome el cuerpo y la sangre de su divino esposo. Bendecid al Príncipe de los pastores, Obispos y Sacerdotes; y derramad sobre todos aquellos que habeis llamado al sagrado ministerio, el espíritu de celo y de santidad: mantened en ellos la pureza de la fe, y hacedlos siempre dóciles y sumisos á sus santas instituciones: proteged esta Nacion: conceded gracias particulares al que la gobierna, y á todos aquellos que le están unidos con los mas dulces enlaces: tended la vista favorable sobre todos los fieles que actualmente asisten conmigo á vuestro sacrificio: sostened á los débiles: alumbrad á los ciegos. Yo os pido por todos, Señor, porque sé que sois el Dios de todos: que os sacrificais por todos,

y que queréis hágamos todos nosotros un mismo cuerpo, y que seamos animados por el mismo espíritu.

A LA ELEVACION DE LA HOSTIA.

Adorar á Jesucristo realmente presente en la Eucaristía.

Aquí está mi Salvador y mi Dios: él se esconde por no deslumbrarme con lo brillante de su gloria: lo que aparece no existe: las sustancias terrestres acaban de ser destruidas y sustituidas por la carne adorable de un Dios Hombre que no aparece. ¿Unas pocas palabras han obrado en un momento tantos y tan grandes prodigios? Sí, este es el Rey del cielo, el Señor del mundo y el dominador de las naciones, el cual está presente aunque cubierto con las aparien-

cias de Pan y Vino. *Venid, pues: adoremos al Señor, y postrémonos delante de él: doblémonos de rodillas delante del Dios que nos ha criado y que es nuestro Dios, y de quien nosotros somos su pueblo.*

¡O soberano Señor de la naturaleza! yo os adoro; y cuanto mas obligado me creo de abatirme y humillarme en vuestra presencia, tanto mas me siento penetrado de la gracia que me haceis, dandoos á mí: tanto mas admirado estoy del honor que tendré de recibir en mi corazon á aquel, delante del cual *toda rodilla debe doblarse en el cielo, en la tierra y en los infiernos.*

A LA CONTINUACION DEL CANON.

Los cielos se han abierto. El Santo de los santos ha bajado sobre nosotros y sobre la tierra. Un altar es ahora el trono en donde re-

side la magestad del Altísimo: los Angeles lo cercan; y con los afectos mas vivos de respeto y amor, contrapesan el desprecio, el olvido y la indiferencia de los hombres. ¿Y qué haceis, Señor, mientras que estas supremas inteligencias se anonadan en vuestra presencia? Pensais en mi remedio y salud: os ofreceis á vuestro Padre como una víctima de propiciacion por los pecados de los vivos y de los muertos: os abrasais en el deseo de uniros á mí: me convidais tiernamente á abriros mi corazon. ¡O Rey de gloria! ¿por qué correis así en pos de una vil criatura? ¿por dónde puede ella haber merecido vuestro amor y vuestras ansias? ¡O Señor! ella se ha hecho muchas veces indigna por sus pecados; pero qué es lo que digo? ¿no estais vos aqui para borrarlos? ¿no os ofreceis vos mismo á la di-

vina justicia como víctima por la redencion de los pecadores?

¡O Dios! *mirad vuestro Cristo.* No estoy de ninguna manera en estado de aplacaros, ni de satisfacer vuestra justicia; pero no me presento solo al trono de vuestra gracia, sino que os ofrezco conmigo á vuestro Hijo muy amado. Si reconoceis en mí la imágen de la culpa, hallareis en él la mas pura y perfecta santidad, Mirad este Cordero sin mancilla tendido como muerto sobre este altar. Escuchad la voz de su preciosísima sangre que la derrama sobre mí para purificarme, y por ella me haré digno de unirme á él: y despues que os haya sido ofrecido como víctima, tendré tambien la confianza de recibirlo como sustento.

AL PATER NOSTER.

Aplicar á la comunion las siete peticiones de la oracion dominical.

¡O Padre mio, que reinas en los cielos! venid á reinar en mi alma: venid á santificarla por vuestra presencia: venid á someterla á vuestra santa voluntad y hacerla humilde y dócil á las inspiraciones de vuestra gracia: alimentadla hoy de aquel pan misterioso que aplaca la hambre, y que mantiene la santidad y la fuerza: estinguid en mi corazon todos los afectos de ódio y de venganza, y perdonadme como yo perdono: dadme prudencia para que aparte las tentaciones y fuerza con que triunfe de ellas: libradme de todos los males que me oprimen, y que me hacen suspirar ó gemir. Yo vengo

á vos, como va un hijo á su padre para ser alimentado: como un criado ó siervo delincuente á su dueño, para reconciliarse con él: como un vasallo á su rey, para ser protegido; y como un afligido á su único recurso, para ser consolado.

AL AGNUS DEI.

Cordero de Dios, que borrais los pecados del mundo: víctima pura y sin mancha que sola podeis satisfacer á la justicia de un Dios ofendido, dignaos hacerme partícipe de los méritos de vuestro sacrificio y de los de vuestra inocencia. ¡Qué lecciones de humildad, de dulzura, de caridad y de paciencia me dais vos! Imprimid estas virtudes en mi alma para que ella sea una morada agradable donde podais descansar como en un templo de paz.

AL COMULGAR EL SACERDOTE.

¡Ah! ¿Quién soy yo para recibir á mi Señor y á mi Dios? ¿no debe aterrarme su grandeza y humillarme y confundirme al mismo tiempo mi indignidad y mi miseria? Inspiradme, mi Dios, todos los afectos de humildad, de fervor y de amor que debo tener para llegarme á un misterio tan santo y tan formidable: decid á mi alma una palabra tan sola de salud; y pues quereis uniros á ella, preparadla vos mismo para el honor que la destinais.

AL ULTIMO EVANGELIO.

O Verbo hecho carne, que os habeis ocultado y anonadado por mí: vos que sois la vida y la luz del mundo, alumbradme: descubridme

vuestras grandezas y vuestras glorias: entren en tropel todos los afectos de respeto, de admiracion, de confianza, de reconocimiento y amor: entren en mi corazon y penétrenlo hasta lo mas interior. Comulgar es recibir á un Dios: ¡cuán penetrado debo estar y cuán movido de una accion tan santa y tan grave! Todos los que le reciben dignamente se hacen hijos de Dios. ¡O qué ventaja! Unense á un Dios que está lleno de gracia y de verdad. ¡O gracia de consuelo! ¡ó verdad divina! ¡Augusta dignidad de los hijos de Dios! Hácense hijos de la verdad y de la gracia: ¡qué eficacia, pues, qué luz, y qué suprema elevacion la de un sacramento que une al hombre con Dios! Yo me pierdo, Señor: desconózcome á mí mismo en la profundidad de vuestros misterios y en el oceano inmenso de vuestras misericor-

dias: me uno á vos por los lazos del amor, y este es el único sentimiento ó afecto que puede corresponder á vuestros beneficios.

OTRAS ORACIONES

PARA LA MISA QUE SE DICE DESPUES DE LA COMUNION.

AL INTROITO.

Pedir á Dios el fruto de una santa comunion.

Vuestro espíritu, Señor, vuestra *verdad* y vuestra *luz* me han conducido *sobre esta montaña santa*, y me han abierto vuestro santo tabernáculo. Vos me habeis distinguido y separado de aquella nacion ciega y réproba: de aquel pueblo de pecadores que no se llega jamás á vuestro santo santua-

no. Yo camino ahora *al resplandor de vuestro rostro*, y soy alumbrado por la antorcha de la misma verdad. Cantaré pues, vuestras alabanzas, Señor, y bendeciré vuestro nombre en el mas dulce rapto de reconocimiento y de gozo: pondré en vos toda mi confianza: os glorificaré como á mi Dios, y como al autor único de mi salvacion y remedio: la tristeza y la inquietud deben desterrarse del festin dispuesto para las bodas del esposo, donde hallo el sustento de mi alma, la tranquilidad de mi espíritu y las delicias del corazon. Vuestra voz y vuestra presencia, ¡ó divino esposo! me llenan de una santa alegria: no permitais que la pierda entregándome á los contentos falsos y corrompidos del siglo á que siempre se siguen amargura, dolor y tristeza. Yo os poseo, Dios mio; ¿qué

me queda ya que desear? Decid á mi alma que vos sois mi salvacion, y haced que las acciones de gracias que os dirige sobre la tierra, sean el feliz anuncio de las que espera daros eternamente en el cielo.

A LA CONFESION.

Rogar á Dios que nos asegure en la resolucion de evitar el pecado.

¿Es posible, Señor, que yo tenga todos los dias nuevos pecados que confesar y llorar? Pero ¡ah! que el esceso de vuestra bondad sobrepuja al de mi ingratitud. Vos me tomais en cuenta los momentos ó instantes en que manifiesto mi amor, y un sincero arrepentimiento os hace olvidar todas mis culpas. ¿Cometeré yo aun, Dios mio, aquellas faltas quo os ofenden, y que nos perdonais con tan-

ta misericordia y con una clemencia tan grande? ¿osaré yo, por volver á cometer nuevos pecados, despreciar y arrojar de mí la mano que me ha levantado? Os desterraré con nuevas recaidas de mi corazon, cuando solo habeis venido á él para sostenerlo y fortalecerlo? No lo permitais, Dios mio: contened mi fragilidad: asegurad mis pasos siempre inciertos y trémulos en los caminos de la justicia: derramad en mi alma aquel espíritu de compuncion, que hace aborrecer el pecado mas que todos los males de esta vida: aumentad de dia en dia aquella caridad ardiente que lo consume.

Virgen Santa, que fuisteis siempre fiel á la gracia que os preservó de la mancha de la culpa: santo Precursor de Jesucristo, que conservasteis hasta el último suspiro la que os habia santificado

en el seno de vuestra madre: discípulos queridos, que fuisteis confirmados por el Espíritu Santo en los afectos que vuestro Divino Maestro os habia inspirado; y vosotras, almas dichosas, exentas para siempre de las criminales reincidencias de la fragilidad y de la inconstancia, rogad por mí: alcanzadme ese don de perseverancia que os ha conducido tan felizmente al puerto de la salvacion y á la corona de la justicia.

AL GLORIA IN EXCELSIS.

Glorificar al Señor y pedirle la paz como fruto de la comunion.

La gloria os es debida; pero la paz que os pedimos, y aquella *buena voluntad* que es el principio y origen de ella, no nos es debida en manera alguna: vos la con-

cedeis segun la humildad y el fervor de nuestras oraciones, porque quereis salvarnos, y vuestro espíritu se complace en descansar sobre los humildes.

La gloria os es debida; ¿pero puedo yo prometerme que mi comunion os ha glorificado en el cielo? ¿No debo antes temer que haya deshonrado vuestra adorable carne? ¡Ah Señor! cuánto debieran conturbar mi indignidad y mi poco ¡fervor? Pero ¡ah Dios mio! pongo toda mi confianza en vuestra misericordia y en la virtud de la sangre que derramasteis por mí. ¡O Dios criador, rey del cielo y Padre Todopoderoso! ¡O Jesus redentor hijo único del Padre! ¡O Espíritu santificador, lazo sagrado de la caridad divina, que une invisiblemente al Padre con el Hijo y con vos! Trinidad adorable, tened piedad de mí. Vos pro-

metisteis en vuestro evangelio, que vendriais juntos á mi corazon para estableceros allí. Vuestra promesa se ha cumplido: vos habeis entrado en mi alma: dignaos establecer en ella el reino de la paz y de la justicia, y mantened aquella buena voluntad, aquel deseo de agradaros, que puede solo procurarme un establecimiento eterno en la patria celestial.

A LA LECCION DE LA EPISTOLA Y EVANGELIO.

Dar gracias á Dios de que añade al beneficio de la Eucaristía el de su divina palabra.

Dos cosas, Señor, me eran absolutamente necesarias en este lugar de tinieblas y de pecado en que habito desde el instante de mi nacimiento. Ciego de espíri-

tu y débil de corazon, tenia necesidad de luz y de sustento: de luz para conducirme, de alimento para sostenerme. Compadecido de mi miseria, me habeis dado vuestra carne sagrada para que fuese sustento de mi alma, y me habeis dejado vuestra divina palabra, como una lámpara que alumbra mis pasos. ¿Qué haria yo, mi Dios, y á qué hubiera sido reducido si estos divinos socorros me hubiesen faltado? Entregado á mis errores y á mis flaquezas, ¿cómo hubiera conocido el camino que guia á la vida? ¿Y cómo hubiera tenido fuerzas y ánimo para caminar por él? Pero por un efecto admirable de vuestra bondad, recibo de una parte vuestra palabra, que es la luz de mi alma, y de otra un sacramento que encierra el pan de la vida. Allí estáis, Señor, las dos mesas que ha-

beis puesto en el tesoro de vuestra Iglesia; la una es la mesa del altar sagrado, sobre la cual el pan y el vino se mudan, por un milagro incomprensible en cuerpo y en sangre de Jesucristo; la otra se compone de las tablas de vuestra divina ley que contiene una doctrina santa, que enseña la verdadera fe para conducirnos hasta mas allá de lo que hoy encubren vuestros eternos tabernáculos. Esta tabla de la ley nueva nos ha sido traida y conservada por los Apóstoles y por los Evangelistas que la recibieron de vos. Yo creo lo que ellos creyeron, espero lo que esperaron; y confio llegar, con el socorro de vuestra gracia, á la dicha de que ellos gozan. Gracias inmortales os sean dadas, ¡ó soberano legislador de los hombres! porque haciéndome conocer vuestra volun-

tad, me dais al mismo tiempo en la comunion todos los socorros y todas las fuerzas que me son necesarias para cumplirla.

AL CREDO.

Hacer un acto de fe sobre la presencia real de Jesucristo en el sacramento que se ha recibido.

Yo creo, ¡ó mi Dios! todos los misterios que habeis revelado á los hombres; ¿y cómo dejaria yo de creerlos, cuando los he reunido y juntado en alguna manera dentro de mí mismo? Si yo poseo actualmente al Dios único, al Padre Todopoderoso que ha criado el cielo y la tierra, y todas las cosas visibles é invisibles; ¿seré pues, tan ingrato, que abandone y ofrezca mi corazon á los vanos ídolos y á los dioses desconocidos? Yo poseo á

Jesucristo hijo único de Dios, y nacido del Padre antes de todos los siglos: he recibido aquella misma carne de que se revistió por nuestra salvacion, y que fue formada en el seno de una Vírgen por obra del Espíritu Santo: al mismo cuerpo que fue clavado en la cruz y puesto despues en el sepulcro: que resucitó al tercero dia, y que está ahora sentado á la diestra de Dios vivo: él es hoy mi redentor; pero tambien será mi juez: me busca hoy, me proteje y me defiende; pero me castigará y me reprobará eternamente, si no vivo segun su santa ley, y si muero en su aborrecimiento y en su cólera: él me alimenta hoy de su carne y de su sangre; pero si soy culpable, me confundirá con sus rayos en los abismos. ¡O dulce salvador! ¡O juez inexorable! haced-me de tal manera esperimentar

los efectos de vuestra bondad, que no me esponga jamás al rigor inflexible de vuestra justicia.

Yo poseo aquel espíritu santificador que da la vida de la gracia, y que es adorado y glorificado como el Padre y el Hijo: él me habla por los Profetas y Apóstoles, y háblame tambien por la voz de aquella Iglesia, una, santa, católica y apostólica, cuyos oráculos debo respetar siempre como un hijo dócil y sumiso. Esto es aquel divino espíritu que me santifica y que me resucitará para vivir una vida eterna. Ea, Señor mio y mi Jesus, imprimid en mi alma una idea tan viva y tan eficaz de estas supremas verdades, que las falsas alabanzas de la razon humana no sean jamás capaces de turbarla: hacedme comprender cuán dichoso soy en conocerlas, cuán ventajoso me es el

creerlas, cuán irracional y temerario es el ponerlas en duda y quererlas profundizar: fortificad mi fe, Señor, para creerlas sin titubear. Trátase aquí de vuestra naturaleza y de vuestras obras, y no de una naturaleza y poder humano: por esto ningun hombre es capaz de concebir misterios que son superiores aun á la penetracion de los Angeles.

AL OFERTORIO.

Ofrecerse enteramente á Dios, que se nos da sin reserva.

Ofrézcome á vos, Señor, como vos os ofrecisteis á vuestro Padre cuando estabais clavado en la cruz; y pues nada ha quedado en vos que no haya entrado en vuestro sacrificio: así nada quiero tener que no sea para sacrificáros-

lo. Vos me dais por sustento todo vuestro cuerpo y toda vuestra sangre: yo quiero estar todo entero en vos, como vos estais todo entero en mí: sé que todo lo que está en el cielo y sobre la tierra os pertenece, y que nada tengo que no lo haya recibido de vos; pero deseo el consagrarme á vos por una oblacion voluntaria: ofrézcome, pues, á vos ¡ó mi Dios! con la sinceridad de mi corazon: únome á vos, y espero que nada será capaz de separarme de vos: recibid, Señor el sacrificio entero y absoluto que os hago de mí mismo y de todos los afectos de mi corazon: yo lo junto con el que el sacerdote va á hacer á Dios de vuestra carne divina, en presencia de los Angeles que asistirán invisiblemente á vuestros sagrados misterios.

Pongo sobre este altar de pro-

piacion todos los pecados que he cometido desde el primer instante que fuí capaz de ofenderos, para que consumais las infelices reliquias de ellos con el fuego de vuestra caridad: os ofrezco todo el bien que he podido hacer, por imperfecto y débil que pueda ser, para que acabeis de santificarlo y que lo conduzcais á su perfeccion.

Ofrezcoos todos los santos deseos de las almas piadosas: os ofrezco todos los santos deseos y todas las necesidades de mis parientes, de mis amigos, de mis bienhechores y de aquellos que me han asistido á mí ó á otro, por vuestro amor, ó de aquellos que han deseado y aun pedídome que rogase por ellos: sea que vivan aún ó que hayan muerto. Ofrezcoos mis oraciones y esta hostia de propiciacion por todos aquellos que me han ofendido ó

contristado: os ofrezco, en fin, todos los afectos de amor, todos los obsequios, homenages y toda la gloria que os darán para siempre vuestras mas santas criaturas en el cielo y en la tierra.

¡Qué débil é imperfecto soy! Incapaz de daros acciones de gracias proporcionadas á vuestros beneficios, llamo, pues, á mi socorro los deseos, las virtudes y las acciones de todos aquellos que han tenido ó que tendrán siempre la dicha de agradaros.

AL LAVATORIO.

Pedir á Dios la gracia de vivir santamente.

Yo he recibido al Santo de los santos: evitaré, pues, con cuidado todo lo que puede ofenderle; buscaré la compañia de aquellos que le sirven, y que viven en la

inocencia: preservadme, Señor, de aquellas amistades funestas, que serian capaces de corromperme y de perderme: alejadme siempre del consejo de los malos y de la compañia de los impios. Amaré Señor, la hermosura de vuestro templo; el lugar santo en donde os manifestais: vuestra gloria hará siempre mis delicias: no permitais que me entregue á una vil inaccion, ni á una cobarde indiferencia: abrasadme con el fuego sagrado que despide ese santo tabernáculo. No permitais, Señor, que profanas distracciones lleguen jamás á resfriar, ni turbar el incienso de mis alabanzas y de mis oraciones: estad siempre presente á mi espíritu y á mi corazon, como lo estais siempre á mis ojos, bajo el sagrado símbolo que oculta ó encubre vuestro cuerpo y vuestra sangre.

AL PREFACIO.

Hacer homenage á Jesucristo, que se ha recibido en la comunion.

¡Cuánta es mi necesidad, Señor, de levantarme en espíritu hasta el cielo para tributaros mis rendimientos! ¿No he recibido dentro de mí á ese mismo Dios que los Angeles adoran cuando lo ven sentado sobre su trono de gloria? ¡Cuál es, ó Dios mio, la ventaja del pueblo cristiano! ¿y qué otra nacion sino la nuestra ha gozado del comercio de la divinidad? ¡O cuán admirables son, Señor, vuestras obras, y cuán grande es vuestro poder y vuestra caridad inefable! ¿Qué diré yo y qué haré para manifestaros mi reconocimiento? ¿será bastante el daros mi corazon? ¡Ah! él es débil, es fragil é imperfecto; pero sin embar-

go es el único presente que puedo ofreceros, y es solo lo que vos deseais. Yo os lo doy, Señor, os lo entrego enteramente á vos: recibidme y recibid conmigo el sacrificio de mis alabanzas: *Santo, Santo, Santo es el Dios de los ejércitos.* El cielo y la tierra estan llenos de su gloria, aun cuando se digna encubrirla sobre la tierra por darse á los hombres. Esta gloria sepultada no brilla con menos resplandor á los ojos de la fe, que la que goza en el cielo. *Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu rebosa de gozo en Dios mi Salvador.* Poseo á mi Dios, ¡qué tesoro! y en mi corazon hallo á mi Salvador: ¡qué motivo, pues, de confianza, de esperanza y de amor! Yo soy solo un vaso de tierra en su presencia, y soy la pura nada respecto de él; pero poseyéndole me elevo sobre mi baje-

za natural: él me honra y me glorifica entregándoseme; puedo lisongearme de poseer á aquel ante quien los Angeles están penetrados de un temor respetuoso. *El Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas, y su nombre es Santo.* ¿Qué cosa mas grande, mas maravillosa y admirable, que el alimentar á los hombres de la sustancia de Dios?

AL PRINCIPIO DEL CANON.

Conversar con Jesucristo sobre la gracia que se ha recibido.

Despues de la gracia que me habeis hecho, Señor, dándome vuestro cuerpo y vuestra sangre, ¿qué no puedo yo esperar de vuestra bondad? Hállome presente al origen ó principio de todos los bienes; puedo pedirlos y obtenerlos: derramadlos pues, Señor, sobre mí

y sobre todas las criaturas capaces de serviros y de amaros.

Alegraos, alma mia, y dad gracias al Dios Omnipotente por el magnífico don que os ha hecho: aprovechad muchas veces del consuelo singular que os ha dejado en este *valle de lágrimas.*

Siempre que recibo este cuerpo de mi Salvador, renuevo en alguna manera la obra de mi redencion: participo de todos los méritos de Jesucristo: su caridad infinita no se disminuye jamás; y las riquezas de su redencion son inagotables.

Haced, pues, ¡ó mi Dios! que considere la grandeza de este misterio con una atencion siempre nueva: que todas las veces que me llegue á él, me parezca tan grande, tan nuevo y tan admirable, como si aquel dia mismo Jesucristo (descendiendo por la pri-

mera vez al seno de la Virgen) se hiciese hombre, ó que llagado y puesto en la cruz, sufriese y muriese por la salud de los hombres.

Hallo en vos, Señor, todo lo que puedo y debo desear: vos sois mi salud, mi redencion, mi fuerza y mi esperanza. Vos estais en mí: vos os habeis dado á mí: nada mas he menester.

¡O mi bien muy amado, delicia de mi alma! Ocúltense el cielo y la tierra con toda su magnificencia, delante de vos; pues todo lo que tienen de admirable viene de vos, y no llegará jamás ni aun á la hermosura infinita de vuestro supremo sér.

A LA ELEVACION DE LA HOSTIA.

Adorar á Jesucristo.

Yo os adoro, Dios mio, en esta hostia, y os adoro al mismo

tiempo en mí mismo: no sabia, Señor, cómo serviros ó cómo podria reconocer jamás el singular favor ó beneficio que me habeis hecho, sustentando ó alimentándome con vuestro cuerpo y vuestra sangre; pero en la víctima que se sacrifica sobre este altar, hallo con que pagaros tan grande beneficio: os lo he ofrecido por ponerme en estado de recibiros: y os lo ofrezco tambien para manifestaros todo mi reconocimiento: os he presentado este Cordero sin mancilla, como una víctima de espiacion, una víctima de santificacion, una víctima de preparacion. Presentooslo ahora como una víctima de gracias: recibidla, Señor, y que su sacrificio perfecto, entero y absoluto, sea el modelo del sacrificio total de mí mismo, que os hago en este instante al pie de vuestro altar.

A LA CONTINUACION DEL CANON.

Pues que tengo la dicha de poseeros, ¡ó mi Dios! que me sea permitido abriros y manifestaros mi corazon, y gozar de vos, como mi alma lo desea, para que me hableis y os hable solo, y á solas, como un amigo conversa con otro amigo. Vos estais en mí Señor, y yo estoy con vos: haced que moremos ó vivamos asi eternamente unidos: vos sois verdaderamente *mi muy amado*, *escogido entre mil*, y en quien mi alma desea morar todos los dias de su vida. ¿Qué bienes, qué tesoros, qué consolacion, no estoy cierto de hallar en vos? Pero fuera de vos, no hallaré en parte alguna sino una grande necesidad y falta de bienes que se me huyen. Vos me habeis dado vuestra carne toda san-

ta, toda santificante, toda divina, toda llena de vuestro espíritu que es la vida de mi alma: hacedme gustar, ¡O mi Dios! las dulzuras inefables de vuestro amor. ¿Lo que mas lisongea mi corazon será capaz de satisfacerle tanto como el Dios que lo ha criado y que lo ha hecho solo para él? ¡Ah! que ya no quiero ocuparme mas con las cosas del mundo: no quiero pensar en él mas que con respecto ácia vos. Vos solo sois á quien deseo, ¡ó justicia eterna, bondad soberana, hermosura inalterable, cuya posesion nos hace esperimentar deleites puros, gustos celestiales, puras y castas delicias, que no pueden jamás fastidiarnos! Solo en vos, ¡ó Dios mio! puedo hallar una sólida paz, una paz esenta de turbaciones y agitacion: el que entra en vos, *entra en la alegria de su Señor:* nada tiene que temer,

nada puede faltarle, en tanto que esté unido al supremo bien que comprende por escelencia todos los demas bienes.

AL PATER NOSTER.

Aplicar las siete peticiones de la oracion dominical á la comunion que se ha recibido.

¡Cuán dulce me es, ¡ó Dios mio! el poder llamaros con el nombre de Padre! Vos reinais en los cielos, y no obstante habeis bajado hasta á mí, porque quereis sacrificar vuestra gloria por la salvacion de vuestros hijos. Empleense, pues, mi vida y todas mis acciones en glorificar vuestro nombre, y en establecer y dilatar vuestro reino: ha llegado finalmente á mi corazon el reino de justicia y de santidad: el reino de Dios es-

tá dentro de mí: todos los pensamientos de mi espíritu y todos los afectos de mi corazon sean desde hoy en adelante sumisos á la voluntad de su rey legítimo, y todo se refiera á su gloria: sea servido y obedecido allí como lo es en el cielo. El me ha alimentado de un Pan celestial, que me fortifica y sostiene mi vida. ¡O Pan sagrado! ¡ó divino manjar! calmad la violencia de las pasiones que me tiranizan: reprimid mi cólera, detened mi venganza para que el Señor me perdone, como yo he perdonado. Vos sois el Pan de los fuertes: santificadme contra los funestos ataques del enemigo de mi salvacion, que me lisongea solo por perderme; que me tienta por corromperme; que me atrae á sí para echarme en el abismo: libertadme, Señor, de los males presentes y de los venideros:

de los presentes, porque me inducen las mas veces á quejas amargas; y á murmuraciones que os ofenden; y de los venideros, porque no tienen remedio, y alejarán los beneficios de vuestra presencia, sin esperanza de volver á ella.

AL AGNUS DEI.

Pedir á Jesucristo espíritu de caridad y de dulzura.

Cordero de Dios, que os llevo en mi corazon, ¿seré impaciente, colérico, vengativo y desdeñoso? ¿no sois vós el modelo y la fuente de la humildad, de la caridad, de la dulzura y de la paciencia? ¡Qué no sufriréis todos los dias sin queja y sin murmuracion! ¿No me habeis dicho: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon?* Pero cuando no me lo hubierais

enseñado de viva voz ¿no me lo dirian claramente vuestros sacrificios y vuestros ejemplos? Destruid, pues, con la aplicacion de vuestra mansedumbre aquel espíritu de crueldad que turba alguna vez la paz de mi alma.

A LA COMUNION DEL SACERDOTE.

No era yo digno, Señor, del honor que me habeis hecho; pero vos acabaréis de hacerme digno de él con el efecto saludable de vuestra presencia: dentro estais de mi corazon; dignaos decirle aquellas palabras de vida, que curan los vicios, que destierran las pasiones, que disminuyen las tentaciones, que previenen las caidas, que derraman la gracia con mayor abundancia, que animan la fe, que aseguran la espe-

ranza, que dilatan la caridad y que enardecen el amor.

AL ULTIMO EVANGELIO.

Enderezar estas palabras á Jesucristo que se ha recibido en la comunion.

¡O Verbo divino, luz de los hombres, que no podeis sufrir las tinieblas y que las disipais! ahuyentad para siempre de mi corazon las sombras funestas del pecado: decid, luzca el dia, y él me alumbrará: ordenad que él subsista, y nada será capaz de oscurecerlo. Pero ¡ah! que el mundo que habeis criado y que venisteis á redimir, no os ha conocido. Yo tengo la dicha de conoceros y aun la de poseeros; ¿pero de qué servirá lo brillante de vuestra luz, si yo no la sigo? ¿de qué me ser-

virá ese abundante socorro de gracias que me dais, si yo las disipo? ¿un dia, un momento solo bastará para hacerme perder y olvidar los efectos sublimes de la caridad de un Dios y el don inestimable que he recibido de su liberalidad y de su poder? ¡O Dios que estais *lleno de gracia y de verdad!* imprimid en mi espíritu esa verdad que alumbra: asegurad en mi corazon esa *gracia* que santifica: vuestra *verdad* es inmutable, y vuestra *gracia* no falta jamás: hacedme hallar, Señor, en la inmutabilidad del uno y en el socorro perpetuo del otro, un freno para mi inconstancia y un amparo para mi flaqueza.

CUARTO DIA.

Moralidad práctica.

Aunque Dios esté pronto siempre para conceder sus dones á quien los busca con un corazon contrito y humillado, no quiere sin embargo que los hombres aprecien en poco su gracia, ni la dá ésta con tan necia liberalidad, como vanamente se persuadian en tiempo de San Próspero algunos hereges llamados Semi-pelagianos, que esté siempre presente al hombre impío, y que jamás le falte, por mas que abuse de ella (*a*).

No es esto así: de comun consentimiento escriben los Santos Padres, y sobre todos los santos, S. Agustin y Santo Tomás. Dios es

(*a*) Carm. de Ingrat.

misericordioso con el que le da gusto, y con aquel con quien quiere usar de misericordia; y se da sin escepcion de persona, dice el Apóstol (*a*), á quien quiere su gracia; de lo que el mismo Apóstol deduce que usa de misericordia con quien quiere, dándole su gracia: endurece á quien quiere sustrayéndole tan precioso don, y permitiendo que por su propia malicia caiga miserablemente en la dureza del corazon: ni quiere que el hombre se lamente de su Dios; quiere sí que lo haga de su propia malicia é iniquidad. Y por esto S. Agustin, señalando la razon por que Dios nos da su gracia, segun los méritos, no alega otra, sino porque es misericordioso; ni por otro motivo la niega á los

(*a*) Homil. 9. Ergo cujus vult, miseretur, et quem vult indurat.

que no los tienen, sino porque es justo (*a*).

Ahora pues: ¿quién desmerece mas los divinos favores que aquellos que no saben aprovecharse de aquel tesoro de gracia que está de repuesto en este divino sacramento y sacrificio? Aquellos sacrílegos son, si no me engaño, los que en castigo ó pena de un tan grave pecado, deben con razon temer que les niegue Dios su poderosa asistencia (*b*). Con todo, no se piensa en esto, dice el Santo Doctor: multiplícanse los sacrilegios, y se acude al divino sacrificio incruento con un corazon corrompido (*c*). Nuestra, es la culpa, si somos del número de

(*a*) Lib. de Don. perf. cap. 8.

(*b*) S. Aug. lib. de Correp. & Grat. cap. 11. Nunc quibus deest tale adjutorium jam poena peccati est.

(*c*) Lib. de Nat. & Grat. cap. 22.

los ciegos y de los endurecidos, que ni aun llegan á gustar la suavidad de aquella gracia omnipotente que arranca y arroja toda dureza del corazon humano. Pues guardémonos de perderla y de precipitarnos en tan deplorable estado con nuestras irreverencias, con nuestra tibieza, y con la desatencion ó desacato con que nos llegamos á asistir á este augusto sacrificio, y á recibir este divino sacramento.

QUINTO DIA.

REFLEXIONES SOBRE LOS EFECTOS DE LA COMUNION, CONSIDERADA COMO UN SACRAMENTO QUE NOS UNE A JESUCRISTO.

El que come mi carne y bebe mi sangre, morará en mí, y yo moraré en él. San Juan, cap. 6.

I. Una de las miras principales de Jesucristo en la institucion de la Eucaristía, fue la de unirse á nosotros, y el de unirnos á él. El pidió esta union á su Padre en la oracion que hizo al fin de la cena. No pidió nada menos que una union entre él y nosotros, que en alguna manera pareciese á la que hay entre el Padre y él mismo. *Para que ellos sean uno* (dice él) *como nosotros somos una misma cosa.* De esta manera Jesucristo me muda

por decirlo así, y me transforma por la comunion en sí mismo: se une á mí y me une á él por un lazo estrecho y maravilloso que él mismo compara á aquel lazo de unidad que lo iguala á su Eterno Padre. ¡Cuán grande es esta union, aunque esté oculta! ¡Cuán poderosa é incomprensible es; pues se puede decir en algun modo, que ella me hace una misma cosa en Dios! ¡O lazo sagrado! ¡O union divina y misteriosa! ¡cuánto no debo temer el perderos, y con qué escrupulosa atencion no debo cuidar y velar sobre mí mismo por conservaros!

II. Esta union produce efectos sublimes en el que cuida de conservarla: se hace para él un principio de grandeza, un principio de santidad, un principio de caridad, un principio de fuerza, un principio de felicidad: un principio de

grandeza, que le hace despreciar todas las falsas glorias del mundo: un principio de santidad, que le hace fiel en observar las leyes de Dios: un principio de caridad, que le hace amar todos los hombres en Jesucristo: un principio de fuerza, que le eleva sobre todos los acontecimientos de la vida: un principio de felicidad, que lo consuela y hace dichoso.

III. *Principio de grandeza*, que le hace despreciar todas las falsas grandezas del mundo. Yo he recibido al Dios Todopoderoso que ha criado el mundo: estoy unido á él tan íntima y perfectamente, como el alimento lo está al cuerpo: no soy, en alguna manera, mas que uno mismo con él ¿Con qué ojos, pues, debo mirar el mundo, cuando puedo decir, yo tengo en mí una cosa que es mayor, ó mas grande que el mundo? ¡Qué suer-

te de veneracion y respeto no debo yo tener á mi propia carne santificada con la presencia de un Dios, hecha por su union con Jesucristo *un Vaso de Eleccion* que lo encierra y lo posee! ¡Cuánto no debo yo temer envilecerlo con la inmodestia, profanarlo con mi desidia, desagradarle con los placeres mundanos! Mi union con Jesucristo me eleva sobre todo lo humano. ¿No está en mí despreciar al mundo, el desdeñarlo, y el pisarlo? Estos afectos nobles y elevados que la comunion inspira, no son de ninguna manera incompatibles con los de la humildad cristiana; antes son ellos el principio y fundamento de esta. El que desprecia al mundo, porque tiene la honra de poseer á su Dios, no tiene pena ninguna en sufrir con paciencia los desprecios de aquel, ó en renun-

ciar de la estimacion de los hombres, en pasarse sin ser alabado de ellos, y en olvidarse de envilecerse á sí mismo, por no glorificarse sino en Dios. La humildad no es una virtud baja que degrada al hombre, aunque parece que lo abate; sino que es una virtud que lo eleva, como elevó á los Santos, aun cuando parecia abatirlos, pues era solo aparente su abatimiento; y al humillarlos la religion sabe procurarles una grandeza con que les recompensa aquel aparente abatimiento: si son el oprobrio del mundo, el noble desprecio que hacen de él, pone al mundo entero debajo de sus pies: si no buscan las honras y la vanagloria, es porque su ambicion sube mas arriba que la de los otros hombres, pues llega hasta Dios: si renuncian á las amistades ilustres, y aun al favor de los reyes, es

porque tienen la ventaja de estar unidos al que es mas grande que todos los reyes del mundo. Su ambicion no está apagada; pero es prudente é ilustrada: ni buscan hablando propiamente, el abatimiento; pues conocen mejor que los demas hombres la verdadera grandeza. Jesucristo uniéndose á ellos, los ha hecho sus semejantes; y como este Dios reunia en su persona un aparente abandono y una grandeza real; una débil humanidad y una divinidad todopoderosa; un abatimiento infinito, y una elevacion suprema; asi los santos que le están unidos por la comunion, como hombres solamente, no son sino viles criaturas; pero unidos con Jesucristo, son superiores á los Angeles: como hombres renuncian los honores del mundo, ó son poco sensibles á ellos; pero co-

nos unidos á Jesucristo gozan de un honor que los eleva sobre todo el mundo.

Yo he bebido la grandeza en la misma fuente: he comulgado; me he hecho participante de aquella grandeza divina, de aquella nobleza de los hijos de Dios, que borra los títulos mas gloriosos de un nacimiento humano y de la nobleza mayor. ¿Qué caso, pues, puedo hacer yo de la pompa orgullosa del mundo, de las alabanzas, de los honores, de las dignidades, de los títulos, y aun de las coronas? Unido con Jesucristo, ¿no seria degradarme y envilecerme, el apasionarme de tan viles objetos? ¡O mi Dios! yo lo pongo todo á vuestros pies: no quiero ser grande, sino por vos. ¿Mi ambicion no debe estar plenamente satisfecha con el honor que me habeis hecho uniéndome á vos mismo?

IV. *Principio de santidad.* Cuanto mas se profundiza sobre esta union misteriosa, tanto mas se descubren las consecuencias y las ventajas. Jesucristo está unido á mí, como Dios, como rey, como señor, como pastor, como juez, como padre, como esposo, como salvador, como sacerdote, y como víctima. Considerándolo con estos respetos, ¿puedo dudar que mi union con él no me conduzca á la santidad?

1.° *Como Dios*, me dice sin cesar: *sed santo, porque yo soy santo;* y no deshonreis ni profaneis mi santidad con el desórden de vuestra conducta: yo aborrezco altamente el pecado, y si ha sido menester desterrarlo de vuestro corazon para recibirme en él, ¿con qué cuidado no debeis evitarlo para conservarme?

2.° *Como rey*, viene á establecer

su imperio en mi corazon: quiere reinar solo en él; y cuando manda, quiere ser obedecido. Si las pasiones rebeldes intentan invadir su reino, me manda resistirlas, y me promete toda su fuerza para vencerlas. Pero ¡ah! yo siento que el amor de los bienes terrenos quiere reinar en mi alma; que la vanidad pretende establecer allí su dominacion; que el orgullo quiere ser mi rey; que el deleite se esfuerza á dominarme con sus brutales movimientos. Siento dentro de mí la ambicion, el deseo, y la cólera, que se unen para dominarme; ¿pero me atreveré á ser infiel á mi legitimo rey por hacerme esclavo de ellas? No, mi Dios: el imperio de mi corazon os pertenece á vos, y nada omitiré por conservarlo: desgraciado de mí, si llegase á romper los lazos que me unen á mi

Soberano: si mis pasiones me inspiran otros afectos, tomaré prestadas de vos las *armas de luz*, para triunfar de ellas. Vuestra verdad, vuestra fuerza y vuestra justicia, me sostendrán en los *dias malos*, y nada será capaz de disminuir mi obediencia, ni de hacer titubear mi fidelidad.

3.° *Como maestro*, instruye y quiere que lo escuchen: enseña, y quiere ser creído; descubre las verdades ciertas é indubitables, aunque incomprensibles á la razon humana. Máximas totalmente contrarias á las de la carne, y del mundo; pero nada enseña que no sea santo, saludable, y á propósito para conducirme á la verdadera felicidad. No debo, pues, escuchar otros maestros, que á él, ó á los que me hablen en su nombre. El mundo es un maestro engañoso, que solo dicta á sus dis-

cípulos, errores, mentiras é ilusiones: mis pasiones son otros tantos maestros insensatos que no conocen otra regla que los movimientos desordenados de un ardor ciego é impetuoso: maestros pérfidos, que me conducen al precipicio por un camino sembrado de flores: mi razon misma no es mas que un maestro limitado y corto en sus conocimientos y en sus alcances, que se deja deslumbrar con falsas alabanzas, y que toma alguna vez las simples apariencias de la verdad por la verdad misma; y que cuando la conoce, no me puede dar la fuerza de seguirla; pero vos, mi Dios, vos sois mi maestro, siempre sábio, siempre alumbrado, siempre infalible: vos enseñareis la verdad; y enseñándola vos, teneis el poder de hacerla amar: vos no dais jamás sino lecciones de santidad.

de verdad, de justicia y de prudencia. ¡Feliz quien las escucha, y mas dichoso aun el que las practica! ¡O mi divino maestro! vos sois la voz, la verdad, y la vida; dignaos de hablarme vos mismo y de instruirme. ¿Cómo podré seguir la voz de la mentira, cuando tengo en mí la misma verdad? ¿Querré pues, preferir la muerte á la vida? La muerte está en todo aquello que me aleja de vos: la verdadera vida de mi alma no se halla sino en lo que os agrada, y en lo que puede hacerme semejante á vos.

4.° *Como pastor*, él conduce los rebaños fieles hasta el pasto abundante y delicioso de la felicísima eternidad; conoce su rebaño, y las ovejas conocen á su pastor: si las llama, son dóciles á su voz: le siguen y le obedecen: enséñalas á evitar ó á huir las aguas corrom-

pidas del siglo: las aleja de aquella comida emponzoñada que da la muerte: si alguna de las ovejas se desvia, la busca y la vuelve al rebaño: él mismo se encarga de llevarla por escusarle la pena y la fatiga del camino: las que resisten, que son sordas á su voz y rehusan obstinadamente el volver á él cuando las llama, son ovejas perdidas, abandonadas, réprobas que no pueden esperar sino la muerte. ¡Divino pastor! no permitais que cese jamás de conoceros y de amaros: no permitais que me desvie alejándome de vos por el pecado: haced entender á mi corazon aquella voz que lo penetra, que lo atrae y que lo enternece: haced sentir en mi alma las dulces y saludables impresiones de aquella mano que quiere conducirla y gobernarla para hacerla eternamente feliz.

5.° *Como juez*, él está en mí para examinar á cada instante mis pensamientos, mis palabras, mis acciones, mis omisiones, y para juzgar de ellas todo lo que pienso, todo lo que digo, todo lo que hago, todo lo que deseo; y pesado luego en la balanza de la justicia, el bien es tan diligentemente examinado como el mal: pero ¡ay de mí! este bien no entra en compensacion del mal; y una sola culpa mortal, borra en un momento los méritos de mis virtudes: nada escapa á los ojos de este juez severo: todos los rincones de mi conciencia le están manifiestos, y todos los afectos que encuentra los condena. Si algun deseo perverso se introduce en mi corazon, si se escapa algun defecto en mis acciones, si me sirvo de algun falso pretesto para justificar mis omisiones, todo le es patente;

y todo lo que no es conforme á su voluntad y á sus leyes, lo deposita en el tesoro de su cólera: todo lo que es justo y santo lo escribe en el libro de la vida. ¿Cuál debe, pues, ser mi atencion y mi vigilancia para no ofenderlo? ¿cómo podré pecar delante de los ojos de mi juez y de un juez que está dentro de mí, y que pronunciará dentro de mí mismo la sentencia de mi condenacion y de mi muerte: de un juez siempre presente, siempre justo, siempre equitativo, siempre tan favorable á la virtud como enemigo implacable del vicio?

6.° *Como Padre*, no me condena sin recurso: está siempre inclinado á perdonarme. ¿Querré yo, pues, abusar de su misericordia y de su indulgencia? ¿Es posible *que mis ojos sean malos, porque Dios es bueno?* ¿me atreveré á renovar por

malicia lo que me debe penetrar de dolor y de vergüenza, cuando debiera confundirme aun de haberlo cometido por fragilidad?

7.° *Como esposo*, Jesucristo se une á mí por las cadenas del amor mas vivo, mas sincero y mas tierno. ¿Seré yo tal, que corresponda á ellas con frialdad y continuas infidelidades? ¿No sé que el celestial esposo es un Dios celoso, y que la menor recaida en las cosas que reprueba, ofende á su delicadeza?

8.° *Como Salvador*, ha venido para sanar las funestas llagas que he recibido por el pecado: me ha hallado traspasado de mil heridas, y se ha apresurado por ejercer conmigo el oficio y tomar la figura del caritativo Samaritano: ha derramado sobre mis llagas el aceite saludable de la gracia: me ha animado: me ha reanimado: me

ha vivificado por la virtud de su sangre. ¿Iré, pues, aun á buscar la muerte, alejándome del que me ha vuelto á dar la vida? No me manifiesta menos aversion contra el pecado en todo lo que hace por curarlo, que en lo mismo que hará para castigarlo. Los efectos presentes de su misericordia y los venideros de su justicia, me muestran igualmente que el pecado es un mal tan grande, que agota en alguna manera toda la eficacia de la caridad de un Dios cuando quiere destruirlo, y todos los tesoros de su cólera, cuando quiere castigarlo.

9.° *Como Sacerdote*, Jesucristo hace por mí las funciones y oficios de Redentor, mediador é intercesor cerca de su Padre: levanta las manos al cielo para hacer bajar sobre mí bendiciones y gracias: implora por mí la misericor-

dia y socorro de un Dios Todopoderoso: le ofrece el sacrificio de sus penas y de su vida.

Todas las funciones de su sacerdocio eterno de que está revestido y que satisface hoy dentro de mí mismo con tanto celo, tienen por objeto mi santificacion y mi salud. ¿Qué seria, pues, Señor, si tuviera la desgracia de recaer voluntariamente en el pecado? ¡Ah! que en este caso anularia yo el fruto y los efectos de vuestro sacerdocio; degradaria en alguna suerte los santos misterios que os empeñan á rogar por mí: negaria y desmentiria los votos que os habeis encargado de presentar á mi nombre en el trono del Padre celestial.

10.° *Como víctima*, Jesucristo se sacrifica por mi redencion y por la espiacion de mis pecados: su sacrificio es continuo y ha venido

para renovarlo en mi corazon: no solamente es el sacerdote y el sacrificador, sino que quiere ser la víctima. Es un Pontífice santo, inocente, y separado de la masa de los pecadores: es una víctima pura y sin mancha: no está obligado á ofrecer todos los dias á Dios víctimas nuevas para aplacar su cólera y para atraer su misericordia: su sangre es de un precio infinito: basta ella para borrar todos los pecados, y para merecer todas las gracias.

¿Cuál seria, pues, mi delito si ofendiese á un Dios que se sacrifica por mí: á un Dios que está en mí, y que se une á mí por hacerme partícipe de los efectos saludables y de los frutos abundantes de su sacrificio? ¿podré resolverme á perder y profanar, ¡ó mi Dios! aquellos frutos preciosos que os han costado tantos tormentos

y tantas lágrimas? ¡O víctima de propiciacion! estad eternamente conmigo. Cordero de Dios, yo veo que mi corazon está cubierto de vuestra sangre, y esta sangre me grita sin cesar, que os habeis sacrificado por los pecados del mundo: que todos los que os ofenden os crucifican de nuevo, y que el pecado renueva todas las ignominias y todos los dolores de vuestra pasion.

V. Principio de caridad. *Dios es la caridad*, dice el Apóstol: *el que mora en la caridad, mora en Dios.* La comunion, uniéndome con Jesucristo, me ha unido á un Dios que es la misma caridad. *Dios es caridad*, ¿qué podrán, pues, decirme de mas eficaz para empeñarme á la práctica de esta virtud? Y aunque la escritura jamás hubiese dicho sino esta sola palabra, ¿tendria yo necesidad de instruc-

cion mas estensa para determinarme á ser caritativo? *Dios es caridad.* Ofendiendo la caridad, pecaria, pues, contra Dios, y en vano diria que ofendia á los hombres solamente, y que no era tan impío y temerario que queria pecar contra Dios. Pues si *Dios es caridad*, ofender, maltratar, despreciar y contristar á los hombres que son la imágen de Dios, y que me son ó están unidos por la caridad de Dios, es pecar tambien contra el mismo Dios.

La comunion es la verdadera fuente en que debo beber los estímulos de la cristiana caridad: en este Dios, que se une á mí, debo buscar las reglas, y modelo de ella.

Este sacramento es como un lazo sagrado, que nos une á todos: muestra que somos todos hijos de un mismo Padre, alimentados de

un mismo pan y llamados á la misma herencia: nos junta á la misma mesa como á hijos de una misma familia; por lo que con respecto al vínculo de esta caridad comun y universal, no hay distincion alguna que hacer entre el rico y el pobre, el Señor y el esclavo. Todos estos grados, todas estas condiciones, solo diversas en lo esterior, no son intrínsecamente sino un mismo cuerpo en Jesucristo por la comunion de los santos. *Vosotros no sois todos sino un solo cuerpo animado de un mismo espíritu*, decia S. Pablo á los de Efeso; *pues no teneis sino un bautismo, una Fe, un Padre, un Señor, un Dios, una esperanza; cuidad, pues, de conservar la union de pareceres con el nudo de la paz.* Vosotros sois todos hermanos en Jesucristo, pues que teneis todos parte en la misma comida.

Esta caridad es una virtud que consiste en amar á Dios por sí mismo y al prójimo por Dios. Esta es la reina de las virtudes: es preferible (dice el Apóstol) al don de la profecía, al don de lenguas y al de las curaciones milagrosas: ella forma propiamente el carácter de los santos, como ha formado el de Jesucristo. Todos los afectos que inspira esta divina caridad, deben internarse con él en mi corazon, cuando lo recibo por medio de la comunion. Este Dios es la misma caridad, y toda su vida no fue otra cosa que un continuo ejercicio de caridad: su muerte fue un sacrificio de caridad para los hombres; y ahora el de la misa es su renovacion. El sacramento de su cuerpo y de su sangre es la consumacion de él: me es, pues, sumamente importante el conocer cuales son las verdaderas señales

ó caracteres de esta caridad, para juzgar si está realmente establecida en mi corazon, por mi union con Jesucristo.

1.° *La caridad* (dice San Pablo) *es paciente.* Si amo á Dios, debo estar dispuesto á sufrir con paciencia todo lo que Dios me envia; y si amo al prójimo por Dios, debo sufrir con tranquilidad sus defectos, sus escesos, su genio, sus faltas y sus negligencias. Sábese de Jesucristo que era tan humilde, *que no hacia jamás sentir el ruido de su voz: que no habria pisado ni una caña rota; y que ni aun hubiera querido apagar la luz mas débil y casi para estinguirse.* Tan pacífico y humilde era este Señor.

2.° *La caridad es dulce y benéfica.* El amor de Dios, debe, pues, llevarme á hacer bien á los hombres, porque ellos son la imágen de Dios, que así lo quiere y me

lo manda: fuera de esto el amor del prójimo añade á esta obligacion un deseo sincero y continuo de poner en práctica este amor.

Uno de los primeros objetos del verdadero amor es contribuir á la felicidad de lo que se ama; y mientras el amor subsiste, no se pierde de vista este fin. Sabemos que Jesucristo andaba por la Judea haciendo bien á todos, *curando enfermos*, *consolando afligidos*, y dejando por todas partes muestras efectivas de su amor y benignidad.

3.° *La caridad no es envidiosa.* Si amo á Dios, no me opondré ni resistiré á lo que Dios hace: no envidiaré á mi prójimo los dones que haya recibido con preferencia á mí: si amo á mi prójimo por Dios; si lo amo como á mí mismo, segun el precepto de Dios, en vez de envidiarle prerogativa alguna, le cederé mis propias ventajas:

me afligiré de sus desgracias, como si cayeran sobre mí. Jesucristo dejaba á los gefes ó magnates de la Sinagoga con sus títulos y dignidades: dejaba reinar á los reyes de la tierra sin envidiarles sus cetros y coronas, y lloraba sobre la infeliz Jerusalen, como si él mismo hubiese de ser envuelto en las ruinas de aquella ciudad.

4.° *La caridad no es temeraria ni precipitada.* Si amo á Dios, debo obrar siempre con circunspeccion y prudencia: debo temer siempre el ofenderle con cualquiera palabra imprudente, con algunos pasos poco circunspectos y rectos, con alguna falta en sí ligera pero perniciosa por sus consecuencias; y si amo á mi prójimo por Dios, ¿con qué respeto y atencion no debo yo manejarme para no mortificarle y ofenderle?

Jesucristo era de tal manera cir-

cuspecto en sus palabras y acciones, que llegaba á desafiar aun la malicia misma de sus enemigos para hallar en él alguna cosa reprensible, y les decia: *¿Quién de vosotros podrá convencerme del menor pecado?*

5.° *La caridad no es orgullosa.* Si amo á Dios debo procurar el agradarle. Sé que el detesta el orgullo, y que su espíritu descansa sobre los humildes; y si amo á mi prójimo por Dios, debo evitar aquel aire de altaneria y de desprecio que tanto aborrece.

Si mi nacimiento ó fortuna me elevan sobre los demas, no debo jamás olvidar que la naturaleza ha igualado á todos los hombres, y que mis vicios personales me ponen, tal vez, mucho mas abajo de aquellos que yo desprecio. Jesucristo se hubiera humillado aun poniéndose en el primer lugar en-

tre los hombres, y no obstante quiso ser el último y el mas humilde de los hombres.

6.° *La caridad no es ambiciosa.* Si amo á Dios, no debo aspirar, sino á reinar con él en el cielo; y si amo á mi prójimo por Dios, debo temer sacrificar á mi ambicion al mas ínfimo de los hombres. Jesucristo podia haberse dejado ver sobre un trono, y ha querido padecer sobre una cruz.

7.° *La caridad no busca propios intereses*, porque está siempre pronta á hacer el sacrificio de ellos al Señor, que ama mas que á todas las demas cosas; y aun al prójimo á quien ama por Dios. Jesucristo decia: *Yo no busco mi propia gloria*; solo me ocupo del deseo y cuidado de glorificar á mi Eterno Padre.

8.° *La caridad no es irascible.* El amor de Dios hace á una

alma tranquila, porque la dispone para que se contente con todo lo que viene de él; y el amor del prójimo la hace dócil é indulgente, y consiguientemente la hace incapaz de arrebatarse con la violencia de la cólera.

Jesucristo mantenia siempre su alma en paz: las calumnias, los tormentos y los ultrages no podian turbarla.

9.° *La caridad no es sospechosa:* ella no cree el mal, sino cuando lo ve; y aun cuando es seguro é indubitable, teme el descubrirlo; y asi como ama á Dios, asi obedece y respeta la prohibicion que nos ha hecho de anticipar sus juicios; y porque ama al prójimo, lo juzga siempre lo mas favorablemente que le es posible, y como ella misma querria ser juzgada.

Los fariseos estaban siempre llenos de sospechas, de ilusion y de

artificio en la conducta de Jesucristo; pero este Señor no declamaba jamás contra ellos, sino contra los vicios que eran claramente conocidos.

10.° *La caridad no se alegra de la iniquidad; pero alégrase de la verdad.* Amando á Dios, ¿quién no se alegraria de lo que á este Señor agrada? ¿quién podria alegrarse de lo que le ofende? El aborrece la iniquidad y hace sus delicias de la verdad. Si amo á Dios, debo amar la verdad y detestar la injusticia. Cuando se ama al prójimo por Dios, ¿cómo puede alegrarse de lo que causa su perdicion? ¿cómo no alegrarse de lo que hace su felicidad y su bien? La iniquidad lo pierde: la justicia y la verdad lo hacen agradable á Dios: si amo al prójimo por Dios, debo alegrarme cuando él permanece fiel á la verdad, y afligirme

cuando se desvia por el camino de la injusticia. Los progresos de la religion y el reino de la piedad, son el verdadero objeto de la satisfaccion de un cristiano. El triunfo de la irreligiosidad, de la heregía, de la abominacion y de la injusticia, esos son el asunto de su eterna afliccion y de sus lágrimas. Jesucristo deploraba sin cesar la obstinada resistencia de los judios á la verdad que él anunciaba; y acogia con gozo á todos aquellos que se animaban á abrazarla.

11.° *La caridad lo tolera todo*: si ella aborrece el pecado, no cesa de amar al pecador: aborrece el pecado, porque ama á Dios: no cesa de amar al pecador, porque el amor que conserva por él se refiere á Dios. ¡Qué tierna compasion no tenia siempre Jesucristo de los pecadores! ¡qué benignidad en su miseria y por sus culpas,

cuando venian á llorarlas á sus pies! ¡cómo recibió á la Magdalena penitente, á pesar de la publicidad de sus desórdenes y del escándolo de su vida! El fariseo quiere que la reprueba: la dureza de este censor tan impio opuesta á la bondad compasiva de mi Salvador, me muestra el partido que debo tomar y lo que debe conducir mi resolucion.

12.° *La caridad lo cree todo*: no reusa facilmente la práctica y tradiciones favorables á la religion y á la piedad: no se precipita por combatirlas, ni es pronta en darles crédito, porque como ella ama á Dios, aprueba con gusto lo que puede contribuir á su gloria; y porque ama al prójimo por Dios, teme escandalizar á sus hermanos y quebrantar su fe mal asegurada, ó echar en su espíritu la semilla de la incredulidad.

Ella prefiere una piadosa credulidad á una soberbia desconfianza: quiere mas parecer simple en lo que mira á la religion y al culto, que el ser nimiamente escrupulosa. Jesucristo recomendaba á sus discípulos la simplicidad de los niños.

13.° *La caridad lo espera todo:* espera todo de Dios, que no abandona á los que le aman: espera todo del prójimo, porque sabe que la gracia puede ayudarle á mudar sus caminos, y que puede hacerse justo el mas grande de los pecadores. Jesucristo cercado de ingratos, de traidores y de calumniadores, no cesa jamás de llamarlos y de esperarlos.

14.° *La caridad lo sufre todo:* las mas duras pruebas que Dios le envia, y las mas crueles injurias que ella recibe de los hombres no le hacen murmurar. Jesucristo es-

tá tranquilo bajo lavoluntad de su Eterno Padre: él ruega muriendo por los que le han crucificado.

Vayan pues, fuera de mí, todos los vicios que ofenden la caridad y que la destruyen: vayan fuera de mí aborrecimientos, enojos, venganzas, enemistades, murmuraciones, impaciencias, malignidad, orgullo, ambicion, celos y envidia: yo tengo la dicha de estar unido á Dios, que es la misma caridad: yo cierro para siempre la entrada en mi corazon á todo lo demas.

VI. *Principio de fuerza.* El Señor está conmigo ¿qué tengo yo que temer? es el apoyo de mi debilidad y el protector de mi virtud; ¿quién seria capaz de abatirme y aterrarme? ¿por ventura los vanos juicios de este mundo? Pero en tal caso ¿no tengo dentro de mí á aquel que ha vencido al mundo;

a aquel que debe venir á juzgarlo algun dia, despues de haber sufrido con constancia todo el rigor é injusticia de sus juicios? ¿no oigo lo que me dice en el fondo de mi corazon? ¿cómo he de temer los discursos y la censura del mundo, cuando estoy unido al Dios que lo ha vencido? ¿serian, pues, los alhagos de la culpa? ¿pero no tengo en mí el dispensador de la gracia y destructor del pecado? ¿cómo me ha de poder faltar fuerza para triunfar de él? He recibido *el pan de los fuertes*, y el pecado solo puede ser una señal y efecto de nuestra flojedad: yo me he alimentado del *Maná de los vencedores*, y llevo conmigo las prendas de mi victoria: ¿serán acaso las adversidades, las desgracias, las enfermedades ó la muerte? ¿pero puede temer la muerte quien tiene en sí al autor de la vida? ¿y

podremos temer algun mal, cuando tenemos dentro de nosotros la fuente de todos los bienes?

Los mártires en los primeros siglos de la Iglesia se armaban (por decirlo asi) de la divina Eucaristia, como de un broquel impenetrable á todos los dardos que el furor de los tiranos podia prepararles. ¡Cual era su firmeza y su constancia, cuando estaban fortalecidos de esta divina comida! ¡Ah! que ellos no temian ni la dura privacion, ni las separaciones dolorosas, ni la crueldad del verdugo, ni la violencia de las llamas: perdian la vida sin pena y sin disgusto, porque estaban unidos al Dios que la dá y que resucita. Despreciaban la muerte, porque estaban alimentados de la carne inmortal de Dios, que quebraba todas las saetas de ella; y aun deseaban la misma muerte y

las consolaciones inefables que la presencia de Jesucristo oculto bajo los velos eucarísticos, derramaba en sus almas, y los hacia suspirar por aquel dichoso momento en que debian contemplarlo cara á cara en el resplandor de su gloria. Arrastrados en las prisiones, encerrados en oscuros calabozos recibian alli esta vianda celestial, y con ella el gozo, la serenidad, la constancia y la paz, entraba en aquellos lugares llenos de horror. A las vírgenes débiles y delicadas, y santos Pontífices oprimidos del peso de los trabajos y años, despues de haber participado de este Pan de bendicion, parecian sus cadenas ligeras: la imagen de la muerte y los preparativos de los mas crueles tormentos no eran capaces de turbar los cánticos de sus acciones de gracias y de sus oraciones. Alimentados, fortifica-

dos y animados por la carne de Jesucristo, teñidos de su sangre, no salian de aquella lúgubre morada, sino para volar y remontarse sobre los suplicios, sobre las parrillas ardientes y sobre las hogueras encendidas, á donde ellos iban con una santa intrepidez, una fiereza modesta, una tranquila seguridad que admiraba á los tiranos y que debiera haber bastado para desarmarlos; pero los tiranos ciegos, no conocian el poder y la virtud de aquel principio de fuerza que animaba á estos generosos fieles, y que habian recibido por la commion. San Cipriano, mejor instruido, decia: *Mis hermanos, la persecucion está encendida: los emperadores nos amenazan: bien presto sereis conducidos á los tribunales ó precisados á dejar vuestras casas, para ir á vivir escondidos en los desiertos: tendreis necesidad de valor y*

de fuerza para sosteneros; ¿y quién os la dará, si no estais unidos á Jesucristo por la comunion? ¿quién de vosotros seria capaz de sufrir el martirio, si la Iglesia no le proveyera de armas para combatir? El corazon salta, si la sangre de Jesucristo no lo sostiene. El Señor nos prohibe en su evangelio el prevenir las respuestas que daremos á los jueces idólatras: él nos asegura, que el espíritu de nuestro Padre Celestial nos sugerirá lo que sea menester decir, y que hablará por nosotros. ¿Cómo podremos confesar generosamente su nombre, si no recibimos por la comunion aquel espíritu que debe fortalecernos, y que debe hablar en nosotros? ¿Es posible, Dios mio, que aquella misma union que he contraido con vos por la comunion, haya producido por espacio de muchos siglos efectos tan prodigiosos sobre un millon de fieles, y que no pro-

duzca en mí sino efectos tan superficiales, tan débiles y tan pasageros? ¿es posible en efecto, que lo que daba tanta fuerza á los mártires, me deje á mí tanta flojedad? ¿que lo que les hacia hacer frente hasta la muerte, apenas me resuelva á querer vivir para vos?

VII. *Principio de felicidad.* Cuando os poseo, Dios mio, ¿no debo estar contento de hallarme con vos? ¿qué mas es menester para hacerme feliz? ¿y á qué mas grande felicidad puedo jamás aspirar? Aunque sufra cualquiera cosa que suceda, mi Dios estará siempre conmigo, y nada será capaz de separarme de él: yo no lo perderé aun perdiendo la vida; pues el amor solo serviria para hacerme su presencia mas dulce y mas agradable.

Dios es el todo para mí: llena mi corazon y nada tengo mas que de-

sear cuando lo poseo. *Dios es todo para mí.* ¡O palabras agradables y deliciosas para el que ama la verdad eterna, aunque parezca insípida al que ama el mundo y sus vanidades! Esta palabra basta para contentar plenamente á una alma á quien el amor da la inteligencia de ella. ¿Qué gusto, qué satisfaccion no halla ella en repetirla? Todo es dulce ¡ó Dios mio! cuando vos estais presente; y cuando estais ausente, todo es amargo. Vos tranquilizais el corazon, vos haceis reinar la paz, y vos derramais en ella una santa alegria: vos me enseñais á juzgar prudentemente de todo, y á bendeciros en todo lo que habeis hecho, y en todo aquello que sucede por vuestra permision ó por vuestros decretos: nada puede gustar por mucho tiempo sin vos, y para hallar un gusto puro y agrada-

ble, es menester que tenga su principio en vuestra gracia, y que todo este gusto salga del sazonamiento de vuestra sabiduria eterna.

¿Qué disgusto puede tener el que os agrada, y qué cosa puede desagradar al que gusta de vos? Los sábios del mundo y los hombres carnales no tienen mas que una vista corta y limitada: no hallan sino vanidad en su meditacion, y todos sus gustos se desvanecen bien presto por la muerte; pero los que desprecian el mundo y mortifican su carne por seguiros, hacen ver que tienen la verdadera sabiduría, dejando la vanidad por la verdad, y la carne por el espíritu: todos los afectos de su alma se vuelven ácia él: refieren á la gloria del Criador todo lo que se halla de bueno en las criaturas. Ahora, pues, ¿qué prodigiosa diferencia entre el Cria-

dor y la criatura, entre lo que desaparece como un sueño y lo que subsiste eternamente? ¡O luz increada! manifestaos á mi corazon: enviad desde el cielo rayos que le penetren: purificad, abrasad, vivificad todas las potencias de mi alma, para que encendida con los divinos raptos del amor, se una únicamente á vos. ¡Oh! ¡cuándo llegará el dichoso dia en que goce en el cielo las delicias inefables de vuestra presencia! ¡Ay Señor! *el hombre del pecado* vive aún en mí y aun no está purificado: no está enteramente muerto: rebélase fuertemente contra el espíritu,—y viene sin cesar á turbar la paz de mi corazon con una guerra intestina. Pero vos, ó mi Dios, que mandais al mar y que calmais el furor de sus olas, levantaos y venid á mi socorro: *dispad las naciones que quieren la guer-*

ra: sometedlas con vuestro poder: haced brillar tambien vuestras maravillas, y manifestad en mi defensa la fuerza de vuestro brazo; pues yo no hallo sino en vos, Señor, mi refugio y mi esperanza.

QUINTO DIA.

Moralidad práctica.

Quien quisiere vivir del espíritu de Jesus, dice S. Agustin, debe hacerse cuerpo de Jesus mismo (*a*); y esta union es el primer efecto de este Sacramento, cuando se ha recibido con las debidas disposiciones, como se lee en el decreto de Eugenio IV. *Hujus Sacramenti effectus*, &c. Honesta union, y tan perfecta, que hizo decir á S. Cirilo, que los cristianos pueden por

(*a*) Orat. 26 in 1.

esta union llamarse concorpóreos, y para decirlo asi, consanguíneos de Jesucristo; de tal manera, que sus pensamientos son efectivamente semejantes á los de Jesucristo; sus afectos son puros, como son puros los de Jesucristo, y promueven en todas sus acciones la gloria del Divino Padre; y ésta solo buscan, como la buscaba Jesucristo: en suma, son todos de Jesucristo, y Jesucristo es todo de ellos. El segundo efecto es la union de los fieles entre ellos mismos: esta union tiene su principio desde el santo Bautismo, y se perfecciona por la Eucaristía, mientras que no solo con el espíritu, sino tambien con la carne, se unen á Jesucristo, como á su cabeza, y despues quedan unidos entre sí, de modo que ya no debe haber entre los que participan de esta Sagrada Mesa, mas enemistades, dis-

cordias ni amargura; sino antes bien, debe reinar entre ellos una perfecta paz y tranquilidad; pues si no produce tales efectos en nosotros, es señal evidente de que llegamos indispuestos á recibir este Sagrado Manjar. Si aun vivimos segun la carne, si nuestras máximas son de vanidad del mundo, y son contrarias á las máximas del Evangelio, y se oponen á las leyes de Cristo, son sin duda máximas inventadas por la prudencia humana, y no del espiritu del Evangelio: es señal que todavia no vivimos en Jesucristo, que nuestro espíritu no está unido al suyo, y que comiendo su carne y bebiendo su sangre no estamos en él, ni él está en nosotros.

Diga pues, el cristiano, que está en Jesucristo, que lo tiene dentro de su corazon. Lejos pues, de mí el deleite, el dolor, el enfado.

el desprecio, la envidia, la venganza, la ambicion, la vanidad y las pompas, porque nada de esto es mi Jesus; para todo quiero ser muerto, fuera de lo que mira á Jesus: á las usuras, á las amistades escandalosas, á las conversaciones, á los espectáculos, á las murmuraciones, á los juegos, á las máximas del mundo, ni entiendo, ni atiendo, ni pongo cuidado en nada (*a*).

(*a*) S. Bernard. Serm. 7.

SESTO DIA.

REFLEXIONES SOBRE LOS EFECTOS DE LA COMUNION, CONSIDERADA COMO UN SACRAMENTO QUE NOS HACE VIVIR DE LA VIDA DE JESUCRISTO.

Como yo vivo por mi Padre, asi tambien el que come vivirá tambien por mi. S. Juan, cap. 6.

El alimento es destinado por sí mismo á sostener la vida y á dar al hombre aumento y subsistencia: la carne de Jesucristo me ha sido dada en la comunion en forma de comida, segun esta palabra: *Mi carne es verdaderamente una comida, y mi sangre es una verdadera bebida.* Esta comida celestial debe sostener en mí una suerte de vida, y debe formar un hombre nuevo y darle todo el aumento á que está destinado; pero ¿cuál será esta vi-

da? ¿Cuál será este hombre que la comunion forma y mantiene en los que la frecuentan con los afectos de una cándida, sincera y viva devocion? Será, 1.° *una vida nueva:* 2.° *una vida oculta en Dios:* 3.° *una vida fervorosa:* 4.° *una vida penitente y mortificada.*

II. *Una vida nueva*, es decir, una vida que manifieste que estoy mudado y renovado; que no soy ya el mismo, y que he reformado en mis costumbres y en mi conducta todo lo que puede disgustar á Dios y atraerme su aborrecimiento y su enojo. Si yo tuviese pues, la desgracia de pasar del altar al pecado, de la mesa del Señor á la del demonio: si mi vida llegase á ensuciarse y mancharse por aquellas prontas recaidas que habia jurado de no cometer mas; por las ocasiones que he prometido evitar. por aquellas reinciden-

cias que manifestarian, que los lazos que me ataban ó unian con la iniquidad, no habian sido quebrados; que el fuego que pareció apagar, habia sido solamente cubierto; que el amor al vicio habitaba siempre en mi corazon, al mismo tiempo que hacia á Dios y á sus ministros, protestaciones espresas de la sinceridad de mi arrepentimiento; ¿dónde estaria pues, el efecto de esta comida que debe renovar la vida de mi alma? ¿y qué otro vicio, sino el de mi voluntad habria podido hacerlo faltar? Es verdad que este sacramento no nos establece ó pone en un estado inmutable de justicia y de santidad: un semejante estado no es privilegio de la tierra, lo es solo del cielo, en donde descubriéndose Dios á nosotros en la amplitud de sus perfecciones, unirá nuestra alma al cen-

tro de su felicidad con nudos indisolubles, poniéndola para siempre en la dichosa imposibilidad de ofenderle. Es verdad, que durante el curso de esta vida mortal el hombre es solo fragilidad y miseria, que se deja llevar fácilmente de los movimientos de la inconstancia, y que con trabajo sigue las impresiones de la gracia; pero esta fragilidad y esta flaqueza tienen su término: yo debo al menos hacer una vida que manifieste que mi comunion ha tenido otros efectos que los de suspender el curso de mis pasiones: debo oponer á las inclinaciones baluartes mas fuertes; á las ocasiones y recaidas, un alejamiento ó fuga mas visible, y precauciones mas eficaces; y á la ligereza de mi espíritu, una atencion mas seria; á la necesidad que tengo de la gracia, oraciones mas frecuen-

tes; á los objetos que me han seducido, una continencia mas severa; á las tentaciones que me cercan, una vigilancia mas continua. Estos son sin duda los menores afectos que puede producir en mí esta comida celestial.

III. *Vida escondida en Dios.* Morir al mundo y vivir en Dios, es el compendio de toda la obligacion de nuestra religion, y el compendio de todas las reglas del evangelio. *Vosotros estais muertos*, decia el Apóstol, *y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo. Yo vivo*, (añadia él) *ó por mejor decir, no soy el que vivo: es Jesucristo quien vive en mí:* ¿y qué entendia el Apóstol por esta vida escondida en Dios? Entendia: 1.° Una vida de oracion; porque el que vive en Dios, no halla ocupacion mas dulce y mas agradable, que la de entretenerse con

Dios: 2.° Una vida de recogimiento; porque el que vive en Dios vigila siempre sobre sí mismo: 3.° Una vida de luz; porque el que vive en Dios, es alumbrado del espíritu de Dios: 4.° En fin, una vida toda espiritual; porque el que vive en Dios, no cesa de combatir la ley de la carne, para seguir la del espíritu.

IV. *Una vida oculta en Dios*, es una vida de oracion: la oracion es como el alma de ella, porque para llevar una vida semejante, tenemos necesidad á cada instante de los socorros de la gracia, y este socorro divino no se obtiene sino por la oracion. La comunion es especialmente destinada á entretener en nosotros esta vida de oracion. Dios está en mí: él es conmigo: yo estoy en proporcion de hablarle á toda hora y de conversar fácil-

monte con él: tengo mil gracias que pedirle, mil necesidades que esponerle, mil protestaciones que hacerle, mil promesas que renovarle: mis conversaciones con él deben ser frecuentes y no callar jamás. Esta comunicacion constante con Dios, esta oracion continua, de que el Apóstol recomendaba tanto la práctica á los fieles, debe ser el efecto natural de mis comuniones; y si aun despues de haber comulgado huyo la oracion, si la temo, si me disgusta el que sea larga, si me enfada su continuacion, si solo prefiero una oracion á otra, porque esta es mas breve que aquella; si mi espíritu siempre atento al juego, á los espectáculos, y á los vanos divertimientos del siglo, se hace errante y vagabundo en la oracion, sin que me queje de sus desvios, y sin que me cause alguna

pena el contenerlos: en fin, si no tengo el gusto ni el espíritu de la oracion, ¿no tengo lugar de temer, ¡ó Dios mio! que entrando vos en mi alma, hayais encontrado una alma imperfecta y poco digna de recibiros?

V. *Una vida oculta en Dios*, es una vida de recogimiento. Un hombre que vive en Dios no piensa sino en hacer lo que puede agradar á Dios, y evitar cuidadoso todo lo que puede disgustarle: los ojos de su espíritu están siempre abiertos sobre sus propias acciones, para hacerlas conformes á la voluntad de Dios y á las reglas del evangelio; y sobre los motivos de sus acciones, para referirlas á la gloria de Dios: él estudia ó consulta todos los afectos de su corazon para purificarlos: todos los objetos que se presentan á su espíritu para rectificarlos: todos los

movimientos de la gracia para seguirlos: vela continuamente á la guarda de sus sentidos; y guarda por decirlo asi, todas las entradas de su conciencia: está sin cesar atento á las obligaciones que debe cumplir; á los pecados que es menester evitar, á las tentaciones que es menester vencer ó dominar. Qué ¿no he recibido yo, por ventura, en la comunion una comida evidentemente destinada á mantener en mí aquella vida de recogimiento? Si el Señor no vela por sí mismo á la guarda de la ciudad, decia el Profeta, será necesariamente sorprendida y robada. Jesucristo, pues, entra en mí para velar sobre mí; pero no velará allí sin mí: ya no solo es á los Angeles á quienes manda guardarme, para impedirme el tropezar en aquellas piedras que están sembradas en mis

caminos: él mismo quiere guardarme todavia; pero es menester que yo me guarde con él. Velad, pues, me dice San Bernardo: estad pues, atento á la presencia de aquel juez severo, que tiene siempre el brazo levantado para castigar á los pecadores, y que puede llamaros á su presencia en el momento que menos lo espereis: imitad al que miraba la cólera del Señor, como una tempestad siempre pronta á descargar sobre él: mil pasiones quieren apoderarse de vuestra alma y penetrar en vuestro corazon; y cuantos son los vicios, tantos mas son los enemigos que solo buscan sorprenderos. Aplicaos, pues, y fatigaos para vencer la pereza ó negligencia: emplead la humildad, para desechar la ambicion: la caridad, para contener la venganza; la mortificacion para domar la carne: el desinte-

res para mortificar el deseo ó la codicia; la oracion interior, para resistir á las tentaciones; la paciencia, para sufrir; las buenas obras, para merecer: vuestra vida sea un examen riguroso y una censura casi continua de vuestras acciones, de vuestros deseos y de vuestros pensamientos: la inconstancia es el verdadero caracter del hombre; de manera que á cada objeto y á cada instante se escitan y producen en él impresiones diferentes; y si él se pierde un momento de vista, ya no se conoce. Arrastrado por una sucesion rápida y perpetua de gusto y enfado, de temores y de esperanzas, de ódio y de amor, se hace semejante á las olas del mar, que se deshacen y se destruyen mutuamente, sin dejarnos ver nada fijo en su variedad infinita y en su admirable multiplicidad; y

si no teneis cuidado de seguir con atencion los movimientos de vuestro corazon, bien presto será él para vos un abismo impenetrable, que no os será fácil de sondear, y del que no conoceréis, cuando mas, sino la superficie: sereis para vos mismo un misterio y un enigma que con pena comprendereis: acostumbraos, pues, á velar sobre vos mismo: guardaos de entregaros á la vanidad de vuestros pensamientos y á la inconstancia de vuestros deseos, sin pensar jamás ni en lo que es permitido, ni en lo que es prohibido; ni en lo que es agradable á Dios, ni en lo que le ofende: entretened en vuestra alma un escrúpulo racional y prudente que os despierte á la menor falta: bajad muchas veces á vuestro corazon y entrad en juicio con él; y despues de haber satisfecho á todo lo que os

piden los negocios del mundo y las obligaciones de vuestro estado, haced que en el silencio, al menos de la noche, todos vuestros pensamientos se fijen y paren en el examen de vuestra conciencia: tomad, como el Profeta, vuestra alma en las manos, para presentarla al juez Supremo, y para pesar á su vista el uso que habeis hecho del dia que se ha pasado.

¡Ah Señor! ¡cuántas veces me he apartado de vos, por no haber empleado este desvelo saludable! Mi corazon se ha escapado de vuestras manos, por unirse á mil objetos terrestres; la vanidad lo ha seducido, el orgullo lo ha cegado, el falso esplendor del mundo lo ha desvanecido. la cólera lo ha turbado, la ambicion lo ha embriagado, los objetos insensibles lo han cautivado, y de

esta manera se sepulta en el abismo de todos los vicios cuando abandona y pierde, ¡ó mi Dios! el punto fijo de vuestro temor y de vuestro amor. Yerra y se desvia: únese á los falsos bienes, para buscar en ellos el contento y el descanso; y como en ellos no se halla sino la turbacion y la agitacion, se pasa perpetuamente de una idea á otra, y busca en la variedad de sus pensamientos y de sus deseos, una satisfaccion que no puede hallar en ellos. De esta manera se pierde el corazon y se abisma fuera de vos. Para hacerlo dichoso y tranquilo es menester despues, que él vuelva en sí mismo, y para reducirse y volverse á vos, que vos os hagais el único objeto de todos sus cuidados. Vos lo habeis hecho para vos, Señor, y en vos solo puede hallar el principio ú origen de su

dicha y el verdadero centro de su descanso.

VI. Uno de los principales efectos de esta vida de recogimiento, es la dichosa habitud de conversar con Dios: si él se une tan íntimamente á nosotros por la comunion, es solo con el fin de hablarnos é instruirnos: él se llega á nosotros y se nos entrega para estar (si me atrevo á decirlo) mas en proporcion de trabar con nosotros entretenimientos ó conversaciones secretas y de confianza: él desea que le hablemos con aquella efusion de corazon que manifiesta la confianza; y que derramemos nuestra alma en su seno: escucharé, pues, lo que el Señor me diga en el fondo de mi corazon. ¡Dichosa la alma que esté atenta para escucharle! No salen de su divina boca sino palabras de consuelo y de paz. Di-

chosos aquellos que son interiormente heridos de su divina voz, y que reciben con plenitud, no lo que se dice por fuera, sino la verdad, que habla y que instruye interiormente.

Habladme Señor: vuestro siervo escucha: habladme, y que vuestra palabra se estienda en mi alma como un dulce rocio. Los hijos de Israel decian una vez á Moisés: *Habladnos vos; pero que el Señor no nos hable de miedo que no muéramos.* Yo no os hago semejante súplica; antes os digo como el Profeta Samuel: *Habladme Señor: vuestro siervo escucha:* que no sea Moises ni otro alguno de los Profetas el que me hable: no quiero oir sino á vos ¡ó verdad eterna! que habeis alumbrado é inspirado á todos los Profetas: vos podeis instruirme sin ellos: ellos están en estado de enseñarme vues-

tros divinos oráculos; pero no son capaces de hacerme gustar de ellos: sus palabras son hermosas; pero sin vuestra asistencia, no llegan hasta el corazon: ellos me dan la letra; pero el espíritu viene de vos: ellos me anuncian vuestros misterios; pero vos los descubrís: ellos me notifican vuestros mandamientos; pero vos me ayudais á cumplirlos: ellos me enseñan el camino; pero vos me dais las fuerzas para andar por él: ellos lo rocian por fuera; pero el interior solo vos sois quien lo fomenta y fortifica: vos solo podeis enseñarme á despreciar los bienes pasageros y frágiles de este mundo perecedero; á no vivir sino en vos y para vos; á dejar todo lo que es temporal, para no fijarme, ni amar sino lo que es eterno. ¡O verdad inmutable! Si escucho al mundo, y si me fio en sus pro-

mesas, él me engañará; pero vos no faltais jamás á aquel que os hace toda su confianza. *Dichoso pues, aquel que os dignais vos de instruir, y á quien enseñais vuestra ley para dulcificarle sus propias aflicciones é impedir que no sea debilitado y oprimido de ellas.* Enseñadme á hacer vuestra voluntad, á someter la mia y á caminar siempre en vuestra presencia: y que vuestra sabiduria no deje jamás de alumbrarme y de conducirme: hacedme comprender bien mis obligaciones y el conocimiento de mis faltas: vos me conoceis tal, cual yo soy: vos me habeis conocido antes que viniese al mundo, y aun antes que el mundo fuese criado.

VII. Una vida oculta en Dios es una vida de luz. *Aquel que me sigue*, decia el Salvador, *y que está siempre conmigo, no camina en las tinieblas;* pero el impio se halla

anegado en una noche tenebrosa y espesa que le impide distinguir los objetos, y reparar en los lazos y precipicios que le cercan. ¡Dios propicio! Vos le ofreceis la vida, y él escoge la muerte: prefiere á los saludables frutos de la gracia, los amargos y emponzoñados frutos del vicio: su camino le parece recto, y no se apercibe de que tiene su término en la muerte; ¡y en qué muerte! ¡ó mi Dios! en una muerte eterna, en una muerte que le separará para siempre de su último fin: él se pierde y se desvia porque en lugar de seguir las luces de vuestro espíritu, toma solo por guia las falsas luces del espíritu del mundo.

Al contrario es el justo á quien vos alumbrais é instruis, particularmente cuando tiene la dicha de poseeros por la comunion. Cami-

na siempre en medio de la luz, combina la verdad y la solidez de vuestras máximas con los falsos juicios del mundo, y nota la diferencia de ellos: mira el pecado con horror, porque prevee las consecuencias de él: ve la serpiente escondida bajo las flores que le presenta el deleite: en las apariencias falsas que los bienes y las honras del siglo no cesan de ofrecerle, descubre el mortal veneno, los lazos peligrosos y los espantosos precipicios: está atento para evitarlos: ve la muerte en todo lo que el mundo ofrece, como principio de la felicidad de la vida, y huye de esta promesa. Sed Dios mio, la luz de mi alma, conduciéndome siempre en el camino de los justos: haced brillar á mis ojos aquel dia puro y sereno de vuestra gracia que disipa las sombras funestas del pecado:

echad lejos de mí aquellas espesas tinieblas que ciegan á los pecadores cuando se abandonan al espíritu del mundo. Engañados y embriagados por sus lisongeras promesas, se apacientan solo de ilusiones y de mentiras. Vuestro espiritu, Señor, es un espíritu de verdad: ve todos los objetos tales cuales ellos son: nos los muestra en su verdadero punto de vista; y no bastaria á desvanecerlo lo que mas vivamente hiere á nuestros ojos. Esento de la sombra del error, prefiere siempre los bienes sólidos á los que se desvanecen en un momento; los bienes reales y verdaderos á los que no tienen sino la apariencia de tales. Este espíritu está en mí: yo lo he recibido en la comunion: su luz no se apaga jamás: sus rayos no están nunca mas vivos y luminosos, que en los que partici-

pan de este augusto misterio: su resplandor no puede ser oscurecido sino por las tinieblas del pecado; pero estas tinieblas no pueden entrar en mi corazon si no cierro voluntariamente los ojos á vuestra luz.

VIII. Una vida oculta en Dios es una vida espiritual; quiere decir, una vida en que se usa de este mundo como si no se usase de él; en que solo se ve su figura para huir de ella; sus pompas y sus vanidades para despreciarlas: una vida en que se prefieren los bienes del espíritu á los placeres de la carne; en que se hace mas caso de un acto de virtud, que de todo lo que puede lisonjear la ambicion, la pereza, el deseo ó la codicia: una vida en fin, en que se está todo ocupado del cuidado y deseo de agradar á Dios.

Es esta vida espiritual y divina

ta que San Pablo tenia presente, cuando decia á los fieles: *Conducios segun el espíritu, y no cumplireis los deseos de la carne; porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu; y el espíritu los tiene contrarios á los de la carne.* Esta contrariedad, esta perpetua oposicion entre la carne y el espíritu es la que prueba nuestra virtud. La comunion no se opone á esta prueba; pero nos da fuerzas para sostenerla. Ella no destruye enteramente el imperio de la carne; pero nos ayuda á sujetarla ó someterla al espíritu. *Yo siento todavia, mi Dios: yo siento en mi corazon esta ley del pecado que combate la ley del espíritu:* conozco el precio de la virtud: siento todo el peso de mis obligaciones: reconozco la justicia y santidad de vuestras divinas leyes, y quiero ser sumiso á ellas. Sé que llamándome al cris-

tianismo, vos me habeis llamado á un estado que pide de mí esta sumision, y quiero seros fiel. No ignoro los fines y designios que os habeis propuesto, uniendoos á mí por la comunion, y así quiero corresponder á ellos; pero esta infeliz ley de la carne se opone sin cesar al cumplimiento de mis justos deseos, y busca como hacerse dueña de mi voluntad: ella quiere debilitarla ó corromperla; y para conseguirlo se esfuerza á hacerme penosa la ley, y el pecado agradable. Qué haré yo ¡ó mi Dios! ¿cederé sin violencia y sin resistencia á estas peligrosas impresiones? ¿detendrianme los embarazos que ella opone á mi santificacion? No Señor: yo me enderezaré á vos, é imploraré el socorro de vuestra gracia: vos sereis, ¡ó Dios mio! mi refugio y mi recurso en los peligros que me amenazan.

¿Qué poder bastará á sostenerme? ¿qué sabiduría á conducirme? ¿qué retiro podrá ponerme en seguridad si vos no me asistis, si vos no me socorreis, si vos no os juntais á mí para ayudarme á domar un enemigo tan fuerte y tan formidable? Nada puedo por mí mismo, pero lo puedo todo en vos y con vos: las llamas del pecado se levantan á todos instantes para abrasar mi corazon; pero vos podeis, Señor, apagarlas; y si ellas subsisten aún, vos podeis cubrirlas y ponerlas en estado de sostener su proximidad, sin ser él consumido de ellas.

IX. *Vida fervorosa.* Para vivir en Dios, no basta abstenerse de las acciones prohibidas: hay tambien la obligacion de no omitir las que están mandadas: *Alejaos del mal*, decia el Profeta, *y haced el bien.* El árbol estéril fue arrojado á las

llamas, aunque no hiciese otro mal que el de ocupar inútilmente la tierra. *La hacha está ya á la raiz del árbol*, decia el Precursor de Jesucristo; *y todo árbol que no da buenos frutos, será cortado y echado al fuego.* El Profeta pone sin distincion en el número de los malos y de los réprobos, á los hombres absolutamente inútiles, y que faltan á la obligacion de hacer el bien. *Todos se han desviado*, (dice él) *y se han hecho inútiles: no hay uno que obre el bien. Yo he quebrado á Moab*, dice el Señor por su Profeta, *como un vaso inútil.* Una vida ociosa no puede considerarse como una vida cristiana: vivir en Dios, es vivir para Dios: es trabajar por su gloria: es ocuparse de algun trabajo que sirva á honrarle, que sea santo y santificante; de un trabajo que merezca que Dios lo apruebe, lo recompense y lo premie. Un

verdadero cristiano busca siempre que ha menester, el tesoro de sus méritos por las buenas obras; y sobre todo, por aquellas que son propias de su estado. Si ha nacido para asistir ó presenciar el espectáculo del mundo, no vaya á sepultarse en la soledad: si está empeñado con los nudos del matrimonio, tema turbar la paz de él y derramar la tristeza por medio de una piedad austera y enfadosa: quiera mas dulcificar su yugo por una piedad apacible, complaciente y sociable. Todo el fervor, pues, que nos desvia de las obligaciones de nuestro estado, es un fervor desarreglado y mal entendido: el que debe obedecer, es verdaderamente fervoroso aun cuando deja la oracion por la obediencia. ¿Quién hubo jamás mas fervoroso que David? ¿y qué monumentos no nos ha dejado este prínci-

pe hecho segun el corazon de Dios, de su tierna piedad en los cánticos sagrados que tienen su nombre? Pues este mismo no obstante fue un príncipe belicoso que conquistaba ciudades, ganaba batallas, cuando la obligacion de su estado lo llamaba á la cabeza de sus ejércitos ó armadas. ¿Quién fue mas piadoso que Salomon en los dias de su sabiduría? El edificó al Señor un templo magnífico; pero no estaba siempre postrado al pie de los altares: hacia y administraba justicia: recibia con magnificencia á la reina Sabá: estudiaba las maravillas de la naturaleza: amaba las artes: entregábase á todos los trabajos que podian contribuir á hacer su reino floreciente y sus pueblos dichosos. Tales ejemplos bastarian para instruirme; pero vos me instruis por vos mismo, Señor, y me haceis

comprender que un fervor fuera de tiempo, lejos de ser de algun precio á vuestros ojos, no sirve sino á desagradaros: vos no aprobais sino lo que es conforme á las reglas de la obligacion: vos me enseñais que se os puede servir aun en medio del tumulto y de los embarazos del siglo, con tal, que nos ponga en él vuestra providencia, y que conservemos en medio de él un corazon puro; y finalmente me haceis observar que el entregarse á los ejercicios de piedad con un esceso condenable y reprensible, es salirse de las reglas, y esto no es ser verdaderamente piadoso.

X. *Vida penitente y mortificada.* *O vosotros todos*, decia el Apóstol, *que llevais á Jesucristo en vuestro cuerpo, acordaos que estais obligados á glorificarle en vuestro mismo cuerpo.* ¿Y cómo sereis vos glorificado en mi cuerpo? ¡ó mi Dios! ¿lo seriais

por una solicitud continua de todo lo que puede lisonjear mas la sensualidad y el deleite? Yo he sido hecho uno de vuestros miembros por la comunion en un sentido mas estrecho aún, y mas perfecto que por el bautismo: es menester, pues, que yo acabe de cumplir en mí el misterio doloroso de vuestra pasion: es menester que vuestros miembros sufran para espiar las faltas de esta carne corrompida que se levanta contra el espíritu: es menester que para santificarla quede atada á vuestra cruz.

No se pueden juntar una carne crucificada y una carne sensual: una carne cubierta de llagas y una carne de delicias; y con todo eso se agotan todos los esfuerzos de la industria humana para procurar á la mia mil delicias superfluas. Si no se hallase jamás bastante-

mente satisfecha; si la menor suspension del gusto y de la comodidad me hiciese prorrumpir en quejas y murmuraciones, ¿cómo seria yo el discípulo de un Dios crucificado, de un Dios á quien he ofendido y á quien debo ablandar por medio de la penitencia: de un Dios, que me manda llevar su cruz y seguirle: de un Dios, que se me entrega por dulcificar con la union de su gracia los rigores y dolores de la cruz que me presenta, y para fortificarme contra los movimientos y atractivos del deleite de que quiere alejarme?

XI. *Vida nueva*, es una vida escondida en Dios: una vida fervorosa: una vida mortificada que da la fuerza y el acrecentamiento al hombre celestial que Jesucristo se propone formar en nosotros por medio de la comunion. El Apóstol distingue en nosotros dos hombres

diferentes: *El hombre terrestre y el hombre celestial: el hombre viejo y el hombre nuevo.* El primero conserva todas las inclinaciones de la naturaleza corrompida; y el segundo solo se ocupa en combatirlas y destruirlas: el primero quiere vivir segun la carne; y el segundo segun el espíritu: el primero no tiene sino pensamientos y deseos mundanos; y el segundo se eleva hasta el cielo con el fervor de su piedad y con la pureza de sus afectos: el primero es un hijo de la ira; y el segundo es el hijo de la gracia y del amor: el primero es un hijo de las tinieblas; y el otro un hijo de la luz. Ahora pues, ¿cuál es el efecto de la comunion? Es el hacer morir en nosotros al hombre terrestre, por hacer vivir al hombre celestial; el aniquilar al hombre viejo y substituirle al nuevo. Debo, pues, aplicarme á estu-

diar aqui el retrato de este hombre celestial, tal cual ha sido trazado por la mano del Apóstol, y no olvidar nada, para imprimir todas sus lineas en la conducta de mi vida. El hombre celestial (dice el Apóstol) es una nueva criatura en Jesucristo: es la imágen de Jesucristo mismo: no se complace en los bienes de la vida presente, ni aspira sino á los de la vida venidera: no vive como los gentiles que se entregan á la vanidad de sus pensamientos: ha aprendido de Jesucristo á mortificar los deseos de la carne, y á renovarse hasta en lo interior de su corazon, por seguir las huellas de un Dios infinitamente bueno: es un hombre que gusta las cosas del espíritu, y que piensa y juzga de todo, como el mismo Jesucristo quiere que se piense: un hombre, en fin, desnudo de las pasio-

nes, un hombre maduro y considerado, que ha llegado al estado de un hombre perfecto, no por el número de los años, sino por la plenitud de la sabiduria y de santidad, segun la cual Jesucristo debe estar formado en nosotros: es un hombre *que renunciando á la impiedad y á los deseos del siglo*, se ha formado una ley de *vivir en este mundo con sobriedad, con justicia y con piedad.*

La templanza abraza todas las obligaciones que tenemos para con nosotros mismos: la justicia todo lo que se debe al prójimo: la piedad todo lo que se debe á Dios. Por medio de la templanza se arregla el hombre en el buen uso que hace de los bienes, de los honores y de los gustos de este mundo: no usa de ellos sino con moderacion y con reserva, separando de ellos todo lo que es culpable ó prohibi-

do; todo lo que es escesivo y desordenado ó que puede serle una ocasion de pecar. En cuanto á lo bueno, inocente y justo, no se detiene en ello, ni se para ya como en su último fin; sino que se sirve de ello para elevar su espíritu, y su corazon á Dios, para glorificarle con buenas obras, y para hacerle ó darle un rendimiento de accion de gracias: por la justicia vuelve á cada uno lo que le debe; da á los maestros y mayores el respeto y la sumision: se anticipa con sus iguales, haciéndoles demostraciones sinceras de afecto y de caridad, y con sus inferiores con atenciones llenas de bondad y de compasion: sométese á la autoridad con paciencia: practica la caridad con desinteres: manda con dulzura: observa inviolablemente aquel principio grande de la ley natural que le enseña á no hacer jamás con

los otros lo que no querria para sí, y á manejar sus intereses con el mismo cuidado que los propios.

Por la piedad cumple lo que debe á su Dios: le adora como á su Criador: le teme como á su juez: le ama como á su padre: evita con esmero todo lo que puede ofenderle: ejecuta con fidelidad todo lo que sabe serle agradable: lo invoca muchas veces en la oracion: siente las injurias que este Dios recibe continuamente por el pecado: no se avergüenza de servirle en presencia de los hombres: hace una profesion abierta de obedecerle y amarle con preferencia á todo. Tal es el hombre que Jesucristo se propone formar en mí por medio de la comunion.

Jesucristo dijo al instituir este sacramento de gracia y de salud: *Haced esto en mi memoria.* Es menester, pues, que el que recibe á

Jesucristo en la comunion tenga presente al mismo tiempo la memoria, no solo de su vida, sino tambien la de su muerte: la de su vida, renovando el recuerdo de todas las virtudes que practicó en el tiempo que vivia sobre la tierra: aquella humildad, aquella dulzura, aquel desprecio de las riquezas y vanaglorias del mundo, aquella paciencia inalterable en los trabajos, aquella sumision total y perfecta á la voluntad divina: porque no se ha unido á mí en la comunion, sino por hacerme semejante á sí.

Pues que he comulgado, es menester que toda mi conducta escite la memoria de sus virtudes: es menester que todos se acuerden de la humildad de Jesucristo, viéndome apacible en las adversidades y moderado en las honras y grandezas del mundo: que se acuerden

de su dulzura viéndome sufrir sin murmurar todas las aflicciones que Dios me envia, todas las contrariedades que me ofenden; que se acuerden de sus austeridades y sus ayunos, viéndome fiel en observar inviolablemente los ayunos y abstinencias de la Iglesia; que se acuerden de su pobreza, viéndome enemigo de las superfluidades y de los escesos del lujo; que se acuerden de su celo por la casa del Señor, viéndome siempre modesto y con respeto en el Santo Templo: que se acuerden finalmente, de su sacrificio, viéndome hacer uno entero de mí mismo á su divina voluntad.

Este sacramento es tambien la memoria de su muerte, en él Jesucristo aparece como en un estado de muerte, sin vida en apariencia, sin fuerzas, y sin movimiento. No se da movimiento alguno por sí mis-

mo, y recibe indiferentemente todos aquellos que le da la impresion estraña de la mano de los hombres: está en medio de ellos, como un cuerpo inanimado: oye sus discursos: ve sus agitaciones y sus inquietudes, sin parecer allí ni tomar parte alguna en ellas: unos lo adoran: otros lo ultrajan: unos lo visitan: otros lo abandonan: unos lo reciben con fervor: otros con indiferencia ó con una indignidad sacrílega. No se muestra mas sensible á los rendimientos de los unos, que al olvido é ingratitud, ó á la profanacion de los otros: ve renovar bajo sus ojos los siglos y los imperios, sin darse por entendido de sus revoluciones. Nada turba el silencio y la paz que reina en su santuario: nada puede sacarlo de su estado de muerte, *aunque él esté siempre vivo para interceder por nosotros.*

Ahora pues: este estado de

muerte, en comparacion de los falsos bienes y vanidades del mundo. debe ser el estado de un verdadero cristiano sobre la tierra y sobre todo el de un cristiano que se alimenta muchas veces de la carne de Jesucristo: él no vive sino para Dios, y ha muerto para todo lo restante: sus ojos cerrados á todos los objetos prohibidos y peligrosos; sú lengua muda para la maldicion y los discursos impíos y escandalosos: sus manos inmobles para el pecado: sus orejas castas é impenetrables al silvido de la serpiente, á los écos encantadores del deleite: todos sus sentidos refrenados con el freno de la circunspeccion y de la prudencia, anuncian un hombre que en nada piensa sino en Dios y en su salvacion: un hombre cuya conversacion es en el cielo, y que nada cuida de lo que pasa en la

tierra; que la mira como una habitacion ó morada pasagera, que no tiene ciudad permanente, y que *no piensa sino en hacerse digno* de llegar á aquella dichosa eternidad que debe ser para siempre la morada fija é inmutable del hombre celestial.

Dificil será quizá, que una sola comunion me eleve desde luego á un estado tan sublime; pero debo mirar la comuniou como un medio y socorro establecido para conducirme á él. Esta divina comida puede hacer en mí sus progresos; y asi como los alimentos de mi cuerpo le dan poco á poco la fuerza y el acrecentamiento, y alguna vez no producen otro efecto sino el de mantenerlo; así la comunion formará poco á poco en mí *un hombre nuevo*, hasta que haya llegado á un estado en que no tenga mas necesidad que la

de ser mantenido; pero en fin es menester que este hombre nuevo se forme; es menester que el hombre viejo desaparezca: es menester (en una palabra) que comuniones multiplicadas produzcan en mí su efecto propio y natural, que es el hacerme vivir de la vida de Jesucristo.

Cuando una comida sana, esquisita, y enteramente proporcionada á las necesidades de la naturaleza en lugar de dar la sanidad y la fuerza, no prudece sino la enfermedad y la languidez, no estando el vicio en la comida, se debe juzgar que está todo en el que la recibe. ¿Qué debo yo pues, pensar ¡ó mi Dios! de todas las comuniones que he hecho en el curso de mi vida? Alimentado tantas veces de vuestra carne adorable ¿qué progresos he hecho yo en la virtud? ¿Cuál es mi vida?

¿Cuál es el hombre que vive en mí? ¡Ah Señor! yo lo digo con vergüenza mia: mi vida es aun sensual, viciosa, liviana, disipada, y falta de méritos y de buenas obras: aun siento en mí la ligereza, la flojedad y las pasiones del hombre terreno: no tengo ni el fervor, ni la continencia, ni el desinterés, ni la pureza del hombre celestial.

Curad pues, Señor, estas enfermedades ocultas que infectan mi alma con su malignidad: este es aquel fermento pernicioso que impide ó disminuye el efecto del alimento divino, que recibo en la comunion: mientras que las mismas enfermedades subsistan, no llegaré jamás á aquel estado de madurez y de fuerza que forma un hombre nuevo, y que le hace digno de poseeros: sin piedad y sin virtud arrastraré una vida flaca y

cadente: preservadme pues, de una desgracia tan grande, ¡ó mi Dios! refrigerad mi alma abatida y que gime bajo el peso de sus iniquidades: no quiero vivir en adelante sino aquella vida sobrenatural y divina, cuyo término es el cielo; y aquella vida de los Bienaventurados que os contemplan, que es su imágen y perfeccion.

SESTO DIA.

Moralidad práctica.

Asi como en la consagracion del pan, éste deja de ser pan, y se hace Carne de Jesucristo; asi, dice S. Ambrosio, el cristiano al recibir este manjar divino, debe transformarse y mudar la vida, de mala en santa, de mundana en una toda conforme á la de Cristo [*a*].

(*a*) S. Ambr. tom. 4. Advent.

Esta mutacion de vida no se hace con una confesion hecha por hábito ó por costumbre, que solo constituye una vida aparente por algunos pocos dias y despues aparecen las verdaderas señales de muerte: con una confesion hecha con un confesor infiel, que no se cuida mas que de fomentar nuestras inclinaciones y pasiones; con un ministro cual lo describe con las lágrimas á los ojos S. Cipriano: con un ministro ignorante que desprecia la ciencia de los santos y abandona las sagradas escrituras, la tradicion, las disposiciones de los sagrados cánones, y no tiene mas luz que la que recibe de ciertos autores relajados y poco seguros, que conducen á la perdicion á las almas que quieren ejercitarse en la penitencia: con un ministro que no da al penitente, dice Santo Tomás de Villanueva, sino

una falsa paz que solo le ayuda para sofocar y reprimir el latido de la conciencia, y hacerlo pecar con mas confianza. Con un ministro, en suma, dice S. Gregorio [*a*], que parece al anti-cristo, y causa á la Iglesia su Madre, una amargura y dolor de corazon mucha mayor que la que hayan causado los perseguidores de ella con la destruccion de mártires. Ni basta en fin una confesion hecha solo por temor y no animada de la caridad. Quien quiere probar en sí esta mutacion de costumbres y transformacion de vida, debe, antes de llegarse á este eucarístico manjar, seguir el aviso del Apóstol; y [*b*] asi como se ha servido de sus miembros en las inmundicias de la culpa, sírvase tam-

(*a*) Serm. 33. in Faust.
(*b*) Ad Roman. cap. 6.

bien de aquellos miembros mismos, como instrumentos de justicia para obrar su santificacion. Parece decir lo mismo S. Agustin, espresándose de este modo: [a] Cuando pecabas y te deleitabas en tus pecados ¿qué cosa te inducia á pecar, el temor ó la suavidad? La suavidad y deleite, responderás. Luego si la suavidad, ó el deleite te escita ó incita á pecar, el temor te deberá tambien mover á no pecar. *Ama la justicia y santidad cuanto amaste la iniquidad &c.* [b]. Haciéndose esto al recibir este manjar, mudará de vida el cristiano y de costumbres, y podrá decir de él Jesucristo: *Como yo vivo para mi Padre, asi el que come de mí ó se alimenta de mí, vivirá tambien por mí y para mí.*

(a) S. August. epist. 44.
(b) Serm. 17. de Verb. Apost.

SEPTIMO DIA.

REFLEXIONES SOBRE LOS EFECTOS DE LA COMUNION, CONSIDERADA COMO UN SACRAMENTO EN QUE RECIBIMOS LA PRENDA DE LA VIDA ETERNA.

El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia. S. Juan, cap. 6.

I. Los cristianos se unen á Jesucristo para conservar la vida espiritual de su alma y mantienen esta vida para hacerse dignos de llegar á otra mas dichosa. Una vida santa es el efecto inmediato de su union con Jesucristo por medio de la comunion, y la vida eterna es el fruto: asi este sacramento es llamado el Pan de vida, porque produce en nosotros

dos géneros de vida: la vida espiritual que nos santifica, y la vida eterna que nos hace dichosos: aquella es el camino en que debemos andar, y ésta es el término á que aspiramos: aquella debe ocupar el tiempo de nuestra peregrinacion, y ésta es el premio de ella.

II. Jesucristo nos manifestó por sí mismo la vida eterna como el efecto propio y particular de la comunion, cuando decia á los judios: *Este es el Pan que ha bajado del cielo, bien diferente del que vuestros padres comieron, y que no los libró de morir: el que come este Pan vivirá eternamente:* como si les dijese: Todos los demas alimentos sin esceptuar aquel maná tan decantado, que vuestros Padres comieron en otro tiempo en el desierto, y que miraban como una comida celestial y milagrosa, no

pueden tener otro fin, ni otro efecto que el de suspender por algun tiempo el golpe de la muerte: ellos no impiden el morir; pero este Pan celestial es una prenda de la inmortalidad, y el que le come no morirá jamás: tendrá sobre la tierra la vida de la gracia, y no dejará esta vida, sino para entrar en la de la gloria; por lo cual él será doblemente vencedor de la muerte, triunfará no solo de la muerte del pecado, sino tambien de la muerte eterna; y si su cuerpo queda sepultado por algun tiempo en la noche del sepulcro, repararé yo por medio de una gloriosa resurreccion las ruinas de una carne, que uniéndose con mi carne inmortal, debe librarla para siempre del imperio de la muerte.

III. Es, pues, este sacramento, 1.° la prenda de la vida eterna:

2.° un medio de merecerla: 3.° un motivo de desearla.

IV. ¿Cómo podré dudar que he recibido en la comunion una prenda muy segura de la gloria que me está prometida? Este sacramento encierra la cosa mas preciosa del mundo, la que Dios quiere mas, *un don* mas estimable que la misma gloria del cielo: los hombres aseguran mas sus promesas, ofreciendo prendas que sobrepujan, ó esceden ó á lo menos igualan el valor de lo que han prometido; pues esto mismo es lo que Dios hace dando este sacramento augusto á los hombres que viven aún sobre la tierra. ¿Puede el Padre celestial ofrecerles cosa mas preciosa, que su Hijo muy amado? ¿el objeto de sus complacencias eternas? Usa de él, como haria un rey que por confirmar todas las condiciones de una alian-

za jurada diese el heredero único de la corona para mayor seguridad. ¿Quién podria entonces desconfiar del cumplimiento de sus promesas? Asi pues el Señor, prometiendo la vida eterna á los que lo han servido fielmente, les da una prenda que es de mas grande precio, que todos los bienes que les ha prometido; es á saber su Hijo único: aquel Hijo que le es igual en todo y que posee indivisiblemente con él toda la esencia y toda la plenitud de la divinidad. *Aquel*, decia el Apóstol, *que no ha perdonado ó escuchado á su propio Hijo, sino que lo ha entregado por nosotros á la muerte, ¿no nos ha dado tambien todas las cosas con él?* Es decir, aquel que nos ha dado á su único Hijo por Redentor, y que nos lo da tambien por sustento ¿nos reusará su gracia y su gloria? ¿por ventura no

están encerradas todas sus riquezas en su Hijo? ¿y qué acciones de gracias os daré yo, Señor, por una prenda tan inestimable de mi salud y de vuestro amor? No permitais que sea yo el primero, y quizá el único impedimento de mi dicha, haciéndome indigno por mis infidelidades de aquella vida eterna, cuya promesa me asegurais con tan grande beneficio.

El Hijo de Dios nos da por sí mismo en este misterio de amor una prenda inefable de la gloria que esperamos; pues se nos dá con todos aquellos títulos que podemos alegar á su Eterno Padre, para empeñarle á franquearnos la entrada de su reino. Porque nosotros recibimos á Jesucristo en este sacramento: 1.° como un mediador que nos reconcilia con nuestro juez: 2.° como un Salvador, que nada escusa por conducirnos

á la salvacion: 3.° como un Redentor que nos cubre con su Sangre, y que lava todas nuestras iniquidades, por hacernos dignos de parecer en las bodas del Cordero con un vestido cándido y sin mancha: 4.° como un pontífice que intercede por nosotros: 5.° como una víctima, que se sacrifica por la espiacion de nuestros pecados: 6.° como un amigo, que quiere unirse perfectamente con nosotros, quebrando los funestos lazos que nos separan de él, y que nos impiden gozar clara y sensiblemente de las dulzuras de su presencia: 7.° como un esposo que nada desea con mas vehemencia, que el cumplir los votos ó deseos de sus castas esposas: 8.° en fin, como una comida celestial, que santifica nuestra carne, para hacerla digna de ser elevada como la suya, á la habitacion ó descanso de la gloria.

¿Podré yo dudar, ¡ó mi Dios! de la verdad de vuestras promesas, y de mi futura felicidad? ¿todos estos títulos no son otras tantas seguridades ó fianzas de ellas?

V. La comunion puede ser considerada como la figura de este banquete mistico, que Dios prepara en el cielo á sus escogidos: represéntanos él en sus parábolas, los gozos de la eternidad, como un festin delicioso en que este rey Todopoderoso y magnífico hace sentar á sus criados á una mesa llena y cubierta de manjares esquisitos, en la que los embriaga con un torrente de delicias, en que él mismo se digna de servirlos dándoles de su propia mano la recompensa que han merecido; pero mientras este rey de gloria trata tan magníficamente á las almas bienaventuradas que estan con él en aquel lugar de de-

licias, no olvida los hijos que tiene sobre la tierra: él los sustenta con su divina sustancia, aunque de una manera menos perfecta y mas conveniente al estado de enfermedad en que aun estan: no se muestra sino á los ojos de la fe; pero no deja de satisfacer á sus deseos aun mas de lo que su miseria actual puede permitirlo. El festin á que son llamados sobre la tierra, es la imágen del que les está preparado en el cielo; y solo ha sido establecido el primero para hacerlos dignos de ser admitidos algun dia en el segundo; y en esta imágen tienen un preludio, y un gusto adelantado de las inefables delicias que acompañan la vista clara y sensible de la divinidad.

VI. La prenda mas segura de un bien, es el medio que nos conduce á él mas seguramente. Ahora

pues, ¿hay remedio mas propio, que la comunion, para hacernos dignos de la vida eterna?

1.° Para llegar á ella, la primera condicion necesaria es la de estar limpio del pecado: nada que sea inmundo puede entrar en el reino de los cielos; y el Angel hará saber á los que se presentaren á la entrada del cielo, *que sus vestidos deben estar lavados en la sangre del Cordero, para que tengan derecho al árbol de la vida, y puedan ser introducidos en la ciudad santa. El escluirá á los impúdicos, á los idólatras y á todos aquellos que aman y que cometen la mentira.*

¿Y por ventura no es la comunion por la que Dios pone, digámoslo asi, el último sello á la reconciliacion de los pecadores, y por la que derrama sobre ellos las mas abundantes efusiones de su sangre? ¿no es en la comunion

donde él les comunica las gràcias mas particulares, precave sus recaidas y corona todos sus dones con el de la perseverancia? Es verdad que el efecto propio y particular de los sacramentos del Bautismo y de la Penitencia, son los de perdonar y borrar los pecados; pero éste confirma, asegura y perfecciona en algun modo el perdon que alcanzaren por aquellos.

La comunion es un festin de congratulacion y alegria, en que el Señor, á quien hemos ofendido, se da á los pecadores, como un manjar preparado para celebrar el regreso de ellos.

2.° La comunion nos ayuda á destruir todos los obstáculos que se oponen á nuestra dicha eterna: amortigua el fuego de nuestras pasiones: nos da fuerzas para resistirlas y vencerlas: produce en nosotros todo lo que puede ha-

cernos dignos de los bienes de la vida venidera: nos libra de la primera muerte que es la del pecado, y de la segunda que es la pena eterna.

3.° En fin, la comunion deja en el interior del corazon una divina semilla, una raiz fecunda que no puede dejar de producir los frutos preciosos de la vida eterna, si no los hago estériles con mis infidelidades: esta semilla es mi union íntima con Jesucristo por la gracia del Espíritu Santo, y por el don de la caridad que Jesucristo llama una fuente de agua viva, que mana hasta la vida eterna: las otras virtudes acaban: la fe y la esperanza no son sino para el tiempo de la vida; pero la union de nuestras almas con Jesucristo, y aquel lazo de caridad con que el Espíritu Santo nos une á él, subsistirán eternamente. *La*

caridad dura siempre, dice el Apóstol; y Jesucristo nos asegura, *que el espíritu consolador quiere estar eternamente con nosotros.*

VII. La comunion debe producir en mí un deseo ardiente del bien venidero; una esperanza viva é impaciente de la dichosa inmortalidad que me es prometida. ¡Ojalá supiera yo desearla, ó mi Dios, como aquellos fieles primitivos de quienes se ha escrito *que estaban siempre en espectacion de la bienaventuranza, y de la venida gloriosa del gran Dios Jesucristo nuestro Salvador!* Que con su santa impaciencia y con la vehemencia de sus deseos, parecia que apresuraban el instante de su muerte; y que iban á encontrar á Jesucristo para gozar mas presto de su presencia; que en vez de mirar con pena el curso rápido de sus años que los arrastraba á

última hora, deseaban se abreviase por adelantarse el dia de su felicidad; que su esperanza era tan firme, que se creian ya como salvos, recompensados y coronados, y que olvidaban la tierra porque se imaginaban vivir y reinar con *aquel Primogénito;* es á saber, *aquel primer resucitado entre los muertos*, que les habia precedido en el cielo.

San Pablo definia en dos palabras todo el plan de su conducta, todos los objetos de sus cuidados, de sus temores, de sus deseos, de sus inquietudes y de sus trabajos, cuando les decia: *Habiendo dejado los ídolos, os habeis convertido para servir á ese Dios vivo y verdadero, y por esperar del cielo á su Hijo.* Todo lo que ellos hacian, todo lo que decian, lo que deseaban, lo que pedian, se fundaba solamente en estos dos puntos: el servicio de

Dios y la esperanza del cielo.

Contaban los dias que se habian pasado desde su conversion, y se regocijaban de estar mas cerca del término, que cuando habian comenzado á entregarse á Dios. *Nuestra salvacion*, decian, *y nuestro remedio está mas cerca que cuando comenzamos á abrazar la fe.* Mas dichosos que los antiguos patriarcas, no estaban limitados como ellos, *á saludar desde lejos* el bien prometido; pues lo miraban mas de cerca: se veian ya á la puerta del cielo: no les faltaba sino el curso de un momento para llegar á él: recibian en la fraccion del pan un Dios oculto y humillado: no quedaba mas que dar un paso para poseerlo con todo el esplendor de su gloria: cuanto menos distante estaba el objeto de sus esperanzas, tanto mas viva era la que tenian.

El reino de Dios, decian, *está cerca de nosotros;* ó por mejor decir, está en nosotros, pues que recibiendo á nuestro Dios en la comunion, hallamos en alguna manera el cielo en nosotros mismos.

Jesucristo ha entrado antes que nosotros en aquel lugar de delicias, y nos llama para que caminemos en pos de él: él quiere ser nuestra recompensa, y es al mismo tiempo nuestro conductor y nuestro apoyo para merecerla. Ya los mártires están con él; puede ser que téngamos nosotros la dicha de morir como ellos por la fe; y si nuestros dias no han acabado con una muerte tan preciosa, merecemos á lo menos la vida eterna, viviendo segun la fe: y si nos ha sido concedido el derramar nuestra sangre por Jesucristo, aprovechémonos á lo me-

nos de las gracias que están encerradas en la suya.

¡Divina fe! ¡dulce y alhagüeña esperanza de la felicidad de los santos! Tales eran los afectos que haciais nacer en el corazon de los primeros fieles. Ea, pues, abrasad el mio con los mismos deseos.

VIII. ¿Pero cómo puedo yo desear una felicidad que me es absolutamente desconocida de que no puedo tener ninguna idea, y de la cual esceden aun á mi inteligencia, sus calidades y sus afectos? Aun cuando hubiese estado como Moises, cuarenta dias en la montaña santa, conversando cara á cara con el Señor; aunque hubiera entrado en aquella nube espesa que cubria la cima de ella; aunque hubiera visto los relámpagos y oido el ruido de los truenos que anunciaba la preferencia del Dios de los ejércitos; aun cuando

hubiera salido de esta divina oscuridad, llevando sobre mi cabeza rayos y símbolos sensibles de la gloria celestial; aunque hubiera visto como Isaias al Dios Todopoderoso sentado sobre su trono y postrados en su presencia los serafines; aunque el Espíritu Santo hubiera bajado sobre mí como sobre los Apóstoles, en lenguas de fuego; aunque hubiera sido arrebatado como San Pablo; aunque hubiera tenido, como San Juan en la Isla de Patmos, la complacencia de considerar la brillante imágen de la nueva Jerusalen; aunque hubiera oido cómo él, la voz de los Angeles, el cántico de los bienaventurados y el concierto de aquellas arpas sonoras que celebrarán para siempre la gloria del Cordero, no estaria yo aun en estado de esplicar y comprender en qué consiste la felicidad de los Angeles.

Yo la comprendo menos por lo que ella es en efecto, que por lo que no es: conozco los males de que están libres; pero no tengo esperiencia alguna de los deleites que gozan: comprendo las miserias de que están escentos, porque las padezco; pero me son desconocidos los bienes que poseen, porque nada veo en este mundo que me lo represente.

IX. Todo lo que sé es, que aquel Dios Omnipotente, que crió el mundo con una sola palabra y todos los objetos que son el ornamento y delicias de él; aquel Dios que ha ligado mi alma y mi cuerpo con nudos secretos é invisibles, que abre la puerta de mis sentidos para que atiendan á los objetos esteriores, y que hace pasar alguna vez hasta ella por sendas imperceptibles, afectos dulces y penetrantes, contentos vivos y agra-

dables: sé que aquel Dios mismo empleará todo su poder para hacerme dichoso en el cielo, y para poner la última mano á una felicidad que solo hace insinuar sobre la tierra.

Todo lo que yo sé es, que en este mundo no veo á Dios, sino entre las sombras y oscuridad de la fe; que percibo su esencia reducida, digámoslo así, á la estrecha esfera de un espejo que disminuye necesariamente su objeto, para poder representarle; que sus divinas perfecciones son para mí una especie de enigma que me es preciso adivinar, y de las que no puedo despues de largo exámen conseguir una perfecta idea; pero en el cielo se quitará este velo, disipada la nube y aclarado el enigma; que allí no habrá ya espejo, ni distancia, ni oscuridad, ni tinieblas, porque yo mismo veré á

aquel Dios oculto por espacio de tantos siglos; á aquel Dios tan amable, como grande: yo lo veré y lo poseeré, y él se me mostrará tal cual él es. Aquella vasta estension del sér, y de las perfecciones que no conocen límite; aquel oceano inmenso de grandeza y de poder; aquellos tesoros inagotables de luz y de abundancia; aquellos encantos y atractivos inefables del mas cumplido y perfecto de todos los objetos; todo esto estará patente á mi vista, y puesto en agradable espectáculo, y no cesará jamás de estar presente á mi espíritu, á mi entendimiento y á mi corazon: yo lo veré, y mi admiracion será siempre igual, y mi atencion siempre dulce y fácil no cesando jamás de contemplarlo y de verlo. Yo lo veré; y viéndolo, le amaré con un amor delicioso, con un amor beatífico, con un amor siem-

pre contento y satisfecho, poseedor siempre y siempre deseoso de poseer.

Todo lo que sé es, que amándolo adquiriré una especie de conformidad con el objeto de mi amor, y seré en alguna manera transformado en él. Seré hecho sábio por su sabiduría, ilustrado por sus luces, santo por su santidad, y feliz por su felicidad. Dios, como tal, (si es permitido decirlo así con el Apóstol San Juan) nos promete una transformacion en él mismo, que comenzamos en la tierra por la gracia, y que será consumada en el cielo por la gloria. *Cuando nosotros le veamos como él es*, decia á los fieles, *nos haremos semejantes á él.*

Todo lo que sé es, que aquel Dios tomará posesion de mi alma para hacer su felidad; que se hará dueño de todos sus afectos pa-

ra hacerlos agradables; de todos sus deseos para cumplirlos; que esta alma será sumergida en un torrente de delicias que le vendrán de aquella mano omnipotente, que llena de gozo cuanto toca; de aquella mano pródiga que da delicias, no menos varias por el número que vivas en sus efectos; y que cuando quiere hartarnos de ellas, las derrama en el corazon de sus siervos fieles con una profusion inesplicable.

Todo lo que sé es, que la Escritura misma no halla términos bastantes para esplicar todas las calidades de esta felicidad inefable; y que despues de haber empleado las ricas imágenes de maravillosas melodias, de esquisitos perfumes, palacios brillantes por el oro, y por las piedras preciosas, hermosísimos jardines de una primavera eterna, me declara: *que nada*

han visto los ojos, que nada han oido las orejas, y que el corazon nada ha percibido capaz de poder formar una justa idea de la felicidad que Dios prepara á los que le aman.

Todo lo que sé es, que si he vivido con pureza de espíritu, mi cuerpo resucitará para la gloria, despues de haber sido algun tiempo pábulo de gusanos y de hediondez, y que habiendo tenido la suerte de unirse íntimamente á la carne inmortal de Jesucristo, queda ya libre de la eterna corrupcion. Jesucristo me promete esta gloriosa resurreccion, como un efecto propio de la comunion, cuando dice: *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último dia.* La resurreccion de Jesucristo es la imágen de la que me ha sido prometida: y la union que contraigo con él será una prenda y principio de

aquella. Mi cuerpo santificado por esta union, será coronado de los resplandores de la divinidad; y mi carne sufrida y mortificada será impasible: mis ojos cerrados ya por la muerte, volverán á abrirse y verán el dia; y aquellos astros que giran al presente sobre mi cabeza, los veré bajo mis pies. Esta tierra, que hoy es el teatro de la gloria humana, teatro tan estenso y tan vasto que no ha habido hombre alguno, que haya podido llenarlo con la fama de su nombre, no me parecerá entonces mas que un átomo ó un punto casi imperceptible; y toda aquella gloria que los hombres buscan en él, no será ya á mis ojos mas que un estiercol vano y un vapor tan ligero en la substancia como limitado en su estension.

Todo lo que sé es, que gozaré en el cielo de una dicha, que

nada me dejará que desear, nada que sufrir y nada que temer. 1.° Nada que desear, porque será por su objeto esactamente proporcionado á la estension infinita de mis deseos. 2.° Nada que sufrir, porque será en su naturaleza entero y completo, puro y sin mezcla. 3.° Nada que temer, porque será eterno en su duracion.

X. ¿Y qué objeto será capaz en el mundo de corresponder y satisfacer perfectamente, no solo á todo lo que deseo, sino aun á lo que puedo desear?

Esencial es en el hombre el querer ser dichoso: yo siento en mí mismo aquella natural inclinacion que me lleva, como á todos los otros hombres, á buscar mi felicidad; y todos buscan una felicidad real y verdadera, y nadie quería contentarse con una felicidad vana, quimérica é imaginaria. Que-

remos que haya realidad en ella, y asi ninguno de nosotros quedaria sin ella satisfecho. Que un hombre en su embriaguez ó en su delirio se imagine y crea juntar y ponerse sobre su cabeza muchas coronas, y llenar sus manos de cetros; que desentronice á los reyes ó que se figure un héroe y un conquistador, será siempre el objeto de nuestro desprecio y de nuestra compasion: no nos dará jamás envidia, y mas nos admirará su vana ilusion, que nos tentará el deseo de procurarlas. Nuestro corazon corre solo tras la verdadera felicidad, y asi desecha y desdeña lo que solo es su sombra. ¿Pero dónde está esta verdadera felicidad? Unos me dirán, que se halla en los deleites de los sentidos, cuando son incapaces de cumplir mis deseos, y sí propios para irritarlos. Otros querrán, que

consista en la tranquilidad del espíritu, del cual no podremos fijar mientras vivamos sus inquietudes; quieren otros que consista en un estado medio, que todos desean y que todos temen: otros, en fin, quieren hallarla en la misma verdad cuando ésta huye siempre de nuestros ojos. Pero si escucho la palabra interior de aquel Dios que he recibido en la comunion ¿qué me dirá? Mostraráme el cielo y me dirá: vé alli donde está tu recompensa: ve alli el centro verdadero de la felicidad: hasta que hayais llegado alli, no gozareis jamás de una paz sólida, ni de un perfecto contento.

Dícese ordinariamente á aquellos que forman todos los dias nuevos deseos y nuevos proyectos, que debian contentarse con su suerte, y aun los censuran de insaciables; pero lo son solo porque nada ha-

llan en este lugar de destierro que pueda satisfacerles; y porque han sido hechos para poseer un objeto interminable, no quieren ponerse á sí mismos límite alguno. Por esto David no tenia dificultad en confesar al Señor aquel descontento necesario é inevitable, aun despues de las singulares gracias, pero temporales, de que estaba colmado. De simple pastor que era, Dios lo habia hecho un rey, y un rey grande, conquistador y victorioso; y á pesar de esto no se creia todavia dichoso, y asi decia: Señor, vos habeis llenado mis dias de prosperidad y de gloria; pero no obstante todos estos bienes dejan un vacio en mi alma, y siempre le quedará alguna cosa que desear hasta que desatada de los lazos terrestres que hacen limitada su felicidad, os vea y os posea en el cielo por una eternidad.

XI. Alli es donde yo gozaré de aquella felicidad pura y sin mezcla, y esenta de todo sufrimiento. ¿Qué hombre hay tan dichoso en este mundo, que no sufra pena ó dolor alguno, ni de parte de los hombres, ni de su propia debilidad? ¿por ventura los mismos reyes no sufren continuamente sobre el trono, ó murmuraciones de los que se quejan, ó la importunidad de los que piden, ó las faltas de los que les sirven? ¿y aun cuando fuesen siempre lisongeados, siempre admirados, siempre obedecidos; qué seria menester para turbar su descanso, para alterar su felicidad, y aun para reducirla á nada? Una inquietud en la sangre, un desconcierto en el equilibrio de los humores, una interrupcion en el sueño, una turbacion en el corazon, un vapor melancólico en la cabeza, una en-

fermedad que abate y humilla todas las grandezas, una pérdida considerable que suspende la diversion y todos los gustos; un encuentro desgraciado que detiene todas las empresas, y que pone término á los sucesos mas felices: pues nada de esto hay que temer en el descanso de los Bienaventurados. No se vé alli ningun descontento que se queje, ni desgraciado que se duela; vicioso alguno que disguste, enemigo que ofenda, ni pleito que importune: los pesares, las enfermedades, los dolores y las penas, están desterrados de alli. Aquel es el Tabernáculo que Dios ha escogido para manifestarse á los hombres, y para hacerles gustar una felicidad perfecta. *El estará con ellos, y ellos serán su pueblo; y estando Dios en medio de ellos, será verdaderamente su Dios. El origen de sus lágrimas será ago-*

tado para siempre: ya no habrá llantos, ni clamores, ni aflicciones, porque el primer estado habrá pasado, habiendo dicho el que está sentado sobre el trono: Quiero renovar todas las cosas. Bendecid, pues, al Señor, ó Sion Santa, esclamaba el Profeta, *porque él sustenta á los que habitan en tí con la flor de sus mas puras delicias, y derrama sobre sus dias una felicidad que nada puede turbar, una claridad sin sombra que nada puede oscurecer.* Solo dentro de vuestras manos se pueden cojer rosas sin espinas, y gustar dulzuras sin amargura.

XII. Ellas son mucho mas agradables, porque no se puede temer el perderlas. Unido á Dios por las indisolubles cadenas de una caridad siempre ardiente y siempre perseverante: yo me veré eternamente *al abrigo de los mas ligeros toques del vicio y achaques del pecado:* no

esperimentaré pues, aquella guerra cruel é intestina que me pone en el inminente peligro de perderla, y que me hace continuamente fluctuar entre la vida y la muerte: hallaréme en aquel lugar santo en donde la justicia y la paz han hecho una alianza eterna en que nada puede quebrar las cadenas del amor, donde el fuego de la caridad jamás puede apagarse donde las almas felices están de tal manera unidas á Dios, que nada es capaz de separarlas de él; union que nos fue representada bajo la figura de aquellas bodas místicas de que habla el Apóstol S. Juan: *dichosos*, esclamaba, *los que son llamados á las bodas del Cordero:* ellos no sentirán jamás aquellas espirituales congojas y aquella santa inquietud que hace temblar á los Santos, que los hace gemir, que hace su virtud tímida, porque

les parece incierta, y baja porque tienen motivo de temer en un momento que su amor no se relaje, que su fervor no se desmienta, y que su piedad no se debilite. ¡Qué satisfaccion para un corazon que os ama, ó mi Dios, el tener seguridad de que os ha de amar para siempre!

La muerte, aquel término fatal que ninguna humana felicidad puede jamás impedir, no ejerce en el cielo el funesto imperio que todo lo absorve sobre la tierra: allá nos está preparada una corona cuyo privilegio incomunicable á todas las coronas del mundo, debe ser la perpetuidad: allá brilla un nuevo sol, un sol fijo que no hace sino un solo dia; pero un dia eterno, un dia que no irá jamás á perderse, ni en las tinieblas de la noche, ni en las sombras de la muerte: allá nos está prometido

un estado fijo de felicidad y de gloria, cuya duracion se mide por la eternidad del mismo Dios: por aquí es por donde S. Pablo procuraba hacer sentir á los fieles todo el precio y todas las ventajas de esta celestial felicidad: *Ved los atletas*, les decia, *cómo se abstienen de todos los deleites, evitan todos los excesos, mortifican continuamente sus cuerpos, los sujetan, los reprimen para hacerlos dóciles á los ejercicios del curso y de la lucha, y con todo, no aspiran sino á una corona frágil y pasagera. ¿Qué no hareis vos pues*, añadia, *qué mortificacion, qué sujecion y qué angustias no abrazariais vos por obtener esta corona incorruptible, que la muerte misma no podrá arrebataros?*

¡O corona de gloria! ¡O vida eterna! ¡Punto dichoso y tranquilo, en donde se está al abrigo de los vientos y naufragios de la tierra! Felicidad sin límite: fuente inago-

table de contento y de gozo! ¿No os buscaré yo, no os desearé, no haré esfuerzos por mereceros? ¡Cuán atractivos, cuán amables son, ó Dios de las virtudes, aquellos santos tabernáculos en donde recibís vuestros escogidos! Mi alma, decia el Profeta, se siente abrasada de un ardiente deseo de poseeros, (¡ó Dios mio!) y de estar unido á vos en la morada de la santidad y de la paz: ella se aflige, suspira, se olvida á la vista del brillante espectáculo de la gloria de los Santos: se pierde, se abisma, y cae en un desfallecimiento por la pena y sentimiento de no haber llegado allí, y por el temor de no llegar jamás.

¿Qué hacemos nosotros acá abajo? decia S. Cipriano; *¿qué hallamos en este lugar de destierro? ¿qué tenemos en este valle de lágrimas?* Una vida que nos huye, un tiempo que se nos

escapa, un cuerpo que se consume, una salud que se debilita, pasiones que nos abrasan, inquietudes que nos destruyen, y deseos que nos devoran. ¡Cuán felices son aquellos santos, aquellos escogidos del Señor que están al abrigo de todos los vientos de la tierra, y de todos los males de la vida! ¡Cuán dichosos los que ven á Dios y lo poseen, los que bendicen su nombre, porque los ha hecho participantes de su felicidad y de su gloria! ¡O corazon mio! ¿seréis vos siempre carnal ó unido á la tierra? Levantad vuestros pensamientos y vuestros deseos sobre todo lo humano: vos habeis recibido en la comunion la p en:la de la vida eterna: todo lo que el mundo entero puede ofreceros mas hermoso y de mayor atractivo es indigno de vos: la grandeza de la esperanza cris-

tiana no puede contentarse con esto. Dios, con ser Dios, debe todo entregarse, en virtud de sus promesas, al cumplimiento de vuestras pretensiones y de vuestros deseos.

XIII. De aquí nacian aquellos suspiros por la pátria celestial: aquellos deseos de que se sentian animados los santos, y que redoblaban, inflamándose por la posesion de Jesucristo, luego que ellos habian tenido la dicha de unirse con él por la comunion. Señor, decian, ¿quién puede detenerme aun sobre la tierra? ¿Pueden conmoverme aun, los encantos de Babilonia, cuando veo que me dais una prenda celestial de las delicias de Jerusalen? Estos velos que os cubren y que os esconden á mis ojos, no deben dispertar en mi corazon el deseo de veros á descubierto en todo el resplandor

de vuestra gloria? No os manifestais sobre la tierra, sino encubierto de nubes y tinieblas: por lo que ella no es para mí sino un destierro espantoso y una morada de dolor y de tristeza.

Viles criaturas, que me ofreceis figuras engañosas que deslumbran, sombras fugitivas que desaparecen: *vosotras no sois ya sujetas á la vanidad, sino que sois la misma vanidad, y no podreis satisfacer mi corazon: la vista no se sacia jamás con lo que ella quiere,* decia el Sábio, *ni el oído queda lleno ni satisfecho con lo que oye.*

¡O Santa Sion, en donde todo es estable y permanente! Este mundo en donde todo se nos huye, ¿podrá prevalecer sobre vos en mi corazon? ¿preferiré yo sus gustos pasageros y corrompidos, á vuestras delicias divinas é inalterables? ¿cuáles serán, pues, los lazos y los en-

cantos, que podrán aficionarme á este mundo frágil? Inquieto y fastidiado con los deleites, disgustado con sus lisonjas y con sus alabanzas, convencido con la falsedad y la inconstancia de sus atractivos, tiranizado con sus pasiones, espantado de sus desórdenes, escandalizado de sus escesos y siempre pronto á imitarle y seguirle por las funestas inclinaciones que residen en mí: ¿no lo conozco yo bastante para despreciarlo y para temerlo?

Venid, Señor, venid á librarme de esta triste mansion en que estais tan mal servido, tan tibiamente amado, tan frecuentemente ofendido, tan abandonado, tan desconocido, no obstante todo lo que haceis por atraerme á vos: llenad mi corazon de una dulce esperanza de vuestro reino, de una firme confianza en vuestra palabra.

y de una santa paciencia de gozar cuanto antes del entero cumplimiento de vuestros santos misterios: hacedme sentir la pesadez del yugo de esta vida presente, que me separa de vos y todas las desgracias consiguientes á la duracion de mi destierro; y cuando mi última hora, señalada desde la eternidad en los adorables consejos de vuestra sabiduria, sea llegada, haced entender á mi alma aquella palabra de salud, aquella palabra que anuncia la consumacion de vuestra misericordia; aquella palabra que debe ponerle el último colmo, uniéndome eternamente con vos: *Venid, siervos prudentes y fieles, entrad en el gozo de vuestro Señor*, para conocerle, para amarle, para bendecirle y para poseerle por todos los siglos de los siglos. Asi sea.

SEPTIMO DIA.

Moralidad práctica.

Este divino manjar, dice San Cirilo es un principio de inmortalidad; pero esta inmortalidad se produce solo en aquel que con santas disposiciones lo recibe: para este es una señal de gloria eterna; y por esto la Iglesia lo llama Viático, como comida que se da á los caminantes que caminan para aquel reino de toda felicidad. Conque el cristiano para recibir dignamente este manjar, y para que le sea prenda de su futura felicidad, debe en primer lugar disponerse como un hombre que no desea otra cosa que el ver á Dios cara á cara y el poseerlo cuanto antes en la gloria eterna, di-

ciendo con el corazon: *Venga á nos tu reino.*

En segundo lugar, suponiendo que en aquel reino no puede entrar cosa alguna que sea ó esté manchada, debe aborrecer sumamente, no solo los pecados que dan la muerte al alma, sino aun los veniales, de los cuales habla San Agustin [*a*]. De estos está libre y purificada el alma que se une á su dulce esposo Jesucristo, cuando recibe este sacramento con las disposiciones necesarias: en efecto, ¿quién podrá jamás prometerse la familiaridad y amorosos influjos de aquel divino esposo, que son otros tantos envites para la bienaventuranza eterna, si á él viene con mil defectos ligeros, que jamás aparta de sí, si tiene un corazon que aunque libre de pecado mor-

(*a*) S. August. hom. 50.

tal, está aún ocupado con mil objetos que lo distraen de su bien?

En tercer lugar, quien quiere que este manjar le sea una anticipada promesa para la gloria eterna, debe frecuentemente llegarse á él; pero no con tibieza, dice San Crisóstomo, ni con nausea. De otra manera sucederá lo que con el alimento, que si solo se toma raras veces, no puede ser de ayuda al cuerpo, ni alimentarlo para que viva largo tiempo; y si con nausea se recibe, se vomita luego sin ningun remedio. Asi, pues, el maná celestial si solo se recibe rara vez, no produce la inmortalidad del corazon, no repara las perdidas fuerzas, no anima las concebidas esperanzas para aquella celestial Jerusalén: si se recibe con nausea ó repugnancia, no persevera ó se mantiene en nosotros, ni produce los

frutos de la gloria eterna; por lo que concluye el Santo [*a*]. Procure el que quiera esta suerte de gloria eterna y el que deba resucítar con él á una vida inmortal, perfeccionarse en el santo y filial temor de Dios, y en el amor de Jesucristo, y limpiar de tal manera su interior, que en él no quede ya mancha alguna, hasta que llegue á hacerse santo é inmaculado [*b*].

(a) Hom. 60. ad Pop. Antioch.
(b) S. Basil. in Moral. 80.

FIN.

INDICE.

DIA PRIMERO.—Reflexiones sobre la grandeza de Dios que se nos da en la comunion. *Tomad y comed: este es mi Cuerpo*..... 7

Reflexion al dia primero..... 60

SEGUNDO DIA.—Reflexion sobre la caridad de Dios, que se nos da en la comunion. *De esta suerte es como Dios ha amado al mundo* 62

Moralidad práctica..... 110

TERCERO DIA.—Reflexiones sobre la santidad de Dios, que se nos da en la comunion. *Sed santos porque yo soy santo*..... 114

Moralidad práctica..... 171

CUARTO DIA.—Oraciones para la misa, que se dicen antes de la comunion..... 175

Otras oraciones para la misa que se dicen despues de la comunion 202

Moralidad práctica..... 233

QUINTO DIA.—Reflexiones sobre los efectos de la comunion, consi-

derada como un Sacramento que nos une á Jesucristo. *El qué come mi Carne y bebe mi Sangre, morará en mí y yo moraré en él.* 237
Moralidad práctica..... 280
SESTO DIA.—Reflexiones sobre los efectos de la comunion, considerada como un sacramento que nos hace vivir de la vida de Jesucristo. *Como yo vivo por mi Padre, asi tambien el que me come vivirá tambien por mí...* 284
Moralidad práctica..... 327
SEPTIMO DIA.—Reflexiones sobre los efectos de la comunion, considerada como un sacramento en que recibimos la prenda de la vida eterna. *El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.....* 331
Moralidad práctica..... 372

Erratas que deben corregirse.

Pág. 51 lín. 10 dice: *Yo creo á mi Dios:* léase: *Yo os creo ¡ó mi Dios!*

Pág. 56 lín. 2 dice: *por que no despides* léase: *por que no despide &c.*

Pág. 284 lín. 7 dice: *el que come vivirá tambien por mí:* léase: *el que come mi carne vivirá por mí.*

Pág. 288 lín. 6 dice: *afectos:* léase *efectos.*

Pág. 329 lín. 6 dice: *que parece:* léase: *que se parece.*

Pág. 339 lín. 22 dice: *de gloria:* léase *de la gloria.*

Pág. 347 lín. 14 dice: *afectos* léase *efectos.*

Pág. 352 lín. 23 dice: *felidad* léase *felicidad.*